

 TEMES VILA-REALS

SERIE II NÚMERO 2

PUBLICACIONS DE L'IL·LUSTRISSIM

AJUNTAMENT DE VILA-REAL

**ARTÍCULOS DE PRENSA, DOCUMENTOS
HISTÓRICOS Y ESCRITOS INÉDITOS SOBRE
LA FIGURA DEL MAESTRO DE LA GUITARRA**

**COMUNICACIÓN CONMEMORATIVA DEL 75
ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE
FRANCISCO TÁRREGA**

Vila-real (1852) - Barcelona (1909)

FORNO A TÁRREGA



EN TORNO A TÁRREGA



Selección y prólogo de José María Doñate.

TEMES VILA-REALENCES

SERIE II NÚMERO 2

PUBLICACIONS DE L'IL·LUSTRISSIM

AJUNTAMENT DE VILA-REAL

De TÁRREGA decía un redactor de uno de los más famosos diarios de París: *"Hasta ahora creí que solamente Sarasate, con su violín, podía producir esas armonías que, transportando el alma a otras esferas, le hacen sentir misteriosas impresiones. Hasta ahora imaginé que nadie como Rubinstein tenía esa facilidad en la ejecución, esa maestría en el arte que le hace dominar el piano hasta el punto de hacerlo hablar, como oí decir a uno que a mi lado estaba. Al escuchar a la célebre Esmeralda Cervantes, creí que nadie como ella sabía dar una expresión tal a cualquier instrumento como ella al harpa que tocaba. Todo esto había creído hasta ayer, pero me engañé. Con un instrumento mucho más difícil, oí anoche las armonías más dulces, las voces más celestiales que instrumento alguno puede producir. Tárrega con su guitarra, hace olvidar a Sarasate, borra de la imaginación el recuerdo de Rubinstein y disipa las armonías del harpa de Esmeralda..."*

1.^a EDICIÓ 1984

© Il·lustríssim Ajuntament de Vila-real

Editor: Il·lustríssim Ajuntament de Vila-real; Pl. de la Vila; Vila-real

I.S.B.N. 84-505-0820-7

Dipòsit Legal, CS. 629-1984

Impressor: Seriolis-Sichet-Herrero, S.A.

Avgda. del Cedre, 26 al 30. Tel (964) 52 18 99

12540 Vila-real, 1984.

PRÓLOGO

Si se ha dicho que es un grave signo de mediocridad el alabar siempre con moderación, no cabe duda de que no hubo mediocres entre los exegetas de Tárrega. Porque, característica común a todo cuanto sobre él se ha escrito es el entusiasmo desmedido, casi fanático, con que enjuician a la persona del guitarrista aquéllos que tuvieron la dicha de conocerle. La pasión con que evocan su recuerdo y analizan su vida y obra quedó patente en multitud de artículos publicados a raíz de su muerte y después de su muerte, con motivo del traslado de sus restos, o por cualquier otra efemérides con el maestro relacionada, y no se debe a un azar, precisamente, el que muchos de estos artículos se conserven en el archivo del Ayuntamiento de Vila-real. Coleccionados algunos en el Archivo Municipal desde tiempo atrás, agregados otros al lote de recuerdos ofrecido a la ciudad por los hijos del artista, han despertado frecuentemente el interés de muchos estudiosos de la vida y el arte de Tárrega. Por eso el Ayuntamiento ha querido conmemorar este 15 de diciembre con la edición, en forma de libro, de una selección de estos escritos con la seguridad de que el producto resultante ha de constituir como un preciado instrumento en manos de innumerables seguidores del tema tarreguino.

Bien es verdad que a nuestra altura Tárrega es uno de los personajes más y mejor biografiados gracias al talento de uno de sus mejores discípulos, Emilio Pujol, que recogió en su obra todo o casi todo cuanto se necesitaba saber sobre su adorado maestro. Incluso, claro está, mucho de cuanto en esencia se dice en estos artículos que tuvo él en sus manos y que analizó con ojo experto. Pero en caso de producirse la reiteración informativa, el hecho no quita interés al intento que nos mueve siquiera por la personalidad de los autores, cuando no por la circunstancia, lugar o medio informativo en que los trabajos fueron publicados.

Es un tanto extraño el hecho de que no tengamos a mano reseñas ni crítica de las actuaciones del maestro en sus tiempos de París, de Londres, o de España incluso. Probablemente, y aunque en menor cuantía que en el común de los casos, también en vida saborearía las malas uvas de la envidia ajena. Y también, posiblemente, necesitó morir para que el reconocimiento universal de su talento se cayera la sordina de los mediocres. Pero éstas no son más que especulaciones en torno al hecho de que no abunden los testimonios escritos, porque en realidad, haberlos los hay, ciertamente, y aportamos el de un periódico de París que

recogemos indirectamente a través de una enciclopedia que no nos dice el autor, ni el titular del periódico pero que, no cabe duda, es lo más bello que se pudo decir jamás de nuestro ilustre paisano, y por eso la transcribimos, destacada del resto de los textos, y en primer lugar porque le corresponde no sólo por imperativo categórico, sino por el orden cronológico que hemos adoptado para la inclusión de los textos.

Sin un criterio un tanto riguroso los artículos hubieran podido ser muchos más y tanto del país como del extranjero pues, amén de los que vieron la luz en aquel Buenos Aires que le puso altar en todos los cenáculos y conservatorios musicales, los hay en periódicos y revistas ingleses, alemanes, holandeses... pero en esencia no suelen ser más que transcripciones o adaptaciones de cuanto ya se había dicho en la prensa nacional. Tan sólo, por su idoneidad hemos incluido dos italianos, que no traducimos porque realmente lo hace innecesario su apasionado mensaje. Y además, porque uno de ellos, el de la que fuera alumna dilecta del maestro, María Rita Brondi, lo publica traducido su biógrafo Pujol. Nuestra originalidad, en este caso, se reduce solamente a presentarlo en su propia salsa. Y en los demás, el ayuntamiento de Vila-real sólo ha querido matizar, con el testimonio directo, algunas de las anécdotas que, emanadas del genio, fueron divulgadas por cuantos en vida le trataron. Y sobre todo, honrar la memoria del más universal de los vila-realenses de todos los tiempos.

ARTÍCULOS DE PRENSA

Vicente Díez de Tejada
TARREGA, EL DE LA GUITARRA

A raíz de la muerte de Tárrega, muchos periódicos publicaron artículos encomiásticos. De uno, aparecido en *Blanco y negro* y debido a la pluma de Vicente Díez de Tejada, son los párrafos que damos a continuación:

"Tárrega, Tárrega, señores; el de la guitarrilla. Tárrega, el coloso de la vihuela; el modesto, el humilde, el sencillo Tárrega... El primer concertista, *concertista*, ¿eh?, ¡*del* mundo! Lo que ustedes oyen: ¡*del* mundo! Señorees: ¡Que yo he oído música...! ¡Que yo sé lo que son virtuosos!... (*¡Liberanos, Dómine!*) ¡Que yo sé lo que es rascar tripas y aporrear teclas!... ¡Que yo he dedicado un artículo a un profesor de bombo y platos, sí, señores, ¡de platillos! Mirko, el rey de los címbalos, que, por cierto, tenía la misma cara del beato fray Diego José de Cádiz, el apóstol de Andalucía... ¡Una maravilla, señores!... Pues yo les aseguro a ustedes que Tárrega — ¡pobrecito Tárrega, muerto poco ha! — era el primer concertista ¡*del* mundo!...

"Tárrega tenía un amigo íntimo, el señor Catarineu — un Catarineu que no quería ser oriundo de Igualada —. Vivía este caballero en San Gervasio, en una de esas lindas torres dormidas a la sombra del Tibidabo. La torre — *cela va sans dire* — tiene un pequeño jardín, y, en este jardín de esta torre, Tárrega, lejos de las indiscretas miradas del público, de aquel público que cuando pasaba de media docena de personas, ya lo cohibía y lo enojaba, *a solas*, pues sus amigos, que adoraban en él, suspendían hasta la respiración para oírle, daba el artista rienda suelta a su inspiración ardiente, a sus dedos magos y a su gusto exquisito, insuperable, quieta esencia del arte más puro y más acendrado que puede concebirse.

"Creánme ustedes. Oír a Tárrega, a Tárrega íntimo, a Tárrega absorto *e poi morice*. Y cuidado, señores, que a mí la guitarra me gusta en Zaragoza o en Sevilla punteando una jota bravía y potente o rasgueando unas seguidillas jacarandosas o un tango *apocalíptico*.

Una tarde escuchábamos, arrobados, al maestro. En el fondo del jardín había una pequeña cascada, por la cual derramaba un hilo de agua que gorjoteaba en un menudo estanque. Sus rumores agradaban a Tárrega y su frescura érale grata a un perro, a un perrazo de Terranova que allí jadeaba, buscando alivio a los estiosos ardores.

Nosotros nos hallábamos a la entrada del jardín, a la sombra de un emparrado. Tárrega tocaba como los propios ángeles; nosotros, embelesados, lo escuchábamos sin respirar apenas y entonces, entonces vimos una cosa que hizo que nos estremeciéramos conmovidos: el perro, lentamente, blandamente, sin producir el menor ruido, agachada, casi con el vientre en tierra, dejó la cas-

cada, atravesó el jardín, llegóse a nosotros, felino, silencioso; colocóse frente al maestro, apoyó una pata en la silla en que éste se sentaba, estiró el cuello, alargó la cabeza, sacó la lengua y suavemente, con suavidad de pluma que acaricia, lamió la mano a Tárrega, aquella mano que, desmayada y lánguida, arrancaba a la vieja guitarra un mundo de armonías celestiales...

"Cesó la música y se acabó el encanto...

"¡Orfeo lloraba!" (*)

o o o o o o o o o o o o o o o o

Repito con esta cuartilla, el homenaje de admiración que rendí con mi cuento «Orfeo» en *Blanco y Negro* al Maestro Tárrega; a aquél, más que *virtuoso*, mago de la guitarra, a quien la moderna lira hispana, se rindió, enamorada, con todo el tesoro de sus rebeldes secretos.

Tárrega fue el primer concertista del mundo.

Y el hombre más modesto de la tierra.

¡Gloria a su nombre excelso!

¡Paz a su elevado espíritu! (**)

(*) *Blanco y Negro, Madrid 1909*

(**) *Arte y Letras. Castellón, 15-12-1915*

Ernestina Bobbio

IL PRIMO CHITARRISTA DEL MONDO

Il mese scorso morì in Barcellona all'età di soli 56 anni, povero ed umile come visse, il primo chitarrista del mondo, l'incomparabile Francisco Tarrega. La stampa spagnuola, ingolfata nelle lotte dei partiti, si occupò appena di lui. Ma chi l'ha conosciuto non può dimenticarlo, chi l'ha udito sa che difficilmente nei tempi che verranno altra mano saprà, come la sua, trarre dall'umile strumento delle feste campestri e delle serenate d'amore, tutta la gamma infinita dei suoni e delle sensazioni. Perché Tarrega non fu soltanto un esecutore incomparabile, ma fu pure un musicista eccellente, un compositore geniale, un pittore dei suoni, un poeta della natura. La sua dolce anima racchiudeva, come in un'urna preziosa tutte le più belle manifestazioni dell'arte.

Quando in attitudine fervorosa, cogli occhi rivolti al suo prediletto strumento; egli incominciava a farne vibrare le corde, l'anima dell'uditorio si apriva come un fiore sotto la carezza del sole, e passava dal diletto alla sorpresa, alla meraviglia, all'emozione all'entusiasmo. Tutto diceva la sua chitarra: gli amori degli uomini e delle cose; i misteri della luce e dell'ombra, la gioia del riso e l'amarrezza del pianto, le canzoni del popolo, le preghiere degli angeli, gli inni ai Re.

Da solo egli era un concerto completo mentre il mignolo leggero e carezzevole trillava come un usignolo o gemeva come una tortora, le altre quattro dita, completamente indipendenti l'una dall'altra come altrettante mani, cantavano note profonde, vibranti, stridule, dolci, formando col loro congiunto il magnifico poema musicale che il grande Maestro interpretava splendidamente o di cui egli stesso aveva avuto la ispirazione.

Io l'udii una sera che ebbi l'onore di ospitarlo. Si era in pochi amici raccolti e silenziosi attorno a lui, avidi di sentirlo. Come per magica evocazione passarono su negli spiriti di grandi morti e di grandi vivi Beethoven, Haydn, Listz, Schumann, Bellini, Verdi, Puccini, Mascagni...

La loro opera, senza perdere nulla della originale bellezza, diventava per mirabile adattamento del maestro, più semplice, più sensuale, forse più pittoresca, certo più accessibile a tutti, come la scienza che pur restando vigorosamente esatta, si veste di immagini sensibili e di forma facile e piana per essere assimilata.

Quella sera gli amici narrarono aneddoti della sua vita, dei suoi viaggi a Parigi ed a Londra dove la sua arte aveva suscitato entusiasmi che raggiunsero il delirio; ma egli sottraendosi alle lodi che ferivano la sua naturale modestia ed avvicinandosi a me, volle che parlassimo dell'Italia ch'egli adorava e di cui serbava gratissimi ricordi.

"Oh che bel paese, che gran paese e il suo!" esclamava commosso ed esaltato.

"Se circostanze di famiglia non mi avessero obbligato a ritornare in Ispagna avrei voluto vivero e morire. Genova sepra tutto era la città cara al suo cuore. Egli narrò con quella sua voce lenta e sommessa, ricca, d'intonazioni musicali le cordiali accoglienze ricevute durante la sua permanenza nella Superba. Dai suoi amici poi seppi che egli vi destò un vero entusiasmo, e che sulla porta della camera d'albergo che egli aveva occupata in cotesta città, era stata posta una scritta per commemorare il passaggio del grande Maestro. Non ricordo più il nome dell'albergo, nè qui ho modo di poterlo rintracciare; lascio perciò tal compito ai volenterosi genovesi che, pur dedicando ai commerci gran parte delle loro migliori energie, non trascurano però il culto dell'arte.

Ora il maestro Francisco Tarrega non è più; ed io, che di quanto ho riferito venni a conoscenza pochi mesi prima della sua morte, ho creduto mio dovere ricordare il suo nome, e vivendo la ritrosia propria di chi non è avvezzo a scrivere pre il pubblico, ho voluto parlare ai miei connazionali d'uno Spagnuolo illustre, umile e buono che molto amò l'Italia nostra, acciò rifulga una volta di più sulle loro fronti la nobile fierezza d'esser figli di quella terra bella e generosa che tutti i grandi adorano perchè tutti i grandi accoglie ed onora.

Jativa, 12 gennaio 1910

CAFFARO. Genova, 22 enero 1910

Maria Rita Brondi UN EPISODIO INTERESSANTE DELLA VITA ARTISTICA DEL CELEBRE CHITARRISTA TARREGA

Sono lieta di aderire al desiderio del «Plettro» e dare ai suoi lettori questo delizioso quadretto del mio venerato Maestro Tárrega in mezzo ad alcuni dei suoi ammiratori, direi quasi, adoratori.

Veramente era degno di adorazione quest'Uomo rivelatomi dalla fama di quell'Arte, che sorpassa mari, monti e non à confini!

La sua cortesia dolce e un po' malinconica, il tono dimesso e persuasivo della voce, lo strano sorriso calmo e senza gaiezza, di uomo triste marassegnato alla sofferenza spasmodica e continua di una malattia rar: tutto attirava in Lui per un fascino, fatto di bontà, così adatto alla dolcezza dell'istrumento che Egli amava come forse messun altro mai, l'amò così. Fino alle due, le tre di notte, Egli era curvo sulla chitarra, a trarne i suoni che suscitavano meraviglia, ammirazione e stupore. Le sue dita volavano in un turbinio di lavoro, con la precisione di un meraviglioso ordigno meccanico, e quello che solo poteva distinguere da questo, era la sensazione dei suoni, animati dalla sua grande anima, che sembrava volare, posare, martellare, adagiarsi, indugiarsi flebilmente, strisciare quale dolce carezza, o trillare sonoramente sulle corde della chitarra! E di queste sensazioni divine parlano i visi di quegli uomini, tutti intenti a scrutare, con avidi sguardi alcuni, con occhi pensosi altri, da quali portentose mani, siano mosse quelle sole sei corde, per trarne sì ricche e smaglianti polifonie!

Uno più degli altri, mi è vivo nella memoria: quegli quasi assorto in celestiale beatitudine, appoggiato dietro la seggiola del Maestro, e che di poco le prece-dette nella tomba consumato da quel male che non perdona: anima di sensitiva più cara fra gli amici, a Lui al quale somigliava nel sentire.

Sulla tomba del grande Maestro, si doveva scrivere questa epigrafe:

«Passant, si tu n'as pas entendu ses merveilles,
Apprends qu'il ne devait jamais finir son sort,
Et qu' il aurait charmé la mort:
Mais, hélas! par malheur, elle n'a point d'oreilles!»
La «discipula predilecta»

IL PLETTRO. Milan, 15 Giugno 1914

Vicente Almela PROFETA EN SU TIERRA

La especialidad artística que Tárrega cultivaba, le puso siempre a salvo de toda envidia entre sus paisanos. Pudo sentirse feliz al considerar que era pro-

feta en su tierra. Y profeta, también, en cuantas tierras estuvo, porque era un sembrador de la religión más excelsa, más pura, de la que más nos acerca a Dios. Prefiero la música a las restantes bellas artes. Oí a Tárrega, por primera vez, siendo yo un niño, en la sala de sesiones del Ayuntamiento de Castellón. Lo que más me llamó la atención entonces fue el crecido número de pañuelos que usaba para pulsar las cuerdas. Más tarde escuché sus prodigiosas interpretaciones en diferentes casas particulares. Le gustaba mucho tocar en una tertulia íntima, avanzada ya la noche. Tuve el honor de ser su amigo y de gozar el encanto de su carácter noble e infantil. La guitarra, en manos de aquel hombre genial, parecía un corazón palpitante, que sabía reír, cantar, sentirse heroico y llorar. Algunas veces, en las egoístas soledades del alma, hallándome en plena naturaleza, he recordado la música de Tárrega y su guitarra adquiriría las formas llenas, armoniosas, firmes, de una mujer valenciana con el pelo negro cuajado de claveles y una copla de amor en los labios. Lenguaje universal, la música expresa como ningún otro arte la grandeza de los ideales humanos. las representaciones escultóricas, literarias y pictóricas de la vida, podrán producirnos un deleite sereno; la música se adentra en las entrañas, domeña la voluntad y nos vence. Es un arte que vibra a compás de nuestros sentimientos, exaltándonos. A cada cual le habla de sus ilusiones, de sus esperanzas, de sus dolores, de sus quereres... Como Orfeo con su lira, Tárrega con su guitarra, nos amansó en muchas ocasiones a sus oyentes. Pensando en la música, yo creo, como León XIII, que después de Dios no hay nada como el arte. Glorificar la figura de Tárrega es una deuda cívica de los castellonenses. Antes enalteció él a la provincia en que había nacido...

Arte y Letras. Castellón, 15-XII-1915

Francisco Armengot TARREGA NO HA MUERTO...

Evocando la memoria de un muerto ilustre, escribía un literato insigne:

«Santo es el recuerdo de los que pasaron; santo el oficio de encomiar las virtudes de nuestros mayores y excitar la admiración de los que han de venir; santa en fin, la expresión de nuestra gratitud ante un sepulcro que ya se ha cerrado.»

Penetrado de la verdad de estas palabras y deseoso de rendir tributo al verdadero mérito, que en vano trataba de ocultar una sincera modestia, escribo estos renglones, consagrados a la memoria de don Francisco Tárrega.

Nacido en Villarreal, el 29 de Noviembre de 1854, trasladóse a Castellón, a la edad de ocho años, recibiendo sus primeras lecciones del entonces célebre *Sego de la Marina*.

Ya desde muy joven, demostró excelentes aptitudes y emprendió con ardor

la composición y en sus conciertos dejaba oír con maestría insuperable las más hermosas obras de los grandes clásicos del arte.

Para la mayoría de las gentes, todo esto no significaba otra cosa sino la febril actividad y el incesante amor al trabajo que caracterizaba al ya maestro de la guitarra (toda vez que su desinterés era cosa hartamente sabida y probada); para los menos, tenía una explicación mucho menos satisfactoria.

Tárrega, de familia humilde, veíase obligado a la vida activa de concertista, antes de que la pobreza hiciese tristes sus años de vida. Natural era, por tanto, que para proporcionarse algún recurso, diera a conocer los frutos de su talento.

Tarea larga sería reseñar sus viajes por Europa, ya como concertista, ya para dar a conocer varias de las obras que compuso y son testimonio irrefutable de su valía; pero ya que haya de renunciar a ello, y en gracia a la brevedad, omita también describir la profunda impresión que causaba a los que asistían a una de sus memorables sesiones, forzoso es, aún a riesgo de repetirlo que otros con mucha más autoridad han escrito, decir algo del valer de Tárrega como guitarrista y como compositor.

A Tárrega se le ha llamado el coloso de la guitarra, y a la verdad, nadie podía discutirle tal título. Dotado de un maravilloso mecanismo, de una energía y de un vigor inconcebible al par que de una dulzura y un sentimiento imposibles de definir y explicar, la guitarra, enteramente dominada por él era en sus manos una orquesta completa que así rugía respondiendo al impulso vigoroso del artista, como producía sonidos suaves llenos de encanto y poesía. El profundo estudio que había hecho de los grandes maestros del arte, le habían penetrado de tal manera en el estilo y en el modo de ser de cada uno de ellos, que nadie como él sabía poner de relieve e interpretar en toda su pureza y con un verdadero e irreprochable clasicismo, ya la severa música de Bach, ya la de Haydn, ya la de Mozart y Beethoven, ya en fin la más romántica y moderna de Mendelshon, Chopín y Schuman.

Genio admirable y portentoso, era incapaz de calcular de antemano en determinados pasajes de las obras que interpretaba, ciertos efectos y menos producirlos siempre con regularidad matemática. Su manera de expresar y hacer sentir, era consecuencia inmediata y traducción fiel del estado de su ánimo en aquel momento; y en medio de la maravillosa seguridad de sus manos, cometía a veces, a ciencia cierta, incorrecciones que, si en artistas atentos sólo a la corrección y a la pulcritud pudieran ser pecado, en él se mostraban revestidas de tal sublimidad y grandeza que aparecían y lo eran, rasgos del genio. Y es que Tárrega tocaba no como *virtuoso* sino como compositor.

Así se explica lo sucedido en una ocasión (y en esta capital por cierto) con uno de sus discípulos. Hallábase Tárrega ensayando una obra de Beethoven y en uno de los ratos de descanso, observó que su discípulo estaba haciendo unos apuntes con lápiz en la partitura. —¿Qué hace V.?— le preguntó. —Estoy apuntando algunos matices que ha hecho V. en determinados pasajes, a fin de estudiarla mejor. —Déjese de hacer semejante cosa, le replicó Tárre-

ga: ¿sabe V., ni sé yo mismo, cómo tocaré esos pasajes en conciertos?

Tárrega, viviendo sólo para el arte, y por el arte, miraba su profesión como un sacerdocio, y al tener la guitarra entre sus manos creía cumplir y cumplía una elevada misión. De aquí su continente grave, su inalterable y severa fisonomía, su aislamiento absoluto del mundo que le rodea y hasta la manera respetuosa sí, pero tranquila y casi indiferente con que respondía a los entusiasmos y ardorosos aplausos que se le prodigaban. En cambio a la conclusión de sus conciertos, caía rendido de fatiga y de cansancio, bajo aquel impasible aspecto, existían un alma y un corazón fuertemente agitados.

Como compositor, Tárrega, figura entre los mejores, siendo el catálogo de sus obras (muchas inéditas) constituyendo un valioso legado artístico que deja al mundo musical.

Espíritu tranquilo, de corazón noble y generoso y habiendo sentido las amarguras tan frecuentes en la vida de los artistas, sus preludios son motivos de honda tristeza, acentos de desesperación, ecos de dolores que llegan al alma; sombrío y soñador, destácase en sus obras *Capricho Árabe*, *Danza Mora* y *Recuerdos de la Alhambra*, una grandiosidad y hermosura de ideas musicales, de pasión profunda y sentida, cantos de inspiración a la patria antigua, que dan una sensación grande. Bella página musical, de alegría franca y espontánea, pero llena de ternura y cariño es el *Columpio*. Del más severo clasicismo, una gran colección de *Estudios* son también factor importante de sus obras, y por el severo estilo de que en ellos se hace gala, han sido motivo para que sean mirados como verdaderas joyas. Sus cantos populares *Célebre Jota*, cuyas melodías, cuyos extraños giros armónicos y cuyos ritmos *sui generis*, conserva Tárrega con escrupulosidad, le valieron siempre verdaderos triunfos por la originalidad en las variaciones, alma de toda su labor, y muchas veces más composiciones de innegable belleza y verdadero mérito.

Tal ha sido el hombre ilustre cuya muerte no sólo llora su *patria chica* sino toda España, todo el mundo, el mundo artístico y cuyos restos mortales van a ser trasladados dentro de poco, según sus deseos a esta capital, junto a los suyos, junto a los que *aún* necesitamos del maestro, porque Tárrega no ha muerto; Tárrega deja una obra inmortal.

De desear es pues, que la feliz iniciativa de *Arte y Letras*, secundada con empeño por todas las entidades, Corporaciones y particulares de Castellón tenga justa acogida, no cejando hasta poner digno remate a la obra, levantando un monumento que immortalice también al gran varón don Francisco Tárrega.

HERALDO DE CASTELLÓN, Castellón, 29 Noviembre, 1915.

Tomás Bretón TARREGA

Posee España brillante tradición en lo que respecta al popular instrumento que hizo célebre al gran Tárrega. Fueron, asimismo, famosos guitarristas nuestros compatriotas Sor, Aguado, Huerta y otros. No pudimos tener la dicha de admirarles sino por las obras que dejaron escritas; en cambio son muchos los que la tuvimos de oír a aquél, y a fé que sin dudar del mérito extraordinario de éstos bien puede asegurarse que Tárrega les excedió, porque supo hábilmente aprovechar la sensible evolución que el arte de la música sufrió en su tiempo, transformándose en sus manos el instrumento popular en algo más trascendental y elevado.

Aunque por fortuna nuestra quedan, si pocos, muy dignos representantes del nacional instrumento, es de lamentar que Tárrega no llegase a ocupar una Cátedra en la que hubiese formado importante Escuela.

¡Bien hayan los amigos y admiradores que han tenido la piadosa y feliz idea de conservar sus preciosos restos en la noble ciudad levantina, capital de la provincia en que el insigne Tárrega vió luz!.

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

Francisco Canto ¡REMEMBER!

No puedo oír el «andante en mí bemol de la Sonata núm. 15», obra 28 de Beethoven, sin conmoverme profundamente. «Debíamos escucharla de rodillas» — decía Paco Tárrega cuantas veces venía a mi casa y me hacía el honor de acompañarme en familia a la mesa, que eran todas las veces que estaba de paso en la ciudad del Turia. — Porque gustaba mucho de oír a mi esposa, ejecutar al piano trozos clásicos del inmenso músico de Born, de Schubert y Mendelsson.

Y al preguntarle yo cómo se explicaba, que un maestro de su talla deseara escuchar la actuación de una aficionada, contestóme: «Los concertistas y profesionales, suelen ser geniales o desean aparecerlo; así es, que interpretan las composiciones de los grandes maestros, sin la sinceridad, sin la ingenuidad, por decirlo así, sin la *honradez artística* de Angelita; suelen torcer o desvirtuar aquéllos las obras, y su esposa de usted, interpreta con escrupulosidad, este y otros trozos de los citados maestros». Una obra también, de Tárrega predilecta, que solía ejecutar en los conciertos, era una romanza sin palabras de Mendelsson, que éste titula *Veneciana* y más de una vez la quiso oír en casa a mi esposa, haciéndole repetir dos y tres veces algunos pasajes.

Mi amistad con Tárrega arrancaba del año 1866.

Muchas veces me recordaba la gratitud que a mi hermano Olegario debía; pues que, dedicado éste en Castellón a la *oculística* con su pericia de operador le libró entonces de una ceguera, que amenazaba al músico a toda prisa. Ope-róle mi hermano de un *entropión* que ya le había ocasionado *panus* y *úlceras* de la *córnea* y debíale al Doctor, la conservación del sentido de la vista.

En los ratos de amena tertulia que en esta casa pasaba, nos hacía Tárrega confidencias de una ingenuidad encantadora, que demostraban siempre su gran modestia, su excelente corazón y su cultura.

Tímido, como un colegial novicio, jamás se acostumbró al público. Se impresionaba siempre en todo concierto y tan sólo cuando a fuerza de vencer dificultades en la ejecución impecable de sus obras llegaba a aislarse, considerándose solo entre el concurso; era cuando gozaba, interpretando las más difíciles composiciones, arrebatando al público.

Jamás puso precio a su labor, única en el mundo del arte. Así le pasaron hechos que el maestro relataba con su natural gracejo. En cierta ocasión — nos decía — me invitaron en una casa de mucho postín, para dar un concierto. Terminado éste, la señora de la casa al despedirse y darle las gracias, entregó-le unas, al parecer monedas, envueltas en un papel, añadiéndole: ahí tiene usted, para tomar café. Y efectivamente — añadía Tárrega — aún sobra, porque una taza de café nunca vale dos pesetas.

En cambio, decía, gentes humildes, que desearon oírme en un concierto, reuniéronse en ocasiones y recaudaron para satisfacer mis trabajos, cantidades de ciento a doscientas pesetas.

Había que escuchar la interpretación de sus obras a la guitarra, de improviso, sin preparación alguna y como por sorpresa. En su cuarto de la antigua Fonda de España, en la Posada de dos puertas, en su casa de la calle de Cirilo Amorós, en el palacio del Conde de Porcent, entre las que con más precisión recuerdo, en la intimidad, como todas las veces que por Valencia pasaba en mi propia casa, siempre le he oído confidencialmente. A parte de la mayoría de los conciertos públicos que aquí diera: Conservatorio de Música, Teatro de la Princesa, Círculo de Bellas Artes, estudio del Sr. Agrasot y otros muchos. Puede decirse que cuantas veces tocó en esta ciudad, le escuché con el mismo placer.

Amaba la tierra con toda su alma. El verano de 1880, pasaba yo unos meses en París. Una noche, llegado al hotel de Jersey, donde residía, me dan aviso de que un caballero llegado de Londres, preguntaba por mí y demoraba en el hotel. Era Tárrega, que al verme, se lanzó en mis brazos. «Vengo — me dijo — de Coven-Garden, huyendo de Inglaterra; tenía compromiso de dar tres conciertos y a pesar de la buena acogida, no di sino dos». «No puedo soportar la *tiesura* inglesa, ni su idioma que desconozco, ni el clima y la niebla». «En cambio, en París, parece me hallo en mi casa». «Y ahora me encuentro con un paisano querido y estoy entre los míos, los de mi tierra». Pues no sabe V. lo mejor, añadí estrechándole de nuevo; amigo Tárrega, que mañana vamos

de *borrasca* en la huerta, como quien dice en una alquería de la vega de Castellón, y un paisano nuestro, Rebollar, oficial de González Chermá, nos confeccionará la *paella* y la saborearemos en un cenador en medio del jardín.

Y así fué, en efecto. La ilusión del lugar y del medio ambiente, era completa. Durante toda la comida, en un jardín de un gran patio de luces, de una casa de la calle de Bris, en la *villete*, suburbio de París, con plantaciones de judías verdes, maizales de simiente de Castellón, cuidado el campo por nuestro paisano, en un cenador, tapizado de enredaderas y *flors de parreta*, la conversación versando toda la tarde sobre nuestro querido pueblo, no hay que decir cuánto disfrutaría el eminente, el apasionado Tárrega.

Ello tuvo el complemento por todos deseado y solicitado con insistencia por el maestro Rebollar, pudo proporcionarle una guitarra, y de sobremesa estuvo Tárrega disfrutando y haciéndonos gozar con las inspiradas obras de Schuman, Beethoven, Arrieta, Mozart, Arcas, Mendelssohn y las originales del gran guitarrista, que entusiasmaron a numerosos vecinos, que nos pidieron su venia para escuchar la incomparable ejecución de tales obras.

Siempre me recordó Tárrega la gran satisfacción que experimentara aquel día, con la remembranza de sus años, de su juventud, evocados tan intensamente en el corazón de la Francia, rodeado de paisanos queridos, con aquel concierto improvisado y aplaudido a maravillosa por señoras y caballeros que prorrumpieron en vivas a España y nos obsequiaron con un selecto *lunch*, a la caída de la tarde, en una de las más bellas del mes de Agosto.

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

F. Escoín Berenguer HONRANDO A UN ARTISTA

Los individuos también tienen su historia; las acciones principales de la vida de un hombre, ya vayan encaminadas al bien, ya se dirijan a obrar el mal, todas son hijas de la voluntad, que acudiendo a los ímpetus del conocimiento en la apreciación de las ideas, constituyen la característica del ser, al determinarse a obrar: el carácter de un hombre. Las diversas manifestaciones de su vida, y en fin, las circunstancias que le rodean, hacen que se dibuje poco a poco lo que pudiéramos llamar la personalidad propia, y en ella vive a través de las vicisitudes de la vida, para formar una página de gloria, que se esfuma en el día de la muerte, para perpetuar la memoria de aquéllos que fueron nuestros semejantes, nuestros compañeros semejantes, nuestros compañeros y hermanos en el crear proceloso de la vida.

Uno de éstos, fue nuestro insigne paisano el inmortal Tárrega, el artista de genial inspiración, el coloso del arte musical, en el instrumento difícil, de las melodías tristes, del gemir constante, de las cuerdas vibrantes; en una pala-

bra, el artista de la Guitarra.

Cuanto se diga de su portentoso numen, de su fecunda inspiración, de su carácter distintivo, es poco, comparado con la realidad; ¿acaso se ha estudiado a fondo su psicología para formarse concepto claro de su personalidad? Yo creo que la vida de un artista, es más penosa que la de los demás mortales; porque el hombre que nace para el arte y a él se consagra, rindiendo culto eterno a la Belleza infinita, imagino que debe estar viviendo sólo la vida del espíritu, y anegado en el piélago inmenso de la belleza ideal, no preocuparse para nada del mundo real y servir sólo a su *idea* sublime en aras de ese Arte al que se consagran los esfuerzos todos de su voluntad; el mago de la Guitarra, ¿perteneció a esa categoría de iluminados en orden a su exquisito arte y en aras de sus concepciones sublimes? Yo creo que sí; si esbozamos los hechos que forman su vida, bien se puede afirmar una contraposición abierta a cuanto signifique armonía constante en sus procedimientos sociales; mas si, atentos, nos fijamos en la gradación de su personalidad artística, observaremos de fijo el numen artístico de su inspirada melodía, haciendo vibrar con entusiasmo las cuerdas de su instrumento favorito, llenando al alma de gratas emociones al sonar con pasión aquellas cuerdas armónicas de su genial inspiración.

Parece sueño de hadas cuanto se diga de aquel sencillo tañer, de aquel delicado pulsar, de aquella profunda intuición musical, que con rítmicas cadencias hacía brotar del instrumento de sus amores; y ello no obstante su manera característica de ser, aquello que constituía su personalidad, era lo que idealizaba el arte mágico de sus ensueños.

Cuando en las amargas vicisitudes de su vida, pudo comprender hasta dónde pueden alcanzar los genios, con el desarrollo de su actividad, me parece que sentiría la nostalgia de sus triunfos justamente alcanzados en el templo de su inspiración y en los amenos verjeles del Arte; pero cuando con platónico desdén rehuía aquellas halagüeñas caricias que el cielo le brindara para enaltecer su memoria, el maestro, quizá bohemio, quizá altruista, Dios sabe, desconocedor del medio ambiente que la sociedad le proporcionaba, era siempre el amador sincero de su Patria querida, a la que rendía, pródigo, un culto y admiración dignos de todo elogio; y precisamente por eso, por aquellos estados anormales de su carácter especial, es por lo que cimenta una vez más el constitutivo especial de su personalidad artística.

Veamos su obras. En ellas se dibuja claramente su concepción intuitiva para la melodía ideal; ora arrancando cadencias sublimes de inspiración clásica evocando recuerdos de nuestra clásica literatura patria («Capriccio árabe», «Serenata»), ora trasladando a la cuerda aquella página plácida y sublime del inmortal Beethoven, en aquel *Largo* majestuoso, Op. 7, de sin igual grandeza y rítmica estructura. En sus obras todas, campean todos los estilos, tratados con una flexibilidad tan sencilla y técnica tan natural, que el maestro Tárrega, con sus producciones y arreglos, sus talentos y aficiones, hubiera llenado cumplidamente las exigencias de los técnicos, dando páginas de gloria en el campo

brillante de la música, para honrar cumplidamente, con los prodigios de su delicado arte, el cielo de su Patria, ocupando dignamente el puesto que de justicia le corresponde en el libro de la Historia, como artista completo, como hombre ilustre en el pueblo que nacer le viera, como maestro inspirado en el arte del Sentimiento.

Y Tárrega lo fue en grado sumo; no se observará en sus obras, un plan preconcebido y meditado, desarrollado según las exigencias de la Metodología moderna; pero sí se podrá afirmar que en su manera especial (llamémoslo así) de ser musical, campean todas las cadencias y todos los géneros y todas las formas; ya alegres y festivas, como «Adelita» (mazurca), «Rosita» (polka) y «Marieta» (mazurca); ya reposadas y majestuosas, como el célebre estudio de la Mariposa; ya elegante y sencillo, como las hermosas transcripciones de los minuettos de Schubert y Beethoven y Haydu; ya, en fin, en aquellas canciones regionales, con tanta gracia y donosura, sencillez y modestia sabía imprimir a los cantos típicos de nuestras regiones hermanas. He ahí el sello de su magisterio, he ahí la razón de su escuela; porque él formó una pléyade de alumnos, que a su tiempo llenarán las páginas de la Historia en los tiempos de verdadero esplendor para el engrandecimiento del Divino Arte, y sabrán volver los ojos hacia ese instrumento difícil que tan mal se trata, para nuestra vergüenza y escarnio; y sólo cuando el maestro supo divinizarlo con las alas de su ingenio y las maravillas de sus dedos, han puesto vital interés para arrancarle sus secretos y enaltecerle cual merece, ocupando también su puesto de honor en los centros oficiales de la cultura nacional.

Ese era el malogrado Tárrega y ese era el maestro de la Guitarra; hoy, que enaltecemos su recuerdo para que su obra artística perpetúe su memoria, desgraciadamente bastante olvidada, pongamos toda nuestra actividad para que no seamos reos de lesa ingratitud para aquél que supo engrandecernos y hacernos dignos de los honores del triunfo durante sus correrías artísticas, paseando su fama por Europa y entonando himnos de amor y alabanza a la Patria de sus cariños, de sus ternezas y encantos, aquél que fuera nuestro insigne compatriota D. Francisco Tárrega. Honremos al maestro, enaltezcamos su memoria; pero en la corona que depositemos sobre la caja que guarde sus cenizas, elevemos al cielo nuestras plegarias por el alma de un artista que del cielo recibiera su inspiración para cantar eternas alabanzas a la Belleza infinita, suprema Bondad y Verdad eterna: Dios.

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

Nicolás Forés ¡PERDONAME, PACO!

Fue un caso de fuerza mayor. Resistí cuanto pude; me defendí heroicamente; pero todo inútil.

El sanedrín lo había decretado, y no cabía apelación. Yo había de escribir algo par esta solemnidad que tan merecida tenías y tanto se hizo esperar.

No ignoro que esto constituye una verdadera profanación, pero cuando a mis escrúpulos se contestó que por nuestra amistad estaba obligado, me rendí a discreción.

Conste pues, que me abona la eximente dicha y por tanto los jueces inapelables en este litigio, tú y la opinión, habréis de absolverme sin remedio.

Mas por sí, contra lo que creo, la sentencia no fuera absolutoria, procuraré no me falten algunas atenuantes. La primera y más importante será la brevedad. Será otra el no penetrar en el sagrado santuario de tu sublime arte, concretándome a transcribir algo de lo que puede decir un profano que sólo de modo muy confuso pudo vislumbrar los arcanos de tu sublime inspiración.

Dicho esto, en descargo de mi conciencia, basta de preámbulo.

Quisiera, puesto en este difícilísimo trance, poder transmitir al benévolo lector, aquellas variadas impresiones que tu accidentada vida artística me produjo; aquella especie de sugestión que sobre mí has ejercido desde los lejanos tiempos en que el *Sego Marina*, de docto maestro, se transformó rápidamente como por encanto, en discípulo y ferviente admirador tuyo, teniendo a gala recibir tus tímidas lecciones; en que el buen D. Basilio Giner, indiscutible autoridad en materias de guitarra, tanto por sus conocimientos teóricos como por los prácticos, te deputó verdadero y extraordinario caso de precocidad artística, digno de su magnánima protección y espontáneamente te la otorgó sin regateos ni vacilaciones de ninguna especie; en que mi bondadoso padre, con sus amigos, nos llevaban a entrambos (a mí sólo a título de acompañante tuyo) a la *alquería*, los días de gran solemnidad, para recrearse oyendo embobados tus filigranas infantiles, en las cuales, no obstante ser completamente profanos, presentían al futuro coloso del popular instrumento y unánimemente te proclamaban *sin rival*.

Quisiera hacer ver cómo entre aquellas numerosas y delicadísimas variaciones de tu grandiosa *jota*, había una de tan extraordinarias dificultades, apreciables hasta para mí, que cuantas veces me disponía a oírla (y fueron muchísimas) tuve el convencimiento más profundo de que te ibas a *caer*, hasta el punto, que, sin haber ocurrido jamás el tan temido percance, cuando se trataba de un público de cuidado, al llegar el momento, para mí, de tu inevitable *caída*, yo temblaba y mi corazón latía con inusitada violencia; claro está que el percance no llegó jamás y el maestro reía grandemente cuando yo le exponía mis temores, asegurando que aquello no valía nada.

Quisiera demostrar cómo tu alma de artista delicadísimo, extraordinariamente sensible, se asomaba a tu rostro, por medio de una violentísima contracción

de los músculos más expresivos de la fisonomía, acusando un sufrimiento, una angustia mortal, sólo por no sentirte satisfecho de tu obra en algún pequeñísimo detalle de técnica, por más que el público aplaudiera a más y mejor, lo mismo que in mente tanto te reprochabas y tanto te atormentaba.

Quisiera que aquéllos que no tuvieron la dicha de oírte y admirarte en el seno de la confianza, en la intimidad del círculo reducidísimo de amigos e inteligentes, pudieran darse cuenta de cómo sentías el arte y lo manifestabas en aquel ambiente de deleite, para ti, interrumpiendo con frecuencia tus entusiasmas disquisiciones, para demostrarlas aún más elocuentemente con la ejecución de las obras más clásicas o de tus inimitables estudios, en cuya amenísima tarea, iniciada al terminar el concierto para la galería o cuando dabas alguna velada familiar, te sorprendió muchas veces el día, sin que los oyentes ni tú, os dierais cuenta de cómo habían podido pasarse seis, ocho y hasta diez horas, como muchas veces se pasaron.

Quisiera... pero ténle pluma; no puede ser lo que yo quisiera y además faltaría la prometida brevedad, único mérito de este trabajo.

¡Perdóname, Paco!

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

Daniel Fortea IN MEMORIAM

Requerido por amigos cariñosos, véome precisado a decir algo sobre aquel admirado y querido artista, que se llamó Francisco Tárrega y en verdad que es grande aprieto en el que me veo, para cumplir cual se merece, con los deberes de tal amistad y solicitud.

Yo bien quisiera, que en estas líneas fuesen reflejados como en un espejo, la admiración, el cariño y la veneración hacia el Maestro insigne y también la altísima emoción que su obra me produce, pero sugestionado por la misma grandeza de su Arte, no acierto a expresar con la debida sencillez mis sentires y mis emociones, al rememorar necesariamente sus recuerdos, que tan íntimamente unidos se hallan a mi modestísima personalidad dentro del Arte, y que por entero debo a sus consejos y enseñanzas.

Francisco Tárrega, fue el *genio* de la guitarra. Este instrumento en sus manos, era algo sobrenatural que asombraba y que *nadie* llegará a igualar. Sus composiciones, interpretadas por él, daban la sensación de un algo vago e indeterminado que escalofriaba y en donde su temperamento soñador y romántico, encontraba ancho campo para manifestarse en bellísimas líneas melódicas de nostálgicos sabores, que recuerdan la intensa melancolía de aquella árabe raza de artífices y poetas.

Su arte de universalidad pasmosa, era sutil y delicado; su temperamento

intuitivo, le hacía compenetrarse con todas las escuelas y modalidades, para luego, al trasladarlas al cordaje de su instrumento, producir aquellas sensaciones de belleza, que quizás sus propios autores no soñaran podíanse producir.

La glorificación del Maestro, como cosa de nuestra Patria, —doloroso es decirlo— fue tardía. Llegó cuando ya él no puede participar de sus ventajas. Pero en fin, conformémonos con esto, —que ya es algo dado nuestro temperamento— y en la ocasión presente dediquemosle nuestro recuerdo y nuestra pública admiración.

Yo por mí, sólo agregaré que su recuerdo forma en mi alma un culto fervorósísimo, que no ha menester de discursos ni de lápidas conmemorativas. Con vivir me basta tan sólo, en todo momento y en toda ocasión con su obra excelente y en conservar en mi corazón la memoria del Maestro insigne, del amigo cariñoso, del hombre bueno, del artista insuperable, que enamorado de su Arte, supo consagrarle su existencia, sin importarle lo difícil del camino, lleno de abrojos, que había de recorrer en su constante peregrinación artística, por todos los ámbitos del mundo.

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

Eduardo López Chavarri EL ARTISTA MAS INGENUO QUE CONOCI

Me piden unas líneas para el llorado Tárrega; no sabría terminar, si contase los recuerdos que de sus gratos momentos de charla, guardo en la memoria. Permítanme tan sólo transcribir unas líneas que a su silueta dedico en un libro en publicación, libro en donde hablo de los grandes maestros del arte musical; y entre ellos, claro que no podía faltar nuestro Tárrega:

«El más genial guitarrista, compositor y ejecutante, de fines del siglo XIX y comienzos del actual, es Francisco Tárrega (1853-1910), espíritu delicadísimo, alma de artista. Entregado a su arte con devoción casi ascética, se creó una técnica suya, que producía en la guitarra una inmaterialidad ideal del sonido; sus obras, distinguidas y elegantes, presentan felices transcripciones de música de «clavecín» y de cantos populares muy diestramente adaptados al instrumento. Sus preludios para guitarra son de suma delicadeza. La expresión que daba a su ejecución, nacía de su exquisita sensibilidad y de su prodigioso mecanismo, del cual nunca hiciera alarde, pero con el que obtenía efectos de «colorido» increíbles. Por último, recordando a los antiguos «vihuelistas» españoles, cambiaba de tono a veces alguna cuerda, y adaptó el estilo polifónico a la guitarra (a la que no añadió cuerdas adicionales que la separasen del clásico modelo español de seis).

«Asimismo, ejecutaba con sin igual maestría y poesía preludios y fugas de Bach y demás clavecinistas.

«Tárrega fue un gran devoto del arte: su ingenuidad y su bondad infinita le hacían adorar la música, teniéndola como una religión. Abominaba la *posé teatral* de los virtuosos, y por no doblegarse a ella murió en humildad rayana en la pobreza, después de haber hecho por el extranjero «tournées» brillantes y productivas. Deja tras sí una escuela de discípulos de mérito, entre quienes perdura el venerado recuerdo de su maestro y entre los que figuran artistas tan notables como Llobet, Pujol, etc.»

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

Joan Maneu EN TARREGA

Fon geni i fon martre.

Fon un místic inconvensional de la música. Sa vida s'esllanguí entre parets, ell, que merexia l'esclat del podium....

¿Per qué glatí son còr d'artista per instrument tan ingrát?... ¿Per qué tantes hores de paciència, tans jorns de labor pesada, tants anys de penes i angúnies i privacions i desenganys i soletat espiritual —la crudel soletat del artista envoltat d'amics i allunyat del públic— foren malversats e ídol tan pòc agraït?...

¿Què hauria sigut Tárrega, pianista, violinista? Un incomparable com era en la guitarra, pero plé de glòria i de compensacions.

¿Quans mils haurían gaudit de son art virtuosísim (*) qu'are sòls coneixen el nom del que fon eximí guitarrista, per haverlo sentit ponderar!...

Yo 'l coneixí i l'admirí.

Tres foren le ocasións de nòstres recontres; de totes ne conservo netíssima memorança.

En Valencia fon la primera: tenía jo set anys. Uns amics, admiradors de la genialitat, del estudi, dels sacrificis del llavors ja gran artista, em portaren, al meu pare i a mí, a oir-lo en sa propia casa, una tarde.

La casi-obscuritat del quàrto hont tingué lloc la audició, els pocs y fervents congregats anhelant emoció, l'intens reculliment de tots i, l'art extraordinari de Tárrega, imponent tot plegat pera mon ánima jovenívola, deixá en ella una forta empremta.

A l'any i mij ens retrovavem a Sabadell, en un concert que per abdós s'havia organitzat.

Ell patía la nerviositat del públic i jo ho estranyava. ¡No podía capir qu'un artista fentho tan bé, tingués por, mentres jo que ho feia, ¡Deu-n'-hi-dó!, lo malament, no'n sentía gota!...

Pobre de mí, ignoraba el terrible significat del mot «responsabilitat», i lo qu'aquell acreix i lliga, a mida qu'apuesta, amb els anys, s'ens arrapa al cervell i al ánima.

Acompanyáva o persecutava llavors a Tárrega, un inglés, un escéntric, gran aïmador de la guitarra y deixeble seu.

Era l'inglés un home simpatiquíssim, alegre, xerraire i expontani, que va encandilitzar poderosament mas conviccions, car per a mí no podia existir en el mon altre tipo d'inglés, qu'el de Juli Verne, l'inglés impassible, metódic, correcte, vestint levita i barret de copa alta, tan al desert, com en mig del Océa, com al Pol Artic.

Un inglés pulsant la guitarra, era per a mí ja una blasfemia; pero si a més l'inglés reía, enrahonaba pels cotzers i feia xistos, esdevenia literalment insostenible en ma imaginació.

Va pendrer part en nostre concert i si mal no recordo executá un sol número: una «Marxa». Se'l va aplaudir molt, primer perque un inglés amb una guitarra essent la visió de dos prinsipis que recíprocament es destrueixen, es ja un fet insòlit que provoca l'aplaudimen expontani; després perque amb la calor del Teatro i amb l'entusiasme ritmic de la «Marxa», el temperament li va creixer de aital modo, que al finalitzar havia mitj esbotzat la guitarra, romput dos cordes y etjgat el Tamburet d'apoi, a la falda d'un espectador assombrat.

Inútil dir que mai més he retrovat al inglés: tipos tan extraordinaris no reapareixen, crec jo, en la vida d'un home.

La tersera y darrera vegada que veigí a Tárrega fon en Barcelona, en sa casa, cuan devia jo tenir uns veint-i-dos anys.

Una empresa d'edició musical m'havia encomenat el projecte d'una obra pedagógica per a guitarra, amb sa col.laboració.

Parlarem, parlarem, i al fi, de tot menys del projecte qu'allá me conduhiha.

Ses paraules vessave desilusió, venciment, amargura, desconhort invencible.

Me deixá ohir un arreglo seu de Schumann, i me explicá una seva nova manera de pulsar que requeria encar mes estudi, mes sacrificis, nou esforços...

Ilusions enmig de tanta desilusió...

Idealisme enmig tan crues realitats...

Ya no'l veigí mes.

Si en els espais interplanetaris hi ha un mon eteri hont les ánimes dels que'n aquest foren gran artistes, viuen la vida inamutable y eterna, la d'en Francesch Tárrega hi será contada, com en la terra pels que la ohiren cantar, entre les mes belles, de les mes belles.

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

(*) 607 Entenguis per «virtuosisme» la mes alta perfecció i domini d'un instrument: no com molts creuen superficialitat i malabarisme.

Apeles Mestres EVOCACION

He oído los más grandes concertistas — Rubenstein, Sarasate, por no citar otros nombres — y debo confesar que, a pesar del embeleso con que los escuchaba y de la admiración que me inspiraban, de prolongarse el concierto hubiera sentido abrumamiento y fatiga.

En cambio, oyendo a Tárrega, tengo por seguro que era imposible llegar a tal extremo, recordar que era tarde, que se hacía sentir el hambre o el sueño.

Y no se crea metafórica esta aserción; muy al contrario, hablo por experiencia.

¡Cuántas veces, oyendo a Tárrega en íntimo cenáculo, había transcurrido la velada, la noche entera, había clareado el nuevo día... y ninguno de nosotros se había dado cuenta del curso de las horas; ni Tárrega había cesado de tocar, ni nosotros de escuchar, cada vez más admirable, más prodigioso él, y más embelesados, más arrobados nosotros! Y esto sin anonadamiento, sin tensión nerviosa.

¡Qué música, qué armonía sobrenatural, celeste, la que brotaba de los dedos de Tárrega al acariciar las cuerdas de su instrumento que parecía formar parte de él mismo!...

Yo no sé si podrá tocarse mejor la guitarra, arrancarle nuevos secretos, hacerle dar algo más aún no sospechado, pero hacer sentir y gozar más que Tárrega — no vacilo en declararlo — lo juzgo imposible.

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

Luis Millet COM EN UN PAÍS LLUNYÀ...

Guardo en la memoria la esquisitad del tocar d'en Tárrega. La guitarra, en ses mans, era com una idealisació de les intimitats d'un poeta; d'un poeta ab un mon petit adins, pero subtil de delicats sentiments, tendreses y dolsos afectes. Un petit mon idealisat qu'encantava l'esperit ab un sons teixits al clar de lluna y dictats per una ànima solitaria, conmoguda, cantant com en un pays llunyà de fades, les dolses il·lusions de un amor primaveral.

Arte y Letras, Castellón 15-XII-1915

Narcís Oller GUITARRISTA IDEAL

En Tárrega, el genial Tárrega, ni com home, ni com artista, may pòt esser oblidat.

Quants tingueren el goig y l'alt honor de tractarlo personalment, guardarán tota la vida el grat recort d'aquella modestia encisadora, d'aquella bondat infinita, d'aquella tendra dolcesa de paràula sols comparable ab la delicada magia de sa digitació de guitarrista ideal, que tant el caracterisaven.

Els que tenen autoritat pera ferho ja vos diuen aquí lo que valia com a geni musical. Sos més preclars dexeptes, avuy continuadors de sa escola imponderable, cultivant son mètode y esmerantse ab tota l'ànima en interpretar les més magistrals inspiracions y virtuositats d'execució inefables que'l mestre dexà estampades en el pentàgrama o gravades en la apassionada memoria d'aquells, van perpetuant y extenent pel mon la gloriosa estel·la de son art supra-exquisit y original.

El públich els escolta tot corprés d'una fruició intensíssima, esclata en aplaudiments y llàgrimes d'adoració pel mestre; pero jo, confós ab aquell, ploro ab major motiu encara; perque jo, ab l'artista perdó al ensems, un amich dolcíssim, que'm dexà un gran buyt en la llista de mes afeccions més preuades.

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

J. M. Pascual TARREGA Y LA GUITARRA

Cuentan en aquellas tierras, que fatalmente hoy están en guerra, que cuando nace un bohemio, una hada le coloca un violín junto a la cuna.

Creo que esta misma poética tradición podría aplicarse a nuestra Andalucía substituyendo el violín por la guitarra.

No hay andaluz que al llegar a la pubertad no puntee o *rasquee* este instrumento, que según cuentan heredaron los andaluces de los árabes.

Yo, ¡ignorante de mí!, estaba firmemente creído que la guitarra sólo servía para acompañar jotas en Aragón, seguidillas en la Mancha y *cantes* hondos o superficiales en Andalucía para alegría de barberos. Así que estaba convencido de que Paco Lucena era el primer guitarrista del Cosmos.

Varias veces había oído tocar sonatas de Beethoven y otras piezas de los clásicos extranjeros a pretensiosos guitarristas, algunos de los cuales seguramente conoció de vista a Mozart, sin saber quién fuese Sor; pero la mayor parte de estos profesores no hacían más por regla general que *deletrear* las obras clásicas, venciendo las dificultades inherentes a semejante trabajo, no

consiguiendo casi nunca un resultado satisfactorio.

No hay para qué decir que después de haber oído al gran Tárrega, me convencí plenamente que éste era el rey y el papa, no sólo de la guitarra sino de todos los concertistas y además que es punto menos que imposible expresar con más arte y mayor deleite una pieza de música clásica, que no sea punteada por un eminente guitarrista.

El piano moderno fatiga, por ser instrumento poco mórbido; el clave, resulta monótono; no hablemos de otros instrumentos tocados a solo, pues carecen de amplitud y no pueden condensar un conjunto.

La guitarra, magistralmente tocada, abarca todos los efectos de un cuarteto o quinteto clásicos, pudiendo dar cabal idea de los instrumentos encargados de los cantos melódicos, aun siendo éstos ligados y dar así mismo *reflejos* metálicos trasuntando las deliciosas notas de la antigua trompa de mano.

Por esto, repito, el difícilísimo instrumento ha de estar en manos de un maestro como lo fue nuestro llorado amigo para producir con su asombrosa facilidad el deleite al oyente, noblemente sugestionado.

De todos los instrumentos de punteo, prefiero la guitarra. Los de púa como no sean muy bien tocados me crisan los nervios, como si oyera rascar la pared con un vidrio roto. Perdónenme los tañedores de bandurria, a quienes por otra parte admiro; perdónenme así mismo las señoritas que deleitan a sus papás o a sus novios tocando el mohino mandolino, que esto no va por ellas.

En el extranjero apenas se tiene idea del verdadero valor de la guitarra.

Estaba de maestro director en el Liceo, Cleofonte Campanini. Cada noche se juntaba con unos amigos y conmigo en el Lión d'Or. Un día, dijo que le dispensáramos que no podía venir hasta muy tarde, pues le habían comprometido para oír un *rompescatule* de guitarrista, y allí fue por compromiso.

A media noche vino al café con la *pelle dóca* impresionadísimo de haber oído al *rompescatule* de guitarrista, de quien y de la guitarra, contaba maravillas.

Ya comprenderán mis lectores que el *rompescatule* no fue otro que Francisco Tárrega.

Como persona, estaban sus prendas personales al nivel del concertista.

Perdóneme desde *ultra tumba* si mi profana pluma osa ocuparse de *Su Emi-nencia*. El entusiasmo me escusa y la adoración que por él tuve me abona.

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

Felipe Pedrell

SENCILLAMENTE TÁRREGA

Pocos nombres festejará un día la Historia musical moderna como el de este artista excepcional, que se llama sencilla y elocuentemente, Tárrega, de grandeza artística elevada.

Fue un modesto, demasiado modesto, hasta la timidez y el apocamiento; más de lo que convenía a sus grandes méritos, a su renombre y a sus inapreciables virtudes morales y artísticas; máxime en unos tiempos como los presentes en que la acción artística se cotiza según la adjetivación del reclamo, contenido o descarado, dirigido lo mismo a lo artístico malo, que a lo mediano y a lo bueno.

Pecaba por exceso de modestia. Ya hasta pecaba por otro exceso que, no obstante, constituía su gran mérito; y este exceso era su mismo amor al arte.

Que el arte le reclamaba un estudio continuado, ininterrumpido, obcecado; por el engrandecimiento del arte estudiaba siempre y siempre, sin parar ni compadecerse, a toda hora del día o de la noche, sin descanso, venciendo fatigas de cuerpo y alma, no como artista que dominaba superiormente la técnica, la mecánica y todo lo que reclamaba el difícilísimo cultivo de su instrumento favorito y de dilección, la guitarra, la modestísima guitarra, modestísima pero de altas idealidades como las de él, sino como un principiante que descifra a tientas con los desgargos de inexperienced.

Que el arte, avivando y excitando la mente del compositor sugería amplios ambientes a su talento creador, y a la inspiración propia más anchos horizontes, él mismo lo experimentaba en el estudio de las obras de autores clásicos, por ejemplo, las del gran guitarrista Fernando Sors; y por esto la ampliación de lo clásico en los desdoblamientos modernos adquirirían en la magna obra de nuestro guitarrista esas condiciones que la encumbran y la avaloran, reclamando su concurso docente a la par del tañedor excepcional el del creador: y esta nueva imperiosa necesidad de crearse una familia ideal de profesores de sus sólidas enseñanzas, fue la que formó ese grupo de discípulos, que no podía ser numeroso, pero bien preparados y mejor organizados para difundir su obra.

Pero hay otra condición que encumbra y avalora más y más su obra, y es la que asombra, verdaderamente, en la obra de Tárrega: la amplitud de concepción y como consecuencia de sonoridad y timbres a la música destinada a ese modesto instrumento de cuerpo tan tenue pero de alma sonora y vibratil tan grande. Aquella media docena de simplicísimas leves cuerdas resonando en la caja armónica del instrumento, que estallaba idealmente despidiendo sonoridades mágicas ¡cómo sonaban pulsadas por los dedos de Tárrega, ora suaves, ora rotundas e incisivas, ora plenas o como bañadas por no se adivina qué untuosos mágicos toques de hada: aquella media docena de flébiles leves cuerdas resonando como una orquesta ideal, mucho más ideal que las acostumbradas, que ha sugerido a ésta, a la orquesta de todos los instrumentos reunidos, sonoridades, timbres y combinaciones sonoras que no podrán aventajar jamás ni superar las del ambiente propio y misterioso de ese instrumento modestísimo y hasta vulgar cuando está puesto en manos del pueblo y de los malos tañedores: y es que ese instrumento para *hacer* el sonido se halla en contacto con el alma del que lo *hace*, lo crea y le da vida expresiva subjetiva como el sentimiento que lo dicta! Por esto el expresivismo de la guitarra, co-

mo el del violín, y por lo regular como el de casi todos los instrumentos de cuerda y arcos, es superior, más ideal y humano, que el de todos los restantes privados de formar la sonoridad al contacto del alma del tañedor.

Todo esto, que no es poco, hizo Tárrega, merced a su instinto y genio avivados y reavivados por el estudio. Por lo tanto su acción artística, precisa y absoluta tuvo este significado: *hizo de un instrumento, al parecer tan pobre en recursos, uno de los agentes organográficos más expresivos que posee la música*. Por esto no andrà jamás este instrumento, cuando es civilizado, en manos de todos. Es para los bien templados y preparados por una vocación de artista y artista estudioso. Así fue la vihuela de la antigüedad, que no en balde creó un *corpus* de literatura musical trascendentalísimo en el cual se estudian hoy los orígenes de las formas orquestales de la música pura y de la monodia acompañada: recuérdense los nombres preclaros de los tratadistas-compositores Luis Milán, de la corte del Duque de Calabria, en Valencia; Luis de Narvaez; Diego Pisador, profesor de vihuela de Felipe II; Enriquez de Valderrabeno; del primer tratadista, el Doctor catalán Carlos Amat, que por homologación de la vihuela puso en manos del pueblo la guitarra: los tañedores del siglo XVII hasta nuestros días, desde José Marín, Juan de Navas etc. hasta llegar al incomparable Fernando Sors, Aguado, Costa y Hugas (de Torroella de Montgrí), los hermanos Bassols (de Figueras), Arcas, Cano, Huertas; y al que cierra y constituye el glorioso ciclo actual de guitarristas representado por el admirabilísimo Francisco Tárrega, sin olvidar a la cohorte de su familia ideal de discípulos Emilio Pujol, Llobet, Severino García, Fortea, Corell, Loscos y las inscritas Josefina Robledo, Pepita Roa, valencianas, Rita Brondi, etc., vulgarizadores y propagadores de las enseñanzas de su maestro, doblemente fecundas como maestro y compositor de música creada o adoptada para este instrumento.

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

Ignacio Pinazo

EL APOSTOL DE LA SUBLIME MUSICA

Mi pluma no llega, no sabe expresar lo que mi alma siente por el glorioso Tárrega, verdadero apóstol de la sublime música, que se martirizó por el arte, por la belleza, que supo armonizar sin faltarle nunca la gracia y alegría en su colorido justo, sobrio, fuerte; siempre, siempre vivo.

Su guitarra dibujaba hasta mover el aire, aire de todas las edades, y espíritu de ellas. Su arte nacía en la Arcadia; venía de muy hondo, pasando, pasando por nuestros días y subía al cielo. Gloria a Tárrega.

¡De cuántas tristezas, de cuánta lucha está formada la gloria si llega a reconocerse por las gentes! ¡Y cuánto tarda aquélla en llegar... si llega! El que más

sabe está siempre solo... muy lejos de los demás.

Su guitarra y él son una encarnación gloriosa; él es un santo, un apóstol de la belleza; todo sacrificio le era poco para afinar su espíritu. Rindámosle homenaje al gran artista epílogo de la guitarra, al mártir Tárrega.

Yo no sé que decir... Como un collar de perlas mal ensartadas, conservo las notas de su recuerdo; como un estuche que guarda efluvios que mi alma no puede condensar, ni mi cabeza ordenar, ni mi mano escribir, ni mover; efluvios de aquel fuego sagrado que de su corazón emanaba, virgen siempre. A esa luz oriental y emocionante su alma, se estremecía sintiendo amor al arte. El y su guitarra, cuerpo y alma que canta, llora y ríe, jugueteaba y sentía impulsos de un pleno arte, así llevaba la sugestión al que tuvo la dicha de oírle.

Desde el sueño de los Faraones cuyas egipcias momias transparentaban su alma hasta adormecernos en un recuerdo eterno, su guitarra era el eco del infinito en virtud del cual todo desfilaba, pasaban las edades remotas, las épocas bizantinas cruzaban los cuatro orientes y llegaba a nuestros días enlazado con el «dúo de los paraguas».

No sé que decir del incomparable maestro, del gran artista, del gran guitarrista Tárrega...

Sólo sí, que vibran aún en mi alma sus armonías, como las oí una noche en mi estudio de Godella...

Vivas están aquellas horas y el delirio que causó a toda la colonia. Los del pueblo de gran intuición musical llenaban el pequeño jardín como una aureola al gran músico, iniciando fervorosos aplausos, flores que formaban la corona del que sólo vivió para el arte.

¡Viva Tárrega! —decían—. Viva Tárrega, hoy 9 de Diciembre de 1915, digo yo con todo el sentimiento por mi buen amigo.

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

J. Roca y Roca

LA SUPREMA GENEROSIDAD DE TARREGA

Francisco Tárrega reservaba lo mejor de su arte para sus amigos. Yo no sé si con su numen y su ejecución buscaba la gloria. En cuanto al dinero, no; jamás lo buscó ni lo tuvo en cuenta.

Si es que apetecía la gloria, una extraña desconfianza trababa sus pasos, no permitiéndole avanzar con resolución por el camino que a su encuentro había de llevarle con toda seguridad. Desconfiaba, no de su maravillosa destreza, ni de su completo dominio de la técnica, ni de su inspiración siempre lozana, ni de su buen gusto depuradísimo; lo que le traía desazonado, constituyendo en él una preocupación invencible, era la débil suavidad acústica propia de la guitarra, figurándosele que no podían llegar al oído del público sus sonos

con la intensidad necesaria para que el oyente recogiera todo el raudal de bellezas y primores, que, al contacto de sus dedos, brotaban de las seis divinas cuerdas de su romántico instrumento.

Bien que cada audición le valiera un triunfo espléndido, y debiera ser, en buena razón, cada uno de sus éxitos, por nadie igualados, un poderoso motivo de aliento que arrancara de su espíritu el último residuo de pesimismo; aquella falsa idea, forjada, indudablemente, por un pundonor excesivo y una conciencia artística exagerada, fue, mientras vivió, un obstáculo invencible al aquistamiento de los lucros que, sin duda alguna, le hubiera reportado su carrera de concertista excelso y único.

Así, quien, como él, hubiera podido labrarse una gran fortuna, recorriendo el mundo, en rivalidad con los más afortunados *virtuosos* del arte musical, vivió con estrechez y murió pobre.

En cambio, a sus íntimos amigos, en cuyo número tuve la suerte de contarle, sabía regalarnos pródigamente con la flor de sus altas inspiraciones y con la efusión más íntima de su arte incomparable. Muchas veces, después de dar un largo concierto, y cuando ya el público que le aplaudiera con delirio se había retirado de la sala, quedábase Tárrega con cuatro o seis de nosotros, que nos apresurábamos a formar corro a su alrededor, y daba comienzo al más portentoso encanto que cabe imaginar. Caliente, nervioso, entrenado, una tras otra nos daba a saborear las piezas más hermosas de su inagotable repertorio, y entonces es cuando le veíamos transfigurado tañendo la guitarra, no con los dedos solamente, sino con todo el corazón, apoyado sobre la caja armónica, cuyos ecos traducían los menores latidos de su noble entraña.

Francisco Tárrega, convencido de que en aquel improvisado cenáculo no se perdía uno solo de sus primores, estaba en sus glorias, y nosotros, con él, en el cielo de la delectación pura, el arrobó y el éxtasis

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

José Sorolla

EL ASPECTO DEL MAESTRO

Recuerdo como un sueño, la primera vez que oí al maestro Tárrega: fue en el estudio de un amigo ya muerto; llamábase Gasch. El aspecto del maestro y su cara quedaron para siempre grabados en mi memoria... Su obra, su maravillosa obra, esa la he aprendido de sus discípulos; tanto he oído, que he acabado por reconstruir al gran maestro.

Unome de corazón a todo cuanto por su memoria hagan admirados y profesionales.

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

Francisco Tárrega Rizo POR MI PADRE

Un grupo de buenos amigos de mi inolvidable padre, ha querido que sus restos mortales fuesen a descansar al país que le vió nacer, y coincidiendo con esto, el director de la revista Arte y Letras, señor Bellver, me hace un cariñoso requerimiento para que mi humilde firma figure al lado de las de tantos hombres ilustres, que han querido asociarse a este homenaje.

Antes que todo he de hacer constar mi más profundo agradecimiento hacia el Sr. Bellver, que con tanto empeño y tanto entusiasmo ha tomado sobre sí la tarea de que el acto en cuestión resultase lo más brillante posible, agradecimiento que hago extensivo a los dignísimos Ayuntamientos de Castellón y Villarreal, y a todas aquellas entidades y personalidades que han contribuido al mismo. Y es tanto más de agradecer la iniciativa, por ser espontánea.

Difícilmente podría yo separar en la personalidad de mi padre su doble aspecto de hombre y artista, porque en sus actos de siempre, he visto constantemente, que el uno era el complemento del otro. Su arte y su familia: he aquí los dos grandes, por no decir los dos únicos amores, que absorvieron toda su vida. En sus últimos años, ya enfermo y con motivo más que sobrado para desanimarse, se transfiguraba cuando ante un círculo reducido de amigos podía dedicarse a su arte favorito. Entonces desaparecían todos sus achaques y a la miseria física se sobreponía su entusiasmo, dedicando luego horas a interpretar las obras de su extensísimo repertorio. Es por esto por lo que digo que siempre se me aparece bajo el doble aspecto de hombre y artista, porque nunca los he visto separados. Sus últimos años, lo repito, fueron una tortura, sólo mitigada por el amor de los suyos y por el arte.

No quisiera que en estas líneas se viese el menor intento de juicio crítico que sobre ser irrespetuoso, podría parecer, como antes he dicho, apasionado; pero si haré constar un fenómeno que pude observar, y conmigo cuantos frecuentaban entonces la amistad de mi padre. Viejo por los achaques, no por los años, y atacado de una semi-parálisis, supo dominar de tal modo la enfermedad, que cuando todos creíamos que abandonaría por lo menos momentáneamente la guitarra por imposibilidad física, es precisamente cuando el dominio de ella llegó a su más alto grado de perfección. Y es que entonces ya no tocaba con las manos, tocaba con el alma.

Del desinterés y de la sinceridad artística de mi padre, también puedo dar fe, ya que le producía mayor satisfacción poder hacer música, como él decía entre los suyos, que las más brillantes contratas.

No quería haber hablado del músico Tárrega por las razones que antes he expuesto, pero lo dicho, dicho está. Lo que sí puedo afirmar, es que el vacío que dejó entre nosotros, es de los que no se llenan jamás. Yo en él, más que al padre, veía al compañero cariñoso, siempre indulgente para con las travesuras filiales y siempre severo para consigo mismo. Era un niño grande que

tomaba parte en nuestros juegos y cuando llegaba la hora de reñirnos, procuraba delegar en otros su derecho.

Esposo y padre amantísimo, amigo noble y cariñoso y hombre bueno en todos los actos de su vida, hízose acreedor a la admiración y respeto de todos cuantos le trataron. Juzguen los demás de su arte, pero de su bondad, bien puedo hablar yo que he recibido infinitas pruebas; por ello agradezco tanto más el homenaje debido a la generosa iniciativa del Sr. Bellver, secundado con tanto entusiasmo por todos los que para asociarse a él, han sido solicitados.

Arte y Letras, Castellón, 15-XII-1915

Enrique Ribes

LA MUERTE DEL MAESTRO

¡Han transcurrido ocho años!... ¡Ocho años que pasaron veloces y cadenciosos, por el interior de nuestro corazón, como un acorde perfecto de una *Romanza* sin palabras!... ¡Como una armonía de efectos múltiples y arrobadores para el espíritu humano!... Aún vibran en nuestros oídos los misteriosos ecos de su arabesca y mágica guitarra y parécenos escuchar, en torno nuestro, la voz melódica, casi tímida, impregnada de amor y cortesía, de exquisita afabilidad que agigantaba la personalidad ilustre del maestro excelso, del compositor incomparable, del concertista sin segundo, del gran genio a cuyos pies llovieron flores y laureles que, en su soberana cabeza, tomaron forma de coronas inmortales!...

El tiempo, con todos los elementos que azotan los mundos y los seres, se encarga de borrar las inscripciones esculpidas en los mármoles y piedras, disgregando las moléculas de los graníticos bloques que el buril del artífice transformara en soberbios mausoleos o en monumentos de gloria, pero las eternas leyes de la Naturaleza son impotentes para arrancar, de cuajo, los recuerdos que el alma de los inmortales imprimió en el espíritu de sus admiradores.

No ha pasado un mes en el que *La Publicidad* de Barcelona, rindió pleito homenaje al virtuoso y mil veces colosal don Francisco Tárrega y Eixea.

Todos los que por el soberbio guitarrista sentimos no ya admiración si que verdadera idolatría, aplaudimos y agradecemos, a la prensa catalana, el justo tributo rendido a nuestro inolvidable paisano en la «Galería de Músicos Valencianos», dedicando a Paco Tárrega un sentido artículo biográfico y bibliográfico, que abarca algo de lo mucho que abrigó su artística personalidad desde 1854, en el que nació, hasta 1909 en el que pasó de la vida finita o relativa a la vida infinita o absoluta.

¿Quién no conoció a Tárrega?... ¿Quién no recuerda a Tárrega?... ¿Quién no piensa en Tárrega?... Ninguno de los que estrecharon su noble mano, nadie de los que de él recibieron una frase cariñosa o de su trato un afecto deli-

cado, podrán ser ingratos para con el que fue todo modestia y bondades.

No pretendo, en este día, transcribir lo mucho que decir pudiera de Tárrega y Eixea, ¡no!... Solo quiero evocar su recuerdo ante la cuna que meció su cuerpo, tan pequeño, en 1854, en la hermosa ciudad vecina de Villarreal, para adorarla como santa reliquia del Divino Arte, sublimado al tañer su divina guitarra por sus manos divinales en las que los *Estros* se inspiraron, los bardos dedicaron sus estrofas y los literatos y críticos, convirtiendo sus metálicas plumas en arados de oro, abrieron surcos profundos en la tierra del supremo idealismo donde sembráronse las notas que, a chorrillo, se desprendían del arsenal inagotable de sus obras clásicas. ¡Semillas del alma que se diseminaron, germinaron, crecieron y se multiplicaron por los campos de nuestra Patria, caldeados por el ardiente Sol de nuestra España, que al besar con sus labios de fuego el cielo regional, dice a la Humanidad: *el calor que derramaba sobre la cuna de Tárrega, era el soplo de vida que enardeció al niño al ser trasladado por sus modestísimos y amantes padres a Castellón; el que alentó al adolescente por la ciudad del Turia, el que impulsó por las veredas de la Corte al adulto; el que absorbió su último suspiro en la invicta ciudad de los Condes, donde fijó su residencia el preclaro artista, que, en su lecho de muerte, invocó el nombre de Castellón, pidiendo la lectura de la prensa regional que recibía ávido de saborear sus infantiles amores, sin sospechar que la maldita parca segase, despiadadamente su vida a los 56 años, porque... ¿para qué tenía que preocuparse de su muerte el gran Tárrega, si la *Inmortalidad* estaba siempre a su lado en forma de *Angel de la guarda* velando los sueños del inmaculado artista?...*

¿Como había de pensar en su muerte material, si *dos días antes de rendir tributo a la materia* ejecutó, ¡tan maravillosamente!, *el andante de la Sonata número 10*, de Mozart, que fue una de las transcripciones predilectas que afiligranaron sobre el mástil, las manos del Maestro?... ¡Ah!... ¡Creación soberana, de su soberano genio, que ha quedado inédita; que acompañó, con los secretos de una tensión y fraseo irresistibles, al coloso concertista hasta el sepulcro, como para indicar a los actuales y futuros concertistas que el pretender ejecutarla, sin delirios pasionales, sería la profanación artística de *la Belleza* misma, vestida con los más ricos atavíos de la inspiración, delicadeza y sentimiento estéticos!...

¡Ocho años transcurrieron!... ¡Dos años se cumplen hoy, en que sus restos fueron trasladados al Castellón de sus amores!... En aquel día, en el que todo un pueblo, como movido por un resorte, invadió los andenes de la Estación del Norte, la Casa Capitular, la Plaza de la Constitución, calles de Colón, Mayor, Plaza de Castelar, calles de González Chermá y Zaragoza, Plaza de la Independencia y paseo de Ribalta, etcétera, se manifestó de un modo tan solemne y conmovedor, como innarrable, que el alma popular tiene un temple nobilísimo, por que la veneración y el entusiasmo no se amalgaman más que sobre el yunque del amor sentido por las cosas que forman parte integrante de su propio ser como fue Tárrega.

En aquel día memorable, el Sol levantino se escondió tristemente, melancólicamente, tras los densos y negruzcos celajes, que como tupidos velos enlataban la atmósfera. Los vientos de la costa soplaron fríos y rumorosos, como transportando lejanas y fúnebres canciones de Hadas; y los vapores condensados en el vacío, atravesando los espacios, cayeron sobre el féretro como lágrimas copiosas, derramadas por las estrellas como tributo al muerto que legó sus preciadas cenizas a nuestro pueblo, ya que no pudo amontonar en él riquezas materiales como prenda de su cariño regional.

¡Oh, Maestro de Maestros!. ¿Hasta cuándo descansarán tus huesos en el modesto y apartado nicho en el que, provisionalmente, reposan? ¿Cuándo el Excelentísimo Ayuntamiento y la Excelentísima Diputación provincial, como las Sociedades todas y los que se llamaron tus amigos y admiradores, *sacudirán su apatía* y encerrarán tu cuerpo, momificado y carcomido, en una tumba digna de tu nombre y de tu fama, para que ante tu mudo mausoleo se arrodille el creyente musitando una oración católica o el de ideas libres te salude con una oración laica? ¡Dios dirá!...

Si yo, con mi propio esfuerzo, pudiera mover a los hombres, como el Creador mueve a los átomos interplanetarios, pronto, muy pronto, rendiría el último tributo a *La Muerte del Maestro*.

Castellón, 14 Diciembre 1917

Desde América

FRANCISCO TARREGA EIXEA

DATOS BIOGRÁFICOS Y BIBLIOGRÁFICOS

Tócanos hoy conmemorar una de las personalidades más ilustres de nuestra música, el maestro eminente en el difícil arte de tañer la guitarra. Merced en gran parte a la acción benéfica de Tárrega, en el doble aspecto de concertista y de profesor, este instrumento que antes quedaba circunscripto a uso exclusivo y casi genuino carácter popular ha ido remontando su esfera de acción y tomando carta de naturaleza en un ambiente artístico más refinado, de tal manera que cada año es más considerable el número de audiciones públicas que de guitarra se celebran.

De origen valenciano, nació Francisco Tárrega y Eixea el 29 de Noviembre de 1854 en el pueblo de Villarreal, provincia de Castellón, hijo de padres de condición humilde quienes trasladaron su residencia a dicha capital cuando aquél se hallaba todavía en adolescencia.

A los ocho años comenzó allí el joven Tárrega los estudios de guitarra, siendo su primer maestro un guitarrista llamado «Cego de la Marina», célebre tocador que no tenía rival en la región valenciana. Estudiando con tesón y cons-

tancia ejemplares, llegó pronto a dominar las grandes dificultades de su instrumento favorito, pero a sus anhelos de gloria no bastaba el escaso ambiente de Castellón y unido ello a la necesidad de atender por sí mismo a su vida, resolvió trasladarse a Valencia para ganarse de un modo u otro los recursos más indispensables.

Pronto comprendió que no le bastaría para ello la guitarra y por eso, sin abandonarla, dedicóse en la ciudad del Turia al cultivo del piano, de modo que con la práctica y más tarde la enseñanza de ambos instrumentos fue cubriendo sus más imperiosas necesidades, pero sin desmayar en el estudio de su instrumento favorito.

La vida de Tárrega en Valencia abundó en peripecias y accidentes de todo género, a los que puso fin un rico comerciante de Burriana, don Antonio Conesa, que sin otro título que su admiración por el ya notable guitarrista, le ofreció espléndida protección y trasladándose con él a esa villa pudo entregarse tranquilamente a un estudio serio de la música.

Mas, al cabo de un tiempo, hallando también estrecho para sus aspiraciones el marco de la vida rutinaria de Burriana, decide Tárrega alzar el vuelo de su genio artístico y trasladarse a Madrid, centro de sus ilusiones, dispuesto a probar fortuna.

Allí ingresó en las clases superiores del Conservatorio Nacional de Música, perfeccionando sus estudios de piano y de armonía con los profesores Gagliana y Hernando. Pronto obtuvo el primer premio de ambas clases. Fluctuando todavía su ánimo entre el cultivo definitivo de la guitarra o del piano, dió un concierto de guitarra, presentándose por primera vez ante el público madrileño en el teatro de la Alhambra y el ruidoso éxito obtenido decidió para siempre de su vocación. Al poco tiempo eran populares los méritos del prodigioso artista a quien se le denominaba el Sarasate de la guitarra.

Pero tampoco fue Madrid suficiente para contener aquella fogosa imaginación y ávido de más alta gloria todavía, no cesa hasta ver consagrada su fama en el extranjero. En 1881 trasládase a París donde causa también la admiración del público. De allí pasa a Londres y obtiene asimismo los más grandes éxitos en numerosos conciertos. Con los laureles conquistados regresa a su patria y emprende una «tournee» por las principales poblaciones: Bilbao, Albacete, Alicante, Gandía, Barcelona y Madrid, son sucesivamente teatro de sus triunfos.

En una de sus correrías, al pasar por Novelda, pueblo de la provincia de Alicante, enamoróse de la señorita María Rizo con quien contrajo enlace, y después de unos meses de descanso consagrados a la luna de miel, volvió a Madrid y en seguida a Barcelona, donde fijó Tárrega definitivamente su residencia. Por eso fue Barcelona la ciudad en que mayores triunfos tuvo y más amistades contrajo al reposar en ella de su errante existencia.

Debido a su exagerada modestia que le hacía rehuir los grandes públicos y reservar lo mejor de su arte para sus discípulos y amigos, en círculo íntimo y poco numeroso, con todo y ser Tárrega una eminencia, no conquistó la po-

sición social a que tenía derecho por su talento y extraordinario arte. Añádase a esto la afección de la ceguera que amargó la mayor parte de su existencia y se comprenderá su modestísima y retirada vida, entregado al cariño de los suyos, a la augusta misión del profesorado y a sus pacientísimos y constantes estudios que no dejó ni en apogeo de su gloria, para llevar la guitarra al mayor grado de perfección.

Tenía Tárrega un inmenso mérito artístico. No sólo se admiraba en él al diestro ejecutante, para quien no existían las inmensas dificultades de mecanismo propias del instrumentno, sino que encantaba más por su sentimiento tan tierno como noble, su fraseo elegante y sobrio, la pureza y claridad de ejecución y la ausencia de esos amaneramientos sensuales tan comunes, por desgracia, en muchos guitarristas.

En los últimos años de su vida dió unos conciertos en el teatro Eldorado de Barcelona, con los que el ciego y valetudinario artista se despidió para siempre de su querido público que no cesaba de prodigarle las más delirantes ovaciones. La enfermedad que le aquejaba hacía bastantes años, puso fin a su existencia en Barcelona, el 15 de Diciembre de 1909, sumiendo en el dolor a sus innumerables amigos y discípulos, entre los que nos ha legado como la más excelente muestra de su arte refinado a Miguel Llobet, el gran concertista catalán, genio de la guitarra en el presente siglo.

Al cumplirse el primer aniversario de su fallecimiento, Villarreal, su pueblo natal, le ofrendó un homenaje, dedicándole una de sus principales calles y colocando una lápida de bronce en la casa donde nació. El Ayuntamiento de Castellón trasladó solemnemente sus restos en la fecha del sexto aniversario de su muerte, en cuyo acto tomaron parte representaciones de los ayuntamientos de Barcelona, Valencia, Castellón, Villarreal y demás pueblos de su provincia, diferentes entidades artísticas, y numerosas sociedades. En Castellón se le ha erigido un monumento en el paseo de Ribalta y se le ha dedicado una de sus mejores calles.

Como compositor fue Tárrega un músico inspirado y un consumado armónista. Así lo aquilatan sus numerosas composiciones, cuya lista sería interminable, pues entre originales y transcripciones dejó escritas más de cuatrocientas.

Recordaremos entre ellas una hermosa colección de estudios de corte clásico: el «Capricho Árabe»; «Danza Mora»; «Recuerdos de la Alhambra»; «Sueño!» «Capricho Gavota»; «Mariposa» estudio; «Minueto», varias bellísimas Mazurcas; «Cajita de música»; y una importantísima colección de preludios y melodías de incalculable valor artístico en su mayoría inéditos.

Con todo, era tan escaso el valor que daba el propio Tárrega a sus producciones que gran parte de ellas se hallan diseminadas entre sus numerosos discípulos y amigos, e incluso muchas extraviadas, por lo que resulta casi imposible llegar a formar una bibliografía completa.

«La Guitarra» n.º 1, Buenos Aires, julio 1923. págs. 15 y 16

Felipe Pedrell MURIO POBRE...

Murió pobre y lejos de la tierra nativa, en cuyo regazo quería reposar al rendir la vida.

Sus comprovincianos se creyeron obligados a dar piadosa satisfacción a los deseos del maestro: trasladaron el cadáver inhumado en Barcelona a Castellón y en Castellón descansa entre el cariño de los suyos como en un relicario de amor; en Castellón donde quiso dormir el sueño eterno, perpetuando en un monumento modesto como él, pero como su fama, imperecedero. Celebróse esta ceremonia días pasados dando su conveciños, los pueblos en masa de toda aquella región un espectáculo conmovedor, que conmovedor es ver a todo un pueblo honrando dignamente a un hijo que merecía bien de su patria. Tan magníficamente bien que pocos nombres de grandeza tan elevada festejará un día la historia musical moderna como el de ese artista excepcional que se llama sencillamente y admirativamente, **Tárrega**. Fue un modesto, modesto hasta la timidez y el apocamiento, más de lo que convenía a su gran mérito, a su renombre y a sus inapreciables virtudes artísticas y morales: máxime colocado en tiempos como los presentes en que todo se cotiza según la fuerza y la extraordinaria adjetivación del reclamo, contenido e hipócrita o descarado sin pudor, lo mismo para lo malo que para lo mediano y hasta para lo bueno.

Pecaba por exceso de modestia y hasta pecaba por otro exceso, que, no obstante, formaba su gran mérito: por exceso de amor al arte. Que el arte le reclamaba un estudio continuado, ininterrumpido, obcecado; por el engrandecimiento del arte estudiaba siempre, y sin parar ni compadecerse, a toda hora del día o de la noche sin descanso, venciendo fatigas, no como un artista que dominaba superiormente la técnica y todo lo que reclamaba el cultivo archidifícilísimo de su instrumento favorito sino como un principiante que tantea y descifra a tientas. Que el arte avivaba la mente del compositor sugiriéndole más amplios ambientes a la mente, y más anchos horizontes a la inspiración propia; lo experimentaba él mismo en el estudio de las obras de autores clásicos, por ejemplo, las de Fernando Sors, y por eso la ampliación de lo clásico en los desdoblamientos de lo moderno adquirirían en su obra las condiciones que la valoran y la encumbran. Que el arte reclamaba, al lado de la inspiración del creador su concurso docente; y esa nueva imperiosa necesidad de formarse una familia de prosectores de sus sólidas enseñanzas, fue la que formó ese grupo de discípulos, que si no era ni podía ser numeroso, estaba bien preparado y fervientemente organizado para continuar su obra. Pero hay otra condición que asombra en la obra de Tárrega: la amplitud de concepción que dió a la música destinada a ese modesto instrumento de cuerpo tan tenue, casi mezquino, pero de alma sonora expresiva tan admirable.

Aquella media docena de simplicísimas leves cuerdas resonando en la caja

armónica que vibraba despidiendo sonoridades mágicas ¡cómo sonaban pulsadas por la acariciadora pulpa de sus dedos, ora suaves, rotundas e incisivas, ora plenas y vibrantes, ora como bañadas por no se adivina que untuosos mágicos toques de hadas! — (¡cómo os admiraba Debussy, buscándoles consecuencias instrumentales y efectismos organográficos! ¿verdad amigo Llobet?) —; aquella media docena de simplicísimas leves cuerdas, resonaban como una orquesta ideal, mucho más ideal que la ordinaria y acostumbrada, que han sugerido a ésta, a la orquesta de todos los instrumentos reunidos, sonoridades nuevas y no pocas combinaciones desconocidas antes del advenimiento de ese modestísimo maestro, pero que no superarán jamás las del ambiente propio y misterioso de este instrumento modestísimo, y hasta vulgar, puesto en manos del pueblo. Y es que ese instrumento para hacer el sonido se halla en contacto directo con el alma del que lo hace y lo crea como el sentiminetto se lo dicta. Por eso su expresivismo como el del violín, y por lo regular como el de todos los instrumentos de cuerda y arco, es superior al de todos los instrumentos que no pueden formarse su sonoridad al contacto del alma del tañedor. ¡Oh!, ¡si el arpa pudiese formar su sonoridad como la guitarra, no se diría de ella que sus cuerdas buscan, en vano el alma que les dé vida!

Todo esto que hizo Tárrega merced a su instinto avivado y reavivado por el estudio tiene este significado preciso y absoluto: hizo de la guitarra, instrumento al parecer, pobre en recursos y vulgar, un agente organográfico de los más expresivos que posee la música. Por esto no andaré ni puede andar en manos de todos. Es sólo para los bien templados en el estudio que fortalece. Así fue la vihuela en la antigüedad, y por eso pudo crear una literatura musical trascendentalísima en la que se estudia hoy los orígenes de las formas orquestales de la música pura y de la monodía acompañada. Por eso los nombres de los grandes tratadistas compositores están colocados en la época de su acción constitutiva en pleno siglo XVI, creación de formas y, a la par, constitución definitiva de la tonalidad moderna. Recuérdense los nombres del Luis Milán, Luis de Narváez, Diego Pisador, Enrique de Valderrábano, Miguel de Fuenllana; el del primer tratadista, Juan Carlos Amat, que por homologación organográfica de la vihuela pone en manos del pueblo la guitarra de cuatro cuerdas aumentada después en una quinta por Espinel y luego hasta seis, como fue en un principio la vihuela instrumento cortésano, y a la par doméstica; que representa en el siglo XVI lo que hoy el piano: y luego tratadistas y más tratadistas y cantores al son de este instrumento, desde José Marín, Juan de Navas y otros que paso por alto, hasta llegar al incomparable Fernando Sors, Aguado, Costas y Hugas, los hermanos Bassols, Huertas y al que cierra y constituye el glorioso ciclo actual representado por el admirabilísimo Francisco Tárrega, junto a la cohorte de su familia ideal de discípulos Llobet, Pujol, Pepita Roca, etc., vulgarizadores geniales de las doctrinas de su memorable maestro.

«La Guitarra» n.º 1, Buenos Aires, julio de 1923, págs. 28 y 29

D. Conrado P. Koch

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA GUITARRA

Mucho se ha escrito ya sobre el desenvolvimiento histórico de la guitarra y la importancia que esta rama musical genuinamente española ha adquirido en los últimos años.

No hay instrumento que por su capacidad armónica y su variedad de timbres reúna en sí como la guitarra, algo así como una idealización del cuarteto o de una orquesta en miniatura, sin contar con los caracteres que le son propios como ya lo señaló el ilustre musicógrafo don Felipe Pedrell en un bello artículo sobre Tárrega.

Seguramente que este instrumento está recién en pleno florecimiento y trataremos de inquirir la causa de esta evolución tan retardada con relación a otros agentes expresivos de la música.

Las primeras revelaciones que deben observarse desde un punto de vista de probabilidades que después se han cumplido, son las de los tratadistas españoles como Juan Carlos Amat, Luis Milán, Fuenllana y tantos otros autores de obras para vihuela desgraciadamente poco conocidos y, que sin embargo, contienen en germen las futuras manifestaciones musicales de la complejidad a que ha llegado la música en los actuales tiempos; el uso del contrapunto y voces ya bien diferenciadas como aparecen posteriormente en las obras del insigne guitarrista portugués Roberto de Viseo; escalas y arpeggios de Federico Moretti: hasta la música de carácter religioso como la del padre Basilio, maestro de Aguado; el empleo de los armónicos octavados por Francisco Fossa y la creación de una técnica ya amplia por Aguado en sus obras didácticas como en sus propias creaciones, hasta llegar al verdaderamente grande e incomparable Fernando Sors, que Mitjana llama con justicia el Beethoven de la guitarra.

Efectivamente, aparece en el proceso evolutivo de este instrumento como un verdadero genio; todas sus obras tienen un sabor clásico, una marcha lógica de las voces por otra parte la influencia de la época y una extraordinaria cultura musical.

Después de él sólo brilla un discípulo suyo, Napoleón Coste, que ha dejado una magnífica colección de estudios, si bien de estilo algo recargado.

A esta época tan brillante sucede una verdadera decadencia.

¿A qué puede obedecer este retroceso? Examinando las biografías y sus propias obras a Sors y a Aguado vemos que unieron al genio gran capacidad para el trabajo, creándose una sólida preparación técnica que no ahoga la inspiración natural y que sin embargo, se transparenta en sus obras.

Sólo así, cuando se posee genio se hace perdurar el nombre y se contribuye dignamente al florecimiento de un arte tan expresivo.

Es curioso observar el apresuramiento, la falta de preparación y de buen gusto que aparecen en todas las obras posteriores.

En Arcas y en Parga, los dos autores más caracterizados de esa época de decadencia, puede verse que junto a ligeros destellos de originalidad, aparecen largos períodos vulgarísimos que rompen la unidad de la obra y empañan completamente las pocas bellezas de que fueron capaces. Esto en cuanto a sus obras; y si nos referimos a las llamadas transcripciones, especialmente de Arcas, empezaremos por la absoluta carencia de sentido artístico que denotó al elegir trozos de óperas, con los cuales seguramente consiguió mucho éxito en el público grueso, pero ahogó tal vez un temperamento por carecer del instinto fino del artista que ha de reconcentrarse en su espíritu verdadero, sin preocuparse de los gustos predominantes que pasan.

De esta manera se explica el advenimiento de Tárrega como una verdadera revelación. Descubre una técnica lógica, racional; emplea combinaciones de timbres no sospechados; manifiesta en sus obras un extraordinario temperamento de compositor que linda ya con los atrevimientos modernos y guiado por su espíritu superior recurre a los grandes compositores, Bach, Beethoven, Schumann, Chopin, etc.; Albéniz y Malats entre los modernos; elige muchas de sus buenas obras y las crea de nuevo con los recursos de la guitarra, sin hacerles perder el carácter central del autor y manteniendo la idiosincracia de su instrumento favorito; forma además un grupo de eminentes discípulos que sin perder la tradición y conservando su propia personalidad continúan la labor del maestro para gloria de la guitarra. Entre ellos está el delicado temperamento de Emilio Pujol y Miguel Llobet dotado de facultades musicales extraordinarias como lo prueban sus obras, sus magistrales armonizaciones de temas populares catalanes y sus transcripciones, verdaderas joyas del florecimiento moderno de la guitarra. Todo esto se debe al genio, al esfuerzo, a la preparación.

Señalemos que la misma falta de cultura que ha producido tan funestos resultados en la composición, se produce entre los ejecutantes; así vemos hoy el encumbramiento de nombres que no pueden estar en un plano artístico verdaderamente elevado, para desgracia de la guitarra y de ellos mismos. Pero esto no puede impedir que el reducido número de intérpretes reales y conscientes divulgue y extienda día a día las innumerables bellezas de la guitarra, instrumento el más popular y a la vez el más aristocrático

"La Guitarra" n.º 1, Buenos Aires, julio de 1923 págs 28 y 29

Miguel Llobet MI INOLVIDABLE MAESTRO

Cumpliendo con un deber de íntima gratitud, me veo moralmente obligado a dedicar un recuerdo a la memoria del que fue mi inolvidable maestro, el prodigioso Francisco Tárrega, cuyo prematuro fin llenó mi alma de profundo duelo.

No me propongo exponer datos biográficos, porque éstos son, la mayoría

de las veces, poco interesantes tratándose de personalidades del relieve y de la fuerza de Tárrega: sólo diré dos palabras relacionadas pura y exclusivamente con el artista y su obra.

Al hablar de Tárrega no basta decir: «Fue el primer guitarrista de tal o cual época», nó! Con él la guitarra ha perdido su figura más eminente, la más culminante de todos los tiempos, de todas las generaciones. Y es porque Tárrega no fue solamente un ejecutante (como jamás haya existido otro): fue también el creador de una escuela que casi podría calificarse de *nueva era* para la guitarra, abriendo nuevos horizontes y descubriendo una serie de efectos y sonoridades tan desconocidas, que por esta causa, al oírlo, el instrumento sonaba de aquella manera tan *única* y sublime a la vez.

Es evidente que para llevar a término una obra de esta importancia artística, se necesitaban, además, facultades especiales que Tárrega poseía en grado superlativo, y eran las de ser un músico habilísimo unido a un temperamento refinado.

Si las dos glorias más legítimas del pasado, Sors y Aguado, hubiesen vuelto ahora, ¡cuánto no habría sido su asombro al ver el adelanto y el grado de perfección que alcanzó con Tárrega el instrumento que tanto enaltecieron ellos en sus épocas respectivas!.

Como compositor, sus obras constituyen las verdaderas joyas de la moderna literatura de la guitarra. Todas ellas aparecen impregnadas de la más depurada distinción y, en particular, los *Preludios* pueden figurar perfectamente al lado de las más bellas obras que dentro de este género ha producido la música contemporánea.

En el género en que alcanzó señaladísimos triunfos, fue en las transcripciones. Bien pueden éstas calificarse de verdaderas creaciones, pues era admirable el modo cómo se apropiaba de la idea del autor, al extremo de que la mayoría de las composiciones de los grandes maestros producían exactamente el efecto de haber sido inspiradas directamente para la guitarra. Y eso era, en parte, debido al secreto que él solo poseía, y que consistía en la acertadísima elección de las obras. ¡Qué lástima que los propios autores no hayan podido apreciar palpablemente el relieve, la luz, la nueva vida que aquellas adquirían, sobre todo al ser interpretadas por aquella *magia* exclusiva del gran maestro!.

Era este último, uno de los aspectos más característicos de su arte maravilloso.

Y ahora, para poner fin a estas líneas, debo de añadir que Tárrega, como hombre, era sencillamente angelical. Así pues, su recuerdo quedará eternamente grabado en el alma de los que, como yo, lo venerábamos como artista y lo adorábamos como amigo

"La Guitarra" n.º 1, Buenos Aires, julio 1923 pág. 14

Nota: Publicado en catalán, en la revista musical de Barcelona, «Butlletí de l'Orfeó Català» de Enero de 1910

Luis Millet

COMENTARIO SOBRE LA GUITARRA

Las pequeñas porciones, cuando son buenas, tienen un poder más penetrante que las grandes: una gota de esencia satura de grato aroma una habitación cerrada; una criatura animada comunica su alegría a una reunión de personas graves y juiciosas.

La guitarra, pequeña y suave, tiene una gracia particular, más delicadamente penetrante que los instrumentos mayores en jerarquía, dentro de la historia del arte.

Naturalmente que, al hablar así, no nos referimos a la guitarra de taberna ni a todas aquéllas que hieren nuestros oídos acompañando jotas y canciones flamencas; nos referimos a la guitarra dignificada por Sors y luego idealizada modernamente por Tárrega y sus discípulos.

A esta guitarra nos referimos; digna heredera de la vihuela y el laúd, en los cuales toma origen en cierto modo, la monodía, en virtud de las especiales transcripciones de Madrigales y Villanescas polifónicas. Sors ingertó en el instrumento el selecto clasicismo del siglo XVIII; más tarde Tárrega el romanticismo del XIX.

Seguramente que Tárrega como compositor, no alcanza la importancia musical de Sors, pero la influencia del primero es más característica y seductora. La manera de ejecutar de Tárrega tiene una modalidad nueva y sus composiciones y transcripciones para el instrumento guardan y exponen aquella forma original de idealidad exquisita y emocionante. La guitarra en manos de Tárrega canta siempre remembranzas, recuerdos de caricias placenteras un tiempo gozadas y que el alma del artista evoca con sus cuerdas mágicas. Cada una con su tono propio y suave que los dedos pulsan ágilmente; vibrando intensamente y desgranando notas y armónicos, como pequeñas campanas de misterio, que dejan oír el bordón envolviendo en sombras armónicas la melodía que canta siempre quejumbrosa y sentimental en las agudas cuerdas primas y femeninas.

Toda esta música probada a tocarla en otro instrumento y os parecerá distinta, tal vez más sonora e intensa; pero la flor virginal, lo delicado y exquisito se ha desvanecido. El sueño pierde su encanto...

Sería sensible que este arte tan íntimo desapareciera, que no perdurase entre nosotros.

El primer tratado de guitarra se debe a un español: el doctor Juan Carlos Amat. Sors nació en Barcelona; castellana fue la cuna de Tárrega. Los más eminentes guitarristas de la historia han sido españoles. Puede decirse que a España se debe la dignificación de la guitarra.

Afortunadamente, discípulos jóvenes, dignos del maestro, sostienen la es-

cuela de este arte tan interesante y exquisito de la música quieta y suave, llena de íntima idealidad.

"La Guitarra" n.º 1, Buenos Aires, julio de 1923. pág 22

Sin autor

EL TRASLADO DE LAS CENIZAS DE TARREGA

De origen humilde, Tárrega nació en Villarreal, el 29 de Noviembre de 1854, revelando desde niño un temperamento artístico extraordinario y un cariño y una aptitud especiales para la guitarra.

No tocó, durante su larga vida de artista este instrumento, penetró como en sus más hondas intimidades, le arrancó secretas armonías, lo hizo vibrar, lo hizo sentir, lo hizo llorar, lo levantó tan alto que, según Apeles Mestres, oyendo la guitarra del gran maestro, se perdía la noción del tiempo.

Si fue gran artista, fue modesto y humilde hasta lo increíble. Consultaba con frecuencia a las personas de su familia y a los amigos, las composiciones; temía siempre presentarse en público y más de una vez se le vió rehuir todo aplauso.

Refiérese que, hallándose con su querido discípulo, el ilustrado Presbítero D. Francisco Corell, en su hotel de Roma, no dejaba ni un solo día de estudiar por largo rato su mágico instrumento. Servíase para ello, por la noche, de una bujía. Los huéspedes comenzaron desde la primera noche a penetrar en el cuarto y a tomarlo por asalto. Tárrega decidió suprimir la bujía, y al poco rato de pulsar la guitarra, hubo de advertir que a obscuras también había concurrido, entusiasmada, toda la improvisada clientela.

Tárrega murió pobre, dejando un hijo, Francisco, catedrático de matemáticas de la Universidad Industrial de Barcelona; y una hija, María, maestra de piano.

Tiene el eximio maestro, otros hijos, espirituales, que, con alientos sin igual y noble emulación, anhelan perpetuar sus méritos musicales: el gran Llobet, Pepita Roca, que acaba de triunfar en Valencia y Barcelona; Daniel Fortea, el joven catalán Emilio Pujol y otros son los discípulos predilectos que honrarán la memoria del que fue su maestro y cuya muerte lloraron como la de un padre.

En los solemnes momentos que reseñamos, tributamos a todos el testimonio de nuestra admiración a todos el testimonio de nuestra admiración y afecto y hacemos extensiva nuestra felicitación sentida a Villarreal y a Castellón, que de modo tan oportuno y tan gallardo han sabido honrarse a sí mismos, honrando a su hijo predilecto.

Valencia se asocia gustosa a ese movimiento glorioso de reivindicación regional.

«La Voz de Valencia» se hace, con íntima satisfacción, intérprete de esas manifestaciones, y eco de esos sentimientos.

EN BARCELONA

«El Noticiero Universal» da la siguiente información acerca de la exhumación del cadáver:

«Esta tarde fueron exhumados en el cementerio nuevo los restos del que fue eminente guitarrista D. Francisco Tárrega, que, como dijimos anteriormente, han de ser trasladados a Castellón.

«Al acto asistieron los comisionados de aquella ciudad valenciana, que llegaron ayer, el señor Dessy Martos, en representación del alcalde; el jefe de la guardia urbana señor Ribé; el hijo, el hermano, y otros parientes del maestro Tárrega y muchos de los que fueron sus amigos.

«Los restos fueron colocados en una caja de caoba enviada por el ayuntamiento de Castellón, y la caja, cubierta de coronas, fue trasladada, en una carroza tirada por seis caballos a la estación de Francia. Seguían en numerosos coches los asistentes al acto.

«Los restos del maestro quedaron allí depositados hasta mañana, que en el expreso de Valencia serán conducidos a Castellón.»

EN EL TRAYECTO

Ampliando las noticias que dimos telegráficamente, debemos añadir que en Vinaroz, a la llegada del expreso del sábado, esperaban el cadáver el doctor Ureña, en representación de la junta «Pro-Tárrega», y don Enrique Tárrega en nombre de la familia del insigne guitarrista

LLEGADA A CASTELLON

La llegada a Castellón, a las cuatro de la tarde, constituyó una imponente manifestación de duelo y de hondo patriotismo.

El féretro fue retirado del furgón por los bomberos, y organizóse la comitiva, que presidieron el gobernador, alcalde, parientes y comisión ejecutiva.

El pueblo en masa ocupó el largo trayecto desde la estación al ayuntamiento, adonde llegó de noche el féretro, instalándose en el salón de sesiones, convertido en capilla ardiente.

Fue velado durante esa noche por la comisión de homenaje y por los deudos y amigos del extinto maestro, y desfilaron desde su llegada y durante la mañana de ayer, hasta las once, millares de personas, ante los restos del llorado y preclaro artista.

PREPARATIVOS PARA EL ENTIERRO

Por las personas y representaciones que llegaron el día anterior; por el gentío que vino a primera hora de la mañana de ayer de Villarreal y de los pueblos comarcanos, y porque en todo Castellón no se hablaba de otra cosa; no habiendo entidad, centro, fuerza social y política que no se dispusiera a asociarse

a la imponente manifestación de verdadero regionalismo, no era difícil predecir que el acto constituiría un éxito grandioso.

La prensa local, con esfuerzo unánime, había contribuido eficazmente a preparar los ánimos, y había coronado la labor de propaganda, el precioso número de «Arte y Letras», del que nos ocupamos en otro lugar de este periódico.

CASTELLON EN LA CALLE

Puede afirmarse que todas las clases sociales, el pueblo todo, ocupó la carrera, esperando el desfile del fúnebre cortejo.

La gente estaba verdaderamente impresionada. No era el más visible el sentimiento de natural curiosidad el que informaba aquella muchedumbre, como sucede casi siempre en todos los grandes movimientos populares que tienen por teatro el arroyo.

Ayer vimos en la actitud reverente, en las lágrimas que se asomaban a los ojos de muchos, la expresión sentida del cariño que los castellonenses profesaban al hijo del pueblo, que se había encumbrado con esfuerzo propio y había enaltecido con sus triunfos el solar de sus mayores.

LA COMITIVA FUNEBRE

A las once y media organizóse la fúnebre comitiva, abriendo marcha la banda de bomberos.

Seguían las sociedades de tipógrafos, agrupaciones regionalistas, Centro y Juventud Republicana y Radical, Círculos de Sogueros, Jaimista, Liberal y Círculo Católico de San Isidro, Sociedades de Marineros, Cazadores, Dependientes de Comercio y Artesanos.

Banda de música de la Beneficencia.

Cleros parroquiales con la cruz arciprestal alzada, y a continuación los restos mortales de Tárrega, en artística carroza, tirada por seis caballos, estando el féretro cubierto materialmente de coronas, entre las que se destacaban las de los ayuntamientos de Castellón, Villarreal y Círculo de Bellas Artes de Valencia.

Hacía los honores al féretro el cuerpo de Bomberos.

Encabezaban el duelo, además de los deudos y de la comisión de homenaje, los discípulos del maestro; D. Jaime Bellver, director de la revista que ha iniciado el homenaje y traslado de los restos: «ARTE Y LETRAS»; poeta D. Carlos Llinás, doctor Forés, director de «La Tribuna Libre»; Juan Bosch, D. Enrique Ribes, delegado de la Cruz Roja; D. Cayetano Huguet, comisión de Lo Rat-Penat de Valencia, formada por el presidente D. J. Pérez Lucía, vice Dr. Faustino Barberá, secretario D. S. Sebrían Ibor y el laureado escritor Sr. Martí Grajales; Rvdo. D. Benito Faver, que llevaba la representación de la sociedad de autores; director del semanario «Unión» de Burriana; don Rafael Solé, Comisario Regio D. Federico Bosch; artistas D. Vicente Castell, Sres.: Soliva, Alzuara, Pérez (SILVIO PELLIZCO); director de «La Defensa» don Manuel Breva; Director de «El Heraldo» señor Castelló; D. José Roca, D. Carlos Sarthou,

representando al juez y al Casino de Cazadores de Burriana; director de la banda de dicha ciudad, y en nombre de la juventud regionalista de Valencia el propio don Jaime Bellver.

Representaciones de los Casinos: Recreativo, Gran Casino, y de San Luis Gonzaga; la banda de música de Villarreal, doctor Hermenegildo de Montaner, Cura Arcipreste; Párroco de la Sangre, señor Ortega y de San Miguel, señor Fabra, director del Instituto, señor Martí; fiscal, señor Guillén; jefe de Obras Públicas; director del Banco de España; profesor del Instituto señor Pascual; médicos, señores Clara, Ureña y Segura.

Cámara Oficial de Comercio, señores J. Simón y R. Gasset; director de «La Provincia», señor Armengot; oficiales de Carabineros; Guardia Civil e Infantería y maceros del Ayuntamiento de Castellón.

Seguían interpolados los concejales de los ayuntamientos de Castellón y de Villarreal y diputados provinciales.

Ocupaban la segunda presidencia del duelo, el gobernador civil señor Izquierdo, alcalde de Castellón, señor Jimeno Machavila; alcalde de Villarreal, señor Verdia; vicepresidente de la Diputación, don Ramón Salvador y teniente de alcalde de Castellón, señor Carbó.

Cerraba la marcha la banda de Tetuán, tras de la cual seguía la enorme masa de pueblo.

RESPONSO

Al pasar por la iglesia Arciprestal se detuvo la comitiva, y ante el féretro, detenido frente a la puerta lateral de aquélla, reuniéronse todos los cleros de Castellón, que han dado una buena muestra de generosidad y patriotismo, asociándose incondicionalmente al acto. La capilla de la Arciprestal, reforzada con otros valiosos elementos, entonó, en medio de un religioso silencio, y con gran maestría el inspirado Responso de Calahorra. Las últimas oraciones de ritual dieron fin al piadoso ofrecimiento en sufragio del alma del eximio artista.

ESPECTACULO EMOCIONANTE

En medio del mayor orden, la comitiva cruzó el Mercado, y por las calles de Colón, Mayor, Castelar, González Chermá, Cuatro Esquinas, y Zaragoza, se dirigió al paseo de la Independencia, donde se detuvo por breves momentos.

Los bomberos bajaron de la carroza el féretro y a hombros fue llevado hasta la mitad del paseo, y rodeado en forma de semicírculo por las tres bandas de Castellón y la de Villarreal, ejecutaron todas ellas bajo la batuta del director de la de Tetuán, señor Asencio, el «Capricho Árabe», una de las más celebradas composiciones de Tárrega.

El momento fue emocionante, el espectáculo conmovedor.

El cielo, cubierto de nubes; el ambiente frío; los árboles, despojados de su lozanía y atrayente verdor.

Las banderas, con lazadas de crespón; la muchedumbre, silenciosa, triste, impresionada.

El ritmo suave y la música melancólica, como arrancada de las cadenciosas armonías de un crepúsculo en los jardines islamitas, hiriendo las íntimas fibras del alma.

Un grupo interesante: los deudos, discípulos y amigos del maestro, reprimiendo los sollozos y ocultando las lágrimas, porque en aquel instante se condensaba todo un mundo de recuerdos y se medía la inmensidad de los afectos que supo engendrar Tárrega, grande como coloso del arte, y grande como amigo y como ciudadano.

Muchos rezaron, muchos lloraron y todos fueron presa de la sublime emoción, que producen los hechos más grandes y perdurables de los pueblos.

El señor Castelló rompió el imponente silencio con un ¡Viva Tárrega inmortal!, que fue contestado con un clamor lleno de emoción.

AL CAMPOSANTO

La comitiva siguió hacia los alrededores de la ciudad tras el féretro, recorriendo el largo trayecto que media desde la ciudad hasta la necrópolis.

El pueblo dió muestras de hallarse identificado con el acto, pues fueron muchos los centenares de personas, pertenecientes a las clases humildes, que llegaron hasta la última morada.

En la parte nueva del cementerio se destina un nicho para sepultura provisional, y desde allí verificar el traslado al panteón cuando éste se halle construido por suscripción popular.

Antes de darse sepultura al cadáver, se pronunciaron numerosas oraciones fúnebres y de carácter patriótico, en los que fueron puestas de relieve las excelsas cualidades del ilustre artista.

El escritor señor Carlos Sarthou, dedicó sentidas palabras a Tárrega en nombre de los hijos de Villarreal y leyó una inspirada poesía de su hermano don Vicente Sarthou.

El señor Pérez Lucia habló en nombre de Valencia y de Lo Rat-Penat, enalteciendo la memoria del finado y reclamando la necesidad de fomentar la vida regional, comenzando por honrar a los hijos laboriosos, e ilustres, y desenvolviendo en la constitución íntima de nuestros pueblos, las corrientes de fraternidad, de estimación propia y de sano, vigoroso y redentor regionalismo.

Añadió que sobre el cuerpo frío de Tárrega, renovaban: Villarreal, su patria natural y Castellón, su ciudad adoptiva, el calor de sus afectos, y sobre ese mismo cadáver yerto, surgían nuevas armonías entre las dos hermanas, Castellón y Valencia, tan agradables y halagadoras, como aquellas otras armonías que en vida ofrendó el mago de la cuerda a las generaciones que le escucharon, le admiraron y le supieron hacer justicia.

Terminó diciendo que se habían reunido allí la Naturaleza y el hombre, para honrar a Tárrega.

La cruz, símbolo de la redención y del sacrificio; el cielo entristecido, al que tantas veces habría subido su espiritualidad; la tierra, que se prepara a recibir sus despojos, y el corazón del pueblo, allí representado, que velaría ante el

sepulcro, testimoniando el amor de los suyos.

Don Enrique Ribes leyó un precioso trabajo evocando fechas, trabajos, méritos y episodios de Tárrega, y dando las gracias en nombre de Castellón a todos los que se habían adherido al grandioso acto de homenaje al ilustre artista.

Don Jaime Bellver, en nombre de la junta organizadora, pronunció inspiradas frases de salutación a los catalanes y a los valencianos y a cuantos han contribuido al homenaje del gran músico.

Dijo que, olvidando todo, había que pensar en el día de hoy, que significaba «todo por Tárrega».

“La Guitarra” n.º 1. Buenos Aires, julio de 1923. págs 17 a 21.

Nota: Tomado del diario Valenciano “La voz de Valencia” de 20-XII-1915

X. LA GUITARRA DE TARREGA

¿Hay algo más español que la guitarra? Pero resulta que ahora la guitarra se hace europea, y de su caja sonora van saliendo exclamaciones que rompen el silencio turbio con que se quería matarla.

Un día, es cierto, quisimos matar la guitarra, mas ahora se reivindica ese conato criminal con la idea de levantar un monumento a Tárrega, en Madrid, García Sanchiz y Andrés Segovia, desde Berlín, bajo el hechizo mágico de la luna y de la nieve, han escrito a Castell — crítico musical de “ABC” recordándole el entusiasmo que sienten por Tárrega y la necesidad de que el inmortal guitarrista tenga un monumento, como símbolo, signo y personalización del homenaje que debemos rendir siempre al instrumento nacional.

La guitarra de Tárrega es el gran guitarrón que puede poner un contrapunto suave a las estridencias pintorescas de nuestra política.

La guitarra de Tárrega lleva medio siglo llorando nuestras desdichas.

A la guitarra de Tárrega le saltaron las cuerdas de dolor cuando perdimos Cuba.

La guitarra de Tárrega es el Madrid de Fornos y Castelar; el Cádiz de Teófilo Gautier; la Semilla de las juergas en al Venta de Eritaña.

Por la guitarra de Tárrega pudo un día hablar Chueca, aquel compositor jacarandoso que no sabía una palabra de música y que ideaba sus melodías tocando el piano con dos dedos. No me negaréis que Chueca es también un formidable exponente nacional.

La guitarra de Tárrega subía de tono cuando quería dejarse oír en Francia.

Los lamentos y la monótona quejumbre de la música mora pasaron más de una vez por la guitarra de Tárrega.

La guitarra de Tárrega sabía todas esas recónditas armonías que no pueden tirarse al público, que no sirven para la escena y que sería una profanación

el sacarlas del fondo de la caja sonora, en donde duermen, como en un ataúd, su sueño de siglos.

La guitarra de Tárrega no quiso nunca colocarse frente al violín, al violoncello o al piano; era una guitarra orgullosa, con dignidad propia, con sentimiento de sus aficiones de su labor pacífica.

La lucha oriental, las estrellas de rabo, las cúpulas afiladas que se recortan en un azul esbelto, tenían un esmalte en la guitarra de Tárrega.

El colorido de la guitarra de Tárrega — sospechamos — no fue un pegadizo; es que tenía el mismo color y contraste que tiene el mapa de España.

Cuando la guitarra de Tárrega salió para el extranjero, no se dobló a ninguna conciencia ni se prestó a mixtificaciones para la galería.

La guitarra de Tárrega tenía seis cuerdas, y nunca quiso ninguna cuerda adicional; era la clásica guitarra española.

La guitarra de Tárrega tenía la particularidad de dar a la música un sentido aéreo, celestial; de “inmaterializar el sonido”, como dice un crítico.

La guitarra de Tárrega no lesionó los cantos y los bailes populares con agresiones caprichosas; tenía el respeto a la tradición.

La guitarra de Tárrega hizo célebre una especie de preludios que son de finura inimitable.

La guitarra de Tárrega se continúa en Llobet, Sainz de la Maza y Andrés Segovia (1).

¿No ha de merecer, pues, un monumento la guitarra de Tárrega?

El Noticiero Universal, 1932 enero, martes 26

(1) Alfredo Romea, añadimos nosotros.

Roberto Goberna EL ARTISTA EXCEPCIONAL

Tárrega fue el artista más excepcional de nuestra Patria en la época moderna; divinizó este instrumento que llamamos guitarra haciéndola eco maravilloso de las más excelsas melodías clásicas y protagonista insuperable de todos los géneros musicales, desde los más ingenuos a los más intrincados; fue innovador; prodigioso intérprete; gran compositor y como concertista en su especialidad, UNICO: por lo tanto fue un GENIO.

Heraldo de Castellón. 15-diciembre-1934

Emilio Juan Favieres EL BRUJO DE LA GUITARRA

Al cumplirse los veinticinco años de su fallecimiento.

EL DIVINO ARTE...

Si la santidad es virtud, virtud es arte, y arte la cultura excelsa que emociona al ser en el ejercicio de lo bueno y de lo bello. Por eso la antigua Grecia fue el emporio de la civilización en el período clásico de su brillante despertar redentorista. El arte es gracia, ritmo, regocijo, exquisitez, belleza. Es la expresión de la sensibilidad y el eco vibratorio que hace experimentar el verdadero goce del espíritu...

Transmisor del divino arte es la música. La música es la armonía del pentágrama, la sinfonía que deleita los sentidos; la expresión que con audiciones de notas misteriosas nos emergen en sueños inefables y nos transportan a un mundo desconocido. La música es como una religión en donde cada sonata es una plegaria y en cuyos altares se venera a sus precursores divinos como Beethoven, Rossini, Wágner, Mozart, Chopin, Meyerbeer, Verdi, Bretón, Ginier... La música es algo grande y sublime que deleita e inunda de sentimentalismo a todos los pueblos y en todos los tiempos. Pentágrama que encerrando las supremas cadencias del sonido en obras magistrales, hijas de la inspiración forman en nuestra mente la halagadora visión de un paraíso celestial.

La música llena el espacio de armonías y nos sume en místicos arrobos y en exquisitas emociones.

Es algo sublime e inmenso que nos eleva a lo bello, porque las maravillas del sonido son una conjunción principesca que sólo las pueden engendrar aquellos que, como Paco Tárrega, fueron magos y virtuosos de este arte divino en concepciones.

EL BRUJO DE LA GUITARRA

La guitarra es un instrumento español. Es un instrumento musical que supera al arpa, a la guzla y al colachón ceciliano. Es un instrumento "cañí", entre cuyas cuerdas vibra el alma del pueblo y brota de ellas la expresión de sus sentimientos. Tárrega fue el mago, el orfebre que hacía hablar a su guitarra y en cada recital, al respuntar las cuerdas con sus dedos de brujo, subyugaba a los públicos extasiándolos con la magia inimitable de un arte personalísimo, por ser exclusivamente suyo.

Tárrega fue un recitador formidable de ese instrumento y un artista de los que pasan a la inmortalidad dejando una estela imborrable y gloriosa. Castellón y Villarreal pueden sentir el orgullo de ser patria del que, con una guitarra debajo del brazo, paseó en triunfo sus nombres venerados pues Tárrega, a pesar de su humildad, se envanecía cuando entre aclamaciones y vítores se unía a su nombre el de la *terreta* que le vio nacer y fue su cuna.

Francisco Tárrega, nació en Villarreal el 20 de Noviembre de 1853. Sus aficiones a la música le llevaron muy joven hacia el estudio de tan bello arte, siendo su primer maestro el ciego Manuel González. Luego fue el profesor Julián Arcas, el que se encargó, no sólo de enseñarle, sino también de protegerle al reconocer los méritos del futuro músico, llevándoselo a Barcelona, donde indicó al muchacho el camino que debía seguir para triunfar en su difícil carrera.

En el Conservatorio de Madrid hizo Tárrega sus estudios de armonía y composición, y aunque en su estancia en la entonces Corte se dedicó a ejercer el profesorado de piano, la guitarra era su obsesión y su compañera inseparable... Ya en el año 1876 se decidió a presentarse ante los públicos como guitarrista e hizo su primera "tourné", que fue un éxito pues en su debut los espectadores lo aclamaron con entusiasmo y el maestro Arcas abrazó conmovido a su antiguo discípulo. En 1873, en una audición dada por Tárrega en Barcelona, se le consagró como el más formidable tocador de la guitarra y desde esa fecha los triunfos se sucedieron unos tras otros y como ídolo de las muchedumbres recorrió España, cruzó las fronteras, y en París, Londres, Roma, Lisboa, Berlín y por cuantas capitales europeas actuó con su instrumento "cañí", consiguió los más calurosos aplausos y las más aduladoras admiraciones...

Tárrega llegó a ser el coloso artista de la guitarra. El, y nadie más que él, supo hacerla unas veces llorar y otras reír y siempre hablar, porque la guitarra en sus manos, más que un instrumento, era su propio genio creador y excelso; era su propio corazón, embrujado por artes misteriosas, que él mismo ignoraba.

Pero no fue sólo un guitarrista. Fue también un gran compositor que, entre otras muchas obras, nos legó "Danza mora" y el "Capricho árabe", de técnicas insuperables. La última obra de su vida la escribió en Picaña (Valencia) a requerimientos del entonces cura párroco de aquella villa, don Manuel Gil, y es un hermoso preludio de carácter religioso. Como rapsodia del instrumento castizo y español ganó, además de los más relevantes laureles, una fortuna, pero ésta fue una cosa pasajera para el maestro, que antes que nada prefirió su goce espiritual, y pobre y humilde vivió, sin que la gloria ni el dinero lo envanecieran ni le hicieran cambiar en sus costumbres y en su severidad de hombre bohemio, como cuadrá a todo gran artista

ANIVERSARIO

Paco Tárrega murió el 15 de Diciembre de 1909. Hoy hace 25 años y sin embargo, parece que fue ayer cuando se recibió la fatal noticia en Castellón, su adoptiva tierra amada. Y es que su recuerdo nos llena el corazón de optimismos y esperanzas. Esas esperanzas y esos optimismos que alientan a los pueblos y los conducen por el camino de lo espiritual, porque la vida no es sólo materia, carne que se devora, sino también espíritu, que selecciona y embellece. Y Tárrega representa para nuestro pueblo, esa sana orientación del estudio y del trabajo que tanto honra a la humanidad y que fueron los galardos-

nes que le acompañaron siempre en sus conquistas por la gloria que le ha inmortalizado.

Tárrega despreció la materia porque la materia es obra de todos. El espíritu, no. El espíritu vuela para posarse solo en el que, como él, inmenso artista, era un elegido.

Heraldo de Castellón. sábado, 15 de diciembre de 1934

José Santacreu

UNA TRISTE EFEMERIDES

EXALTACION DE LA GUITARRA.

La guitarra. Yo me imagino la guitarra traspasando la entraña de los pueblos españoles. Traspasandola en febriles estremecimientos de gozo y de dolor por la espada emocional de su austera sonoridad única.

La guitarra se enrosca a la vida de los pueblos como algo consustancial con ellos y les acompaña en la parábola que traza la flecha de su destino. La guitarra les sirve para expresar sus sentimientos, para cantar sus penas y sus alegrías.

De ahí que pueda colocarse en íntima vinculación con el alma española. Pero distingamos: no de esa falsa alma española que constituye, en tablados exóticos, un estupendo artículo de importación para tonadilleras baratas, sino de la otra, de la auténtica alma española. De la que levanta arrebatados clamores de pasiones civiles. De la que gime por dolientes infortunios seculares. De la que estalla de júbilo en jornadas de fiesta o de amor...

Yo me imagino la guitarra en brazos del minero y del campesino, del pastor y del marinero. Son éstos los creadores —en minutos de desbordamiento sentimental— de ese maravilloso tesoro de coplas que posee el folklore español. Coplas nacidas espontáneamente al irresistible conjuro de

«la prima que canta

y el bordón que llora»,

como sugirió graciosamente la certera inspiración de Antonio Machado.

Y es en esta ancha y soleada perspectiva donde yo sitúo la rica personalidad de Francisco Tárrega. Porque él vino a señalar inéditos horizontes de belleza a un instrumento popular cuyos recursos expresivos —justo es reconocerlo— no eran muy dilatados.

De loco motejaron a Tárrega quienes sabían de sus afanes. Pero él, desdeñando las burlas, iluminado acaso por remotos presentimientos, se consagró en absoluto a la guitarra con la pasmosa firmeza de los hombres geniales.

Y le dio nuevas posibilidades organográficas. Y una gracia nueva. Y una expresión asombrosa. Y la superó enfermo de angustias lejanas. Y la tonificó redonda de soles universales.

Así como Falla y García Lorca han logrado —hoy— un rango universal para

la gitanería y el arte andaluz, de idéntica manera —ayer— el coloso levantino conseguía los más altos laureles sin fronteras para su entrañable guitarra.

Y adaptó a ella obras clásicas para darles un contenido popular. Porque en las cosas y en los temas populares, Tárrega se emborrachaba de emoción y se transfiguraba en sorprendente agigantamiento. «Sobre todo en las variaciones de la jota —son palabras de D. Vicente Tárrega—, mi hermano demostraba sus inmensas facultades de genio. ¡Aquello era arrebatador!»

Por ello, pues nos imaginamos nosotros la guitarra traspasando la entraña de los pueblos españoles. Porque ella, ha cantado con su voz estremecida, todos los infortunios y todas las glorias de la gente popular...

PLANO INTIMO

Aquí, en Castellón de la Plana, viven juntos la hija y el hermano del maestro: doña María y D. Vicente.

Con motivo del próximo aniversario de la muerte del genial guitarrista hemos visitado a estos buenos amigos en el modesto piso que ocupan en la calle de Lerroux. Al entrar en él nos sobrecoge una honda emoción. En todas las paredes vemos la interesante figura de Tárrega, evocadora de triunfos apoteósicos de un ayer reciente. Desparramados en simpático desorden se ven objetos de música. Y libros. Y estatuillas. Todo respira aquí al maestro. Todo huele al maestro.

Sobre la caja del piano de cola descansa transida de recuerdos, la guitarra de Tárrega. Sepultada en una funda de tela, allí espera, en sueños imposibles, que la despierten las manos brujas del genio...

Debe de ser triste vivir aquí. Porque esto es vivir de recuerdos. ¡Y los recuerdos —a pesar del soplo inmortal que alienta la figura de Tárrega— son glorias que no volverán a florecer!

Doña María Tárrega heredó de su padre la dulcedumbre y la ingenuidad que transpiran sus ojos amables. Sencilla y humilde, recatada hasta querer pasar inadvertida, cuando habla de él pierde aquella su humildad peculiar y se yergue en altivo estiramiento, orgullosa del autor de sus días.

—Yo no quiero —nos dice— juzgar a mi padre como artista, pues que ya lo ha sido por ágiles críticos y por personas autorizadas. Pero sí quiero afirmar que, en cuanto a hombre, en cuanto a sus prendas morales, nadie le aventajó a modestia y a bondad.

Y después de un suspiro profundo y significativo, añade:

—¡Tal vez fuera un mal el exceso de aquellas virtudes!

Don Vicente Tárrega se enciende en llamaradas de fe cuando recuerda a su hermano. Este viejecito temblón sobre cuya faz se afila la nostalgia romántica de su perilla novecentista, se remoja de ímpetus juveniles al contarnos detalles del insigne guitarrista.

—Mi hermano —empieza relatándonos— fue un artista maravilloso y genial. Su gesta no tiene precedentes. Con ese instrumento tan sencillo que es la guitarra, que hasta entonces la ahogaban la limitación de horizontes y de

recursos, pudo mi hermano, gracias a un estudio persistente y heroico, liberarlo de cercados para darle la gracia nueva e insospechada de universalidad, descubriendo, a la vez, posibilidades técnicas y sonoras.

REFERENCIA HISTORICA

—¿Su hermano nació...?

—En Villarreal, en el inmediato pueblo de Villarreal, el 29 de noviembre de 1854. Falleció en Barcelona el 15 de diciembre de 1909.

—¿Cómo se despertó en él la afición a la guitarra?

—Al trasladar nuestros padres su residencia a Castellón, cuando nosotros éramos todavía de escasa edad, mi hermano escuchó algunas veces al «Ciego de la Marina», que a la sazón gozaba de un alto prestigio de guitarrista. Le sugestionó la belleza sonora de este instrumento. Y se hizo amigo de aquel tocador. Mi hermano quería que le enseñase. Y así fue, en efecto. Ante su talento precoz, mis padres le enviaron más tarde a Valencia para ampliar sus estudios. De allí saltó a Madrid, matriculándose en aquel Conservatorio. Tras grandes esfuerzos por romper el bloque del anonimato, logró abrirse camino con la lírica piqueta de la guitarra.

Uno de los éxitos más grandes obtenidos por mi hermano —prosigue nuestro interlocutor— fue en un festival celebrado en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Tomaban parte las máximas notabilidades de la época: Albéniz, Chueca, Chapí... Mi hermano también fue incluido en el programa. La gente se mostraba indignada por esto. Poco más o menos venían a decir: «En un acto de esta envergadura ¿cómo es posible que nos haya colocado a la trágala a un infeliz guitarrista, desconocido además?» pero apenas escucharon a mi hermano cambiaron de opinión. Estaban asombrados del arte maravilloso que salía de aquella guitarra. Y las ovaciones fueron frenéticas y delirantes. Entonces ya no pedían otra cosa sino que continuara Tárrega. A partir de aquel día se le abrieron todas las salas y todos los públicos se le rindieron, y los críticos establecieron un pugilato de alabanzas en su honor.

Don Vicente descansa un momento. La emoción que pone en su relato le fatiga ligeramente. Luego continúa:

—En 1881 marchó a París, donde residió una larga temporada. Allí se dio a conocer al público francés y obtuvo igualmente unos triunfos apoteósicos. Tan es así, que un escritor galo dijo que: «Tárrega, con su guitarra, hace olvidar a Sarasate, borra de la imaginación el recuerdo de Rubinstein y disipa las armonías del arpa de Esmeralda Cervantes». Luego dió numerosos conciertos en Londres y Bruselas, en Berna y Roma...

EL ARTE DE TARREGA

—¿Qué características ofrecía el arte de su hermano, don Vicente?

—Verá. Gracias a su pericia y a su técnica extraordinaria, Tárrega arrancaba de la guitarra una serie de notas sorprendentes y maravillosas, que nos asombraban a todos. Tan es así, que no comprendíamos cómo de ella podía hacer

un cuarteto magnífico, de diáfana sonoridad y vigorosa fuerza expresiva. Su maestría culminaba en la ejecución de las variaciones de la jota. Entonces demostraba sus inmensas facultades de genio. ¡Aquello era arrebatador!

—¿En qué consistían esas variaciones?

—Haciendo unas escalas con la mano izquierda y acompañando por la derecha con armónicos reales.

—De las composiciones de su hermano, ¿cuáles le parecen las más interesantes?

—«La lágrima» y «Capricho árabe», sin duda. Pero lo mejor suyo son los «Preludios». Tienen tal envergadura, que pueden parangonarse con lo mejor de los grandes compositores.

EL HOMENAJE

Con motivo del XXV aniversario de su muerte, se le van a dedicar varios homenajes en distintos puntos de España, ¿no es cierto?

—Así es, efectivamente. Estos actos tendrán lugar en Villarreal, Castellón, Valencia y Madrid. Desde luego las impresiones que tenemos es de que constituirán verdaderos acontecimientos artísticos.

LAS GUITARRAS DE TARREGA

—¿Tenía otras guitarras el maestro? —preguntamos nosotros mientras miramos la que descansa sobre el piano—.

—Dos más. Dos más que las vendí ante la insistente reiteración de dos alumnos de mi hermano. Una la adquirió la excelente guitarrista cubana Rita Brondi... Advertimos cierta vacilación en don Vicente. Inquirimos:

—¿Y la otra?

—La otra se la vendí a un miserable que traicionó la memoria de su maestro, pues él la vendió a su vez a un banquero argentino por ¡30.000 pesetas!

—¿Vendería ésta que le queda? —preguntamos en tono de broma.

Y rápido, con gesto enérgico responde:

—¡Jamás! Aunque nos murieramos de hambre. Antes iría yo a pedir limosna, a sufrir todas las humillaciones y todos los vejámenes. Nadie nos separará de esta guitarra. ¡Por que ella es vida de nuestra vida y es la luz de nuestra alma!

Heraldo de Madrid. Castellón, 15-diciembre-1934

Enric Soler Godes UN ANIVERSARI

Villarreal, Castelló, València i Madrid han celebrat, d'una manera més o menys estantissa, el vinticinquè aniversari del traspàs del que fou eminent guitarrista

valencià Francesc Tàrraga.

Aquest home, que no visqué altre món que el del seu art i portà sempre encesa en el seu cor la flama viva del seu ideal que era la seva guitarra, que donava una expressió meravellosa en els seus recitals per aquella seva sensibilitat poètica i per la tècnica única que posseïa; del qual Pedrell, l'excels músic català, deia.

«Aquella mitja dotzena de simplíssimes lleus cordes ressonaven en la caixa harmoniosa de l'instrument, que esclatava idealment amollant sonoritats màgiques, com sonaven posades pels dits de Tàrraga!, de vegades suaus, altres vegades rotundes i incisives, o bé plenes o com banyades per no s'endevina quins untuosos màgics tocs de fada i aquella mitja dotzena de lleus cordes resonant com una orquestra idela, molt més ideal que les acostumades que ha suggerit aquesta, a l'orquestra de tots els instruments reunits, sonoritats, timbres i combinacions sonores que no podran avantatjar mai, ni superar les de l'ambient propi i misteriós d'aquest instrument moderníssim i fins vulgar quan està posat en mans del poble i dels mals tocadors; i és que aquest instrument per a *fer* el so es troba en contacte amb l'ànima del que el *fa*, el crea i li dona vida expressiva, subjectiva com el sentiment que el dicta. Per això l'expressivisme de la guitarra, com el del violí, i per un regular com gairebé tots els instruments de corda i arc, és superior, més ideal i humà, que el de tots els restants privats de fermar la sonoritat al contacte de l'ànima del que el toca.»

Per això, per sobre tots els instruments sobresurt la guitarra, i el seu triomf actual obeeix sempre a una mateixa necessitat d'utilitzar les múltiples qualitats inèdites de color, timbre i polifonia, no sols com a instrument solista, sino també capaç d'incorporar-se a les més variades combinacions orquestrals.

La guitarra fou per a Tàrraga el seu instrument confident, ella fou somni, lluita, seny, daler, foc, revelació constant de noves bel·leses i continu afany de depuració i superació.

Francesc Tàrraga nasqué a Villarreal (Castelló) el 23 de novembre del 1863 i de molt petit demostrà grans aficions envers la música, tant és així que als onze anys ja tocava la guitarra sota la direcció d'un pobre cec anomenat Manuel Gonzales o *Cego de la Marina*; després s'encarregà d'ell el mestre Julià Arcas, que se l'emportà a Barcelona, però com que els seus pares eren pobres i no podien fer despeses, el comte de Parcent el protegí i l'envià a València; la dissort l'acompanyà, ja que llavors va morir el seu protector quan més falta li feia. Antoni Conesa li facilità el viatge a Madrid i sota l'encertada direcció dels mestres Galiana i Herrando estudià la teoria de la música, i en aquell Conservatori a força d'estudi aconseguí rompre les files dels principiants i col·locar-se.

Un dels majors èxits fou en un festival celebrat en el Círcol de Belles Arts de Madrid; hi prenién part els més famosos músics de llavors: Albéniz, Chueca, Chapí... i Tàrraga. La gent estava aclaparada, no arribava a comprendre com al costat dels grans compositors havien posat un guitarrista, i per afegir-hi completament desconegut.

Però una vegada l'oïren tocar, el públic desbordà de joia, les ovacions esclataren frènètiques i des d'aquella data el nom del nou guitarrista corrugué de boca en boca i començaren les seves glòries *tournees*.

En 1881 anà a París, allí es donà a conèixer durant una llarga temporada, i després anà a Londres, Brusselles, Berna, Roma...

Apelles Mestres, que l'oí a Barcelona, l'evocava amb aquestes paraules. «He oït els més grans concertistes —Rubinstein, Sarasate, per no citar-ne d'altres— i dec confessar que malgrat el goig amb què els escoltava i l'admiració que m'inspiraven, de prolongar-se el concert hagués sentit fatiga.

»En canvi, oïnt Tàrraga, tinc per segur que era impossible arribar a aquest extrem, recordar que era tard o que es feia sentir la fam o la son i no creguen metafòrica aquesta asserció; molt al contrari, parlo per experiència.

»Quantes vegades, oïnt Tàrraga en íntim cenacle, havia passat la vetlla, la nit sencera; havia clarejat ja el nou dia... i cap de nosaltres no s'havia adonat del pas de les hores; ni Tàrraga havia deixat de tocar, ni nosaltres d'escoltar-lo, cada vegada més admirat, més prodigiós ell i més entusiasmats nosaltres!

»Quina música, quina harmonia sobrenatural, celestial, la que sortia dels dits de Tàrraga en acaronar les cordes del seu instrument que semblava formar part d'ell mateix!...

»Jo no sé si es podrà tocar millor la guitarra arrancar-li nous secrets, fer-li donar quelcom més encara no sospitat, però fer sentir i fruir més que Tàrraga —no dubto a declarar-ho— ho jutjo impossible»

Tàrraga fou, a més d'un bon concertista, un gran compositor; anem: *Danza mora*, *La lágrima*, *els seus Preludios* tenen tanta bel·lesa que podrien signar-los els millors compositors; però el més popular és *Capricho árabe*, poema descriptiu on l'ànima escapbussa en l'ambient encisador amarat de misteri d'aquella raça que tan profund solc ha deixat del seu pas per la nostra terra i que algú vol intentar fer d'aquest bell poema *la Marcha de la Ciudad de Castellón*, posant-li lletra com si fos un himne d'aquests de guardarroba per a ús de festes i desfilades de xiquets d'escola amb banderetes. Protestem del salvatge atemptat, encara que dels radicals que ens governen pot esperar-se això i molt més.

Als cinquanta-sis anys, el 15 de desembre del 1909, morí a Barcelona el gran músic valencià i universal alhora.

Quan a Castelló se li feia l'homenatge, al Teatre Principal actuava Sanz amb els seus ninots de sempre. Una tarda anàrem a xerrar una mica a la penya del cafè del teatre; la conversa fou a base del músic traspasat; Sanz, que arribà a ésser-ne deixeble, amb la seva gràcia espontània acostumada, ens contà aquesta facècia:

Abans d'ésser deixeble, Sanz ja anava donant concerts pels pobles valencians, feia veritables filigranes, arpegis, tocava jotes i flamenc, feia giravoltar la guitarra o bé tocava amb ella posada a l'espatlla.

Doncs bé, una vegada, Tàrraga anà a València a donar-hi un concert i allí féu cap el ventríloc i se li presentà com a concertista.

—Gran plaer tinc de conèixer-lo —digué Tàrraga—. Dieu que veniu d'una

tournée, on heu tocat?

— Pels pobles de la ribera.

— A la ribera dieu que heu estat? — exclamà tot seguit amb un somriure irònic—. Ara comprenc per què anit passada, durant el concert, un del galliner em cridà protestant: «Que toqui per darrera!»

José Fola Igúrbide

D. TÀRREGA DE LA GUITARRA

En una ciutat levantina, de cuyo nombre me acuerdo continuamente, como que allí descansan las cenizas de mis padres, en Castellón de la Plana, vivía hace más de treinta años un mozo que había ya cumplido los veinte, seco como una mojava pero de frente luminosa como un astro.

El tal mozo, dió en la locura más grande que puede haber en seres humanos, por espontánea virtud de su cerebro y sin libros de caballería. Brotó la idea en su espíritu, como un chorro de agua nativa que inesperadamente se abriese paso entre las rocas y se deslizase luego en hilos de plata, derramando perlas y fecundando flores. Concibió el proyecto de irse por el mundo, sin adarga y sin lanza, a desfacer los murallones que encierran a las almas, para tocarlas en lo vivo con la suya, desposeída por completo de la materia, y transportarlas al cielo, en éxtasis sublime, en el coche de oro y marfil que sirve de vehículo a las almas soñadoras de los artistas.

Era de pura necesidad que su espíritu tomase forma ausente del cerebro, pero ¿cómo sacarle de su egregio alcázar, cautivo como se halla en un tejido de tan finísimas mallas que no le dejan resquicio alguno con esperanza de libertad?. No hubo más remedio que soñar... soñar mucho, pasando las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, hasta que la fuerza del ensueño le dió la solución apetecida.

No podía por el mundo ir solo. El alma, fibra del cerebro, no se ve, no se palpa; necesita un organismo, una forma, un cuerpo. Entonces pensó en su Dulcinea. Mas ¿dónde se hallaba la compañera de sus peregrinas ansias y románticos amores? En la taberna, al lado de la navaja, el vaso de vino y la copa de aguardiente, sirviendo de placer a los borrachos, manoseada por todos y con manchas de sangre de uva, que a veces se convertían en manchones de sangre humana.

Allí estaba su hermosa Dulcinea, la pobre guitarra española, que a él le pareció gallarda como rosa de Alejandría, más bella que la lira de los poetas, más delicada que pluma de cisne y con más hebras de oro en sus cuerdas que tiene Febo en su cabellera refulgente.

La tomó en sus brazos, jurándole amor eterno, porque vió en aquella humildad y en aquella vulgarísima existencia, oculto un tesoro incalculable de riquezas artísticas, de notas purísimas, y en aquél mástil, modulado en forma de trastes, toda la geometría rítmica de la fuerza universal, alma madre de todas las almas y fuente inagotable de todas las inspiraciones. Y el milagro se hizo;

y el espíritu de aquel mozo sonámbulo, encontró su forma de expresión, revolando como invisible mariposa entre los dedos y las cuerdas, y haciendo llorar a la guitarra, como si fuese una persona, con el divino sollozo de la música.

Este era D. Francisco Tárrega, a quien por su locura insigne, su genial quijotismo y su sacrificio heroico, podemos calificar de Don Tárrega de la Guitarra.

Allá se fue Don Tárrega por el mundo, con los bolsillos rotos y las botas descosidas, no a ganar dinero, porque eso nunca se ha metido por sus cálculos, sino a tocar la guitarra, lo cual es muy diferente. A tocar la guitarra, esto es, a derramar la miel cálida y sabrosa de la música por todos los oídos; a resucitar a Mozart y a Chopin y a otros muchos maestros, sacándolos de la tumba para que revivan un momento en sus obras geniales, maravillosamente interpretadas por aquél extraordinario quijote.

Concibese que un hidalgo, pasado de loco, se lance en busca de aventuras caballerescas con el ansia de enderezar entuertos y desfacer agravios, gallardeándose a lomos de un mal rocín, como si montase el caballo famoso del propio Alejandro, y que la empresa a lanzadas y mandobles contra batanes y molinos de viento; pero lo que no se concibe de ningún modo, es que haya fantasía capaz de inspirar a nadie la idea de lanzarse por esos mundos a la conquista de todos los corazones, sin más recursos ni agallas que una pobre guitarra.

Pues esto hizo aquel mozo, acompañado de su Dulcinea, y sin escudero alguno, a la cual sacó de la taberna, elevándola, desde su origen plebeyo, al trono donde brillan por su mérito y hermosura las más excelsas emperatrices, siendo éste uno de los mayores encantamientos que han dado fama a su vida llena de románticas aventuras.

¡Válgame Dios, y cuántos gigantes tuvo que derribar para abrirse camino, nuestro egregio Don Tárrega! ¡Cuántos duendes tuvo que ahuyentar y necedades que sufrir, hasta arrancar, hoja por hoja, todas las de laurel que ostenta en sus sienes la gloria esquivada.

Pero ello es que venció en la lucha, y que toda España cayó al fin en la cuenta de quien era aquel caballero con cara de oro y melenas de león, que se entraba por ciudades y pueblos, temporalmente, sin otra finalidad ni objeto que dar conciertos de alta música en la guitarra.

Hay que ser así para llegar al colmo del arte verdadero. Se dice de los grandes artistas, que hacen lo que quieren de su instrumento favorito, sobre todo cuando éste les proporciona alguna quinta de recreo; pero esto de enriquecerse haciendo música, no lo ha leído Tárrega en ninguno de los libros de caballería de su devoción particular; y hay que ver el disgusto que se retrata en su semblante cuando se le habla de estas cosas.

No, no le habéis de dinero a D. Tárrega. El hace su oficio, como D. Quijote hacía el suyo, sin amor ninguno a la recompensa. Se parece en esto, a la fuente de agua pura y cristalina que ofrece su manantial al sediento sólo por apagarle la sed.

La música, por la música; este es su lema. Dócil como un niño, se deja guiar

por cualquiera, con la más asombrosa facilidad, a condición de que le oiga tocar la guitarra y se lleve bien encauzado en el corazón el transparente río de dulcísimas perlas que brota de aquella fuente rica y sonora.

¡A callar los más afinados ruiseñores que encantan la selva con el prodigioso gorgéo de sus arpadas lenguas! ¡A callar cuantos tenorcillos alados hacen coro en la frondosidad de los bosques, llenándolos de notas melodiosas! ¡A callar los más renombrados intérpretes del arte musical! La Dulcinea de Tárrega pide silencio. El gran maestro empieza a mover los dedos sobre el mástil. Ha llegado la hora del recogimiento; la hora del éxtasis sagrado; el momento sublime.

Hay que quitarle luz al cuadro y dejarle con la vaguedad del tono crepuscular que acompaña al día moribundo. Tiene que desaparecer el ruido de la calle; debe notar el que oye, como la tierra se escapa de sus pies y le deja flotando en la atmósfera misteriosa donde acaba todo vestigio material, hasta percibir el delicado perfume que, envuelto en ondas sonoras, se exhala de aquella humilde violeta de los hispanos jardines. Así hay que oír a Tárrega, para que se produzca el *encantamiento* con el enjambre espiritual de los genios y geniecillos que salen por el agujero de la guitarra, dando suspiros en el aire y acariciando las almas con el roce de sus alas, más tenues que los sonidos musicales.

Tárrega, se espiritualiza. Debajo de aquella cara de oso, se notan las transfiguraciones del ángel, como si la cara de la belleza invertida hubiese de ser eternamente la de Cuasimodo o la de Cirano de Bercerach. Los relámpagos de la inspiración empiezan a derramar sus fulgores en aquel medio silencioso donde la luz natural se sustituye por la otra luz de orden más superior que despiden las almas.

Los dedos del prodigioso artista, apenas hieren las cuerdas. Ya no toca con las uñas, sino con las yemas, para que el sonido se produzca más suavemente, desmaterializándose casi por completo. Las moléculas de las cuerdas, como las de la carne, no se hieren, que se besan al ponerse en contacto; como que ya conocen el estilo del maestro y se han sometido al poder de su voluntad.

La cuestión estriba en no hacer ruido alguno y sí sólo música. El caso es llegar al vértice del ángulo donde se halla el punto intangible, alguno de los espíritus que allí converge de Grieg, Beethoven, Haydn, o Mendelshon... y para esto hay que desencarnarse totalmente, y hacerse espíritu en vida mortal...

¿No parece esto un sueño? ¿Una fantástica quimera? Pue eso realiza el más soñador de los soñadores, *D. Tárrega de la Guitarra*.

Biblioteca Fortea, Madrid 1935. (Publicado ya en Arte y Letras, 1915).

Luis Gongora HONRANDO LA MEMORIA...

Hoy se cumplen 25 años del fallecimiento de Francisco Tárrega y al conmemorarse este aniversario con un concierto patrocinado por la Generalidad de Cataluña, en el que, después de una conferencia dedicada al gran romántico de la guitarra, a cargo del ilustre musicólogo Vicente Marí Gisbert, el guitarrista Francisco Alonso interpretará un programa, que iniciado por obras de Sor y Bach continuará con armonizaciones de melodías populares realizadas por Miguel Llobet y con las transcripciones de dos obras de Albéniz hechas por Tárrega para finalizar con una admirable selección de obras del gran compositor y guitarrista castellanense.

Al evocar ahora la figura de Francisco Tárrega, yo que no lo he conocido, ni tuve la suerte de oírle, he buscado en el ambiente en que él vivió para su arte, con un fervor maravilloso, ecos y estelas de su vida, reflejos de su excepcional sensibilidad, recuerdos de los que tuvieron la suerte de ser sus amigos, que no podré transcribir íntegramente por las limitaciones de espacio a que nos someta la realidad periodística.

Tárrega fue, ante todo, un hombre esencialmente bueno, de una bondad que le hacía parecer a veces casi ingenuo. Su arte, la música, y su instrumento, la guitarra, fueron las razones primordiales de su vida. Al culto de ambos, practicado de una manera desinteresada, que rayaba a veces en lo absurdo, dedicó lo mejor de su ser y de su existencia.

El público (aplausos y dinero) era para él solamente una preocupación, que vencía sólo si lograba olvidarse de ella, al final de sus conciertos, que se iniciaban siempre tocando Tárrega de un modo que llegaba algunas veces a ser un desastre, conseguía perder de vista el ambiente que le rodeaba y olvidado de todos tocaba para su íntimo sentir musical, gozando espiritualmente y haciendo gozar, según confiesa el insigne Apeles Mestres, como no es posible más.

Según nos cuenta Alfonso, que por ser hijo de un discípulo de Tárrega, que fue quien le inició en la interpretación guitarrística, y por haber sido vecino del gran músico artista, conoce detalles y anécdotas de la vida de éste: una noche, Tárrega, rodeado de unos cuantos amigos, cogió su guitarra y sin tocar ni una sola obra conocida, solamente improvisando, mantuvo la atención admirativa de su reducido auditorio en una tensión tal de interés, que sólo se dieron cuenta de que ya era de día cuando sintieron sobre sus espaldas el picor cálido producido por los rayos del sol.

La sensibilidad de Tárrega ante la música llegaba a ser algo enfermizo de tan agudo.

Don Mario Palmés, notable aficionado, propietario de una de las más maravillosas guitarras que construyó el célebre Antonio de Torres y que hoy será tocada por Francisco Alfonso en el recital de homenaje a Tárrega, nos cuenta asimismo algunas cosas de este exceso de sensibilidad del gran guitarrista y

compositor de Villarreal, de quien fue amigo y admirador. Dice que hallándose Tárrega en el Liceo (su hermano tocaba el violín en la orquesta de este teatro) escuchando el ensayo de este teatro) escuchando el ensayo general de "Los Maestros Cantores", la música de Wagner le produjo una impresión tan intensa, que se desmayó y tuvieron que llevarlo a una farmacia para reanimarle. Otro día, también en el Liceo, durante una representación de ópera, Tárrega estaba con sus amigos en el quinto piso y como permaneciese de pie y sus compañeros le dijese que se sentara, él contestó que no podía hacerlo, pues temía volver a perder el mundo de vista, bajo el influjo de la música, y, en cambio, permaneciendo de pie, se daba más cuenta de la realidad material de su vida.

El tocar en público le producía tal pánico que, como he dicho antes, sus conciertos se iniciaban deplorablemente para terminar de una manera magnífica; pero él no siempre quedaba contento de sí mismo y algunas veces cuando el público se había marchado ya, se volvía a sentar con la guitarra entre los brazos y decía a sus amigos: "Ahora voy a tocar", y tocaba, según dicen los que tuvieron la dicha de escucharle, maravillosamente. Se sentía como envuelto por la música que iba naciendo de su alma, a través de su instrumento, y se transfiguraba.

Nos contaba el señor Palmés, que una vez, el maestro Goula, que había conquistado un gran prestigio en el extranjero, fue a Rusia y le dijo que iba a prepararle el ambiente y que estuviera dispuesto para ir allá, en cuanto él le avisara. Tárrega recibió, efectivamente, la carta de Goula, llamándole, y sintió tal miedo de ir a enfrentarse con un público preparado por su amigo en su favor, que no sólo no fue a Rusia, sino que se guardó la carta y no quiso ni contestarla.

En cambio, su mayor ilusión era tocar ante sus amigos. Era tan pródigo de su arte, que bastaba que cualquier conocido le invitara a su casa, para que él llevase su guitarra y le obsequiara con un concierto que duraba a veces horas y más horas, en las que Tárrega, olvidado del mundo, sólo vivía para la música. Luego, los que podían oírle cómodamente cuando quisieran, cuando daba un concierto público no iban y los verdaderos amigos del gran guitarrista, se vieron obligados a impedir su prodigalidad artística, llegando incluso a encerrarle y vigilarle para que no tocara ante la gente, en víspera de sus actuaciones de concertista.

Esta noche, el arte de Francisco Alfonso, continuador con Emilio Pujol, de quien es discípulo, de la técnica guitarrística (sin emplear las uñas), adoptada por Tárrega durante los diez últimos años de su vida, nos evocará musicalmente la personalidad del gran compositor, cuya vida será glosada por Vicente María de Gibert.

Alfonso se despidió, con este homenaje a Tárrega, del público de Barcelona, para emprender este verano una "tournée" por Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia, Finlandia, Noruega, Islandia e Inglaterra, que como este concierto de hoy, está patrocinada por la Generalidad.

Este joven guitarrista, que hoy honra la memoria del gran maestro Tárrega,

uede, en verdad, considerarse, por su técnica depuradísima y por su temperamento de músico y artista nato, como uno de los más admirables intérpretes de ese maravilloso microcosmos de sonoridades quintaesenciadas que es la guitarra.

La Noche. 15 de junio de 1935

Teodoro Llorente Falco EL GUITARRISTA TARREGA

Paco Sanz, el famoso ventrílocuo que poco menos que ha inmortalizado a una serie de muñecos representativos de algunos de nuestros tipos más populares, es un excelente concertista de guitarra. Allá en sus mocedades fue discípulo predilecto del maestro Francisco Tárrega, y de no haber torcido su vida por cauces más lucrativos, posible es que se le hubiera podido considerar como uno de los más legítimos herederos de su arte genial. Sanz no ha olvidado al maestro. La guitarra continúa constituyendo para él uno de sus más íntimos deleites, y el recuerdo de Tárrega no se aparta nunca de sus grandes devociones. Dentro de unos días, el 16 del corriente mes, se cumplen los veinticinco años del fallecimiento del glorioso concertista, y Sanz no quiere que pase inadvertida esa efeméride y está organizando un acto en el Conservatorio de Música, o en otro centro artístico que rememore su recuerdo.

Valencia no ha olvidado a Tárrega, y mucho menos Castellón, su ciudad natal, donde reposan sus cenizas, y en la que residen sus familiares. Murió el maestro en la plenitud de la gloria, cuando sólo tenía cincuenta y seis años. Con su guitarra había recorrido toda España y, atravesado la frontera, dió innumerables conciertos en Francia, Italia, Inglaterra y Portugal. Su dominio de dicho instrumento fue tan grande y su temperamento artístico tan intenso, que se le consideró como uno de los músicos más geniales de su tiempo. No fue sólo ejecutante, sino también compositor, y en los dos aspectos rayó siempre a incommensurable altura.

Felipe Pedrell, el eminente músico catalán, hablando de Tárrega decía: "Aquella media docena de simplicísimas leves cuerdas resonando en la caja armoniosa del instrumento, que estallaba idealmente despidiendo sonoridades mágicas, ¡cómo sonaban pulsadas por los dedos de Tárrega! ora suaves, ora rotundas e incisivas, ora plenas o como bañadas por no se adivina qué untuosos mágicos toques de hada, aquella media docena de fléviles leves cuerdas resonando como una orquesta ideal, mucho más ideal que las acostumbradas, que ha sugerido a ésta, a la orquesta de todos los instrumentos reunidos, sonoridades, timbres y combinaciones sonoras que no podrán aventajar jamás ni superar las del ambiente propio y misterioso de ese instrumento modestísimo y hasta vulgar cuando está puesto en manos del pueblo y de malos tañes

dores; y es que ese instrumento para *hacer* el sonido se halla en contacto con el alma del que lo hace, lo crea y le da vida expresiva, subjetiva como el sentimiento que lo dicta! Por esto el expresivismo de la guitarra, como el del violín, y por lo regular como el de casi todos los instrumentos de cuerda y arco, es superior, más ideal y humano, que el de todos los restantes privados de formar la sonoridad el contacto del alma del tañedor”.

Fue el iniciador de Tárrega en su arte, un pobre ciego, llamado Manuel González, más conocido por el remoquete del “Sego de la Marina”. Impresionaron tan dulcemente en su alma las notas de la guitarra del ciego, que le pidió le diera las primeras lecciones. Todavía era un niño, y ya llamó la atención del concertista Julián Arcas, que se lo llevó consigo a Barcelona, donde perfeccionó su educación musical, con sus lecciones y sus consejos, y completó luego en Madrid, estudiando en su Conservatorio a las clases de Composición y Armonía. A los diecisiete años hizo su primer *turné* artística y comenzaron también sus triunfos, que le acompañaron hasta los últimos años de su vida.

Y aquel artista genial, que llenaba los salones de música y hacía vibrar de entusiasmo a los públicos, que era compositor de más de un centenar de obras, murió pobre. Jamás le preocupó su posición económica. Sus necesidades eran tan limitadas, que relegaba a término muy secundario todo lo que se relacionaba con el dinero. Su guitarra y su inspiración estaban siempre prontas a intervenir desinteresadamente en cualquier acto. Y si éste era íntimo, sin más concurrentes que unas cuantas docenas de personas entusiastas del divino arte, su alma de gran concertista parecía agigantarse aún más.

El artista que supo espiritualizarse en la forma que lo hizo Tárrega, bien merece la gratitud de todo un pueblo.

ABC. Madrid, 1935

LA GUITARRA DE TARREGA

Resulta paradójico. Tal vez dolorosamente anacrónico. Pero, en pleno siglo veinte en pleno “siglo cambalache”, como dijera un poeta del tango, volvemos a presenciar los dramas del pasado. Cuando la fama y la fortuna no tenían por qué ser compañeras inseparables. Entonces se concebía, es más, se exigía pobreza para poder triunfar en el arte. Era un honor, para el que llevaba el artista dentro del corazón sufrir hambre.

EL DRAMA

Pero, en nuestro siglo, eso parece inconcebible. No puede admitirse que un genio artístico no tenga un regio ocho cilindros en la puerta de su palacete.

De ahí que resulte dolorosamente anacrónico el drama que vive María Luisa Anido, la eximia concertista de guitarra, que un día, hace ya 21 años, nos se-

dujera con la exquisitez de su arte, cuando sólo tenía once años de edad.

La precoz guitarrista, que obtuvo consagración inicial llevando sus dedos mágicos al no menos mágico encordado de esa caja de armonías que tenía en sus manos recorrió todos los caminos del triunfo y de la fama. Y su nombre cruzó fronteras, como el de la más grande concertista que ha dado nuestro país en el excelso arte de Andrés Segovia, hoy transitorio huésped de la Argentina.

Pero, pocos, tal vez nadie, sabía de su drama. Pocos, tal vez, podían imaginar que María Luisa Anido, que había procurado estremecimientos de emoción a todos los auditorios con sus ejecuciones precisas, retrotraía la actual época del pasado. Cuando ser artista significaba no tener dinero.

Y se supo hace pocos días. Cuando en las vitrinas de exhibición del Banco Municipal de Préstamos apareció su guitarra, pronta a ser subastada, cobrando materialismo lo que, en las manos de la gran concertista, era alma pura.

Hace años ya, su padre substituyó el pequeño instrumento con que se inició María Luisa Anido por uno de extraordinaria valía. Adquirió la famosa guitarra que había pertenecido al eximio maestro Tárrega construída en Sevilla en 1864 por don Antonio de Torres.

Y María Luisa Anido hizo honor a la guitarra que llegaba a sus manos. Esa guitarra que tanto supo de gloria era la que los últimos días se veía deshonrada, en una vitrina del Banco Municipal de Préstamos, por la presencia extraña de alhajas anónimas de dudoso “pedigrée” a su lado. Y ultrajada por la presencia insólita de “muebles lujosos”, pero sin alma. Porque no todas las cosas inanimadas tienen su alma...

AYER FUE SUBASTADA

Mucho público se apretujaba ayer en la sala de ventas del montepío oficial. Podía presumirse una exitosa subasta del precioso instrumento. Era lo que esperaba el cronista. Pero...

La concurrencia que sólo hablaba de la “famosa guitarra”, era sólo un conglomerado de curiosos. Circo romano en el siglo veinte...

Porque el martillero tuvo muchos minutos la guitarra en sus manos. Hizo la historia de la misma. Y dió a conocer la base: un mil ochocientos pesos.

Inútilmente pidió ofertas. Inútilmente explicó que dos guitarras similares, en el viejo mundo habían sido vendidas a más de treinta mil francos, en similares subastas.

Todo el mundo miró. Pero nadie ofreció.

Pasados más de quince minutos, el martillero dijo:

— Señores ¡hay una oferta por la base! Permitirán ustedes esta guitarra construída por don Antonio de Torres y utilizada por el gran maestro Tárrega sea vendida en mil ochocientos pesos?...

Silencio absoluto.

Y por la base se fue la preciosa guitarra.

Más tarde supimos que quien la llevaba quedaba oculto bajo su: ¡Señor

Domingo!...

"La Razón". Buenos Aires, 23 junio 1939

Emilio Pujol

PEDAGOGIA DE TÁRREGA

En 1896, el vicario de Picaña, don Francisco Corell, músico, pintor y orador sagrado de relevantes cualidades, que fue uno de los mejores amigos y discípulos de Tárrega, invitó a un almuerzo a éste, a doña Concha Martínez de Jacobí y a sus sobrinos Clarita y Ramón Planiol, a D. Antonio Tello y a otros amigos del ilustre maestro. Después del almuerzo, el buen sacerdote rezó en acción de gracias. Doña Concha no pudo reprimir un sollozo y unas lágrimas. "¿Por qué llora Conchita?", preguntó Tárrega, "Porque hacía muchos años que no había rezado." "Pues yo rezo muchas veces; porque el que trabaja, reza, y el que estudia, reza." ("Conceptos que luego he visto confirmados —nos decía el amable anfitrión— en escritos de San Pablo y San Clemente de Alejandría")

Tárrega había heredado ese espíritu de trabajo que caracteriza al llaurador valenciano. Cultiva su arte con el mismo ardor que el campesino de Levante remueve y tritura la tierra sanguínea y fértil de sus espléndidos naranjales. Otros artistas tuvieron sus horas de trabajo; él trabajaba siempre. Si gustaba de encontrar dificultades era para justificar el esfuerzo en dominarlas. El trabajo era para él como una invitación al estudio; estudiaba cuando escuchaba, cuando observaba, cuando meditaba. Raro fue el que llamase a la puerta de su casa sin que antes llegase a sus oídos el eco de su guitarra.

Fue el caso excepcional de un virtuoso de férrea voluntad que por tres veces forjara, sin desmayar, su técnica asombrosa. De niño, por vez primera, cuando empezó a poner sus manos en la guitarra. De hombre, cuando insatisfecho de su ejecución, a pesar de la celebridad adquirida, no vaciló en arros-trar privaciones e inquietudes para conseguir en un nuevo procedimiento de pulsación, la sonoridad y espiritualidad soñadas. Y luego, casi al fin de su vida, cuando la cruel embolia (embajadora de la muerte) le vino a paralizar el lado derecho de su cuerpo. La voluntad de Tárrega pidió cada día a su mano inservible e inmóvil el tacto y la agilidad que poco a poco habían de devolverle el dominio absoluto, por desgracia breve, de las reacias cuerdas.

Aunque la técnica de Sors y Aguado, a mediados del siglo XIX, marcaba una superioridad sobre la de sus predecesores y contemporáneos, la misión limitada que estaba encomendada a cada dedo distaba mucho de ofrecer la independencia necesaria capaz de dar a una interpretación los matices y la expresión debidos. Tárrega tuvo que desechar las viejas normas, orientándose con su criterio para dar solución a los nuevos problemas que una musicalidad

más expresiva y compleja le presentaban a cada paso. Desde el sonido, elemento básico, hasta los más sutiles detalles de interpretación, todo fue estudiado, resuelto y ordenado por el gran maestro, a costa a veces, de ímprobos sacrificios.

El sentido pedagógico de Tárrega, apoyado en su fe en el trabajo, consistía en resolver de antemano cuantos problemas pudiesen surgir de los elementos que contribuyen a la ejecución de una obra: instrumento, manos y espíritu. Teniendo en cuenta la naturaleza y disposición de las cuerdas, la naturaleza y disposición de los dedos al servicio de la inteligencia y de la sensibilidad, analizaba, resolvía y sintetizaba de manera progresiva todos los problemas que la música aplicada al instrumento pudiese presentar. Todas las combinaciones de escalas, arpeggios, ligados, saltos de mano y efectos instrumentales estaban previstos y tratados de manera que los dedos adquiriesen con el trabajo metódico, la mayor independencia, fuerza y seguridad posibles. Ninguna obra podía ofrecer a esta preparación técnica la sorpresa de un procedimiento que ya no estuviese fundamentalmente resuelto.

La parte interpretativa la enseñaba con el ejemplo, llevando al espíritu del alumno, a quien aconsejaba siempre oír lo bueno y desoír lo malo, la emoción que se esculpía en su alma para nunca más olvidarla.

Su vida intensa y laboriosa, nunca desalterada de la más férvida ansiedad de elevación, se extinguió, por desgracia, demasiado pronto. Aplazando siempre el deseo de ordenar en un método los principios razonados de su escuela para esa tregua de paz que el ocaso de la vida ofrece al virtuoso, le sorprendió la muerte. Sólo algunos ejercicios y estudios quedaron esparcidos desordenadamente entre amigos y discípulos, como páginas sueltas de un libro inestimable para siempre perdido.

Han pasado treinta y un años después de la muerte del glorioso maestro. La guitarra, a través de su larga y agitada historia, ha venido a conseguir triunfalmente, en nuestros días, el apogeo de su valoración artística. Sus triunfos, debidos en parte a la intensificación de la cultura general de nuestro público y al noble amor y talento de varios artistas de indiscutible mérito, estriban principalmente —no hay que olvidarlo— en el mejoramiento que con su hálito genial infundió Tárrega a su técnica y estética.

Regino Sainz de la Maza HOMENAJE

En este momento en que la guitarra revive sus antiguas glorias y alcanza cimas artísticas insospechadas, atrayendo hacia ella, hacia su raro y atractivo paisaje, a los mejores músicos, es oportuno y justo recordar y enaltecer la figura de aquel artista excepcional que fue Francisco Tárrega. Para comprender mejor lo que a él le debe la guitarra no hay sino considerar la decadencia en que se hallaba el instrumentno cuando él aparece. Cuando Tárrega llega a los

veinte años, hacía treinta y cinco que Sors había muerto. La guitarra, que gracias a él había conocido en toda Europa un esplendor inusitado, incorporada al espíritu del clasicismo, cae de nuevo en el olvido, como cayera un siglo antes con la venida a España de Domenico Scarlatti, cuyo clavicémbalo destruyó a la noble vihuela.

Después de Sors, ni Aguado ni Coste — el gran guitarrista francés — logran devolver a la guitarra su perdido prestigio. Aquel "arte de tañer fantasía" de nuestros vihuelistas del XVI parecía irremisiblemente perdido hasta que Tárrega llega. Su identificación con el instrumento es tan completa, que le lleva a descubrir su más recóndita expresión, haciendo de él un agente sonoro apto para transmitir las fórmulas e inflexiones de un lenguaje más rico.

Oportunamente señaló Felipe Pedrell este aspecto de su genio. "Dio — dice — a la música destinada a ese instrumento de cuerpo tan tenue, pero de alma sonora tan admirablemente expresiva, una amplitud de concepción que asombra." Y añade: "El arte estimulaba el espíritu del compositor, abriendo horizontes más vastos a su inspiración: éste es el motivo por el cual el desarrollo de lo clásico en las composiciones de carácter moderno adquiere en su obra las cualidades que la exaltan y destacan su valor".

"¿No veía Debussy en los toques de Tárrega — sigue el mismo Pedrell — efectos orquestales y consecuencias organográficas?"

Tárrega fue a la guitarra lo que Paganini al violín. El desarrollo y sentido de su técnica respondía — como en Paganini — a una necesidad de ampliar sus registros, para infiltrar el nuevo espíritu de la música romántica. Esto requería un cambio total de concepto, una distinta manera de enfrentarse, de ahondar en la guitarra y arrancarle los secretos en ella yacientes. Sus principios eran consecuencia de esta distinta actitud estética. Un nuevo verbo se revela gracias a su genio. Al principio fue necesario recurrir a las transcripciones. El afán de incorporar los clásicos y los románticos a la guitarra abrió el camino hacia más altas y conscientes realizaciones.

El ingenio de que Tárrega se valía para encerrar en las seis cuerdas el espíritu de esa música fue lo que reveló las posibilidades de este instrumento y decidió su porvenir. Ello exigía un mayor rendimiento a los dedos, una mayor complejidad, desconocida hasta él, que hacía preciso sentar este arte sobre bases más firmes y seguras, dotarle de una técnica sólida y establecer de manera definitiva sus fundamentos lógicos, desde la manera de colocar las manos y de producir el sonido, hasta el análisis de todos los elementos técnicos que él fue estudiando en un largo proceso de depuración, en el que puso lo mejor de su espíritu y al que se entregó con fervoroso amor.

Tárrega fue el Asís de la guitarra. Hay algo de mística unción en esa entrega desinteresada, en ese coloquio callado con el humilde instrumento, al que él infunde nueva y prodigiosa alma.

El echó la simiente y prodigó las enseñanzas. Gracias a las cuales — a la verdad que en ellas alienta y a su poder germinativo — su obra, dispersa y expandida con generosidad, se ve hoy coronada por este renacimiento de la guita-

rra, del que él ha sido el forjador genial.

1940

Angel Suz UN SANTO DEL PENTAGRAMA

Muchas veces hubiéramos deseado ver, tras el cristal de los escaparates librerías, en lugar de la avalancha de traducciones sobre la anodina existencia de favoritas de reyes, ases de la pantalla y políticos intrigantes que la ingenua xenofilia de una gran parte de los lectores españoles aguanta impávida en este momento áureo de la biografía, la historia olvidada de uno de los españoles pretéritos que más significaron en nuestro esplendor artístico.

Nos referimos a Francisco Tárrega.

¿Qué le falta a la vida de Tárrega para ser objeto de una atención apasionada por parte del público?

¿No hay en ella ejemplaridad, ternura, emoción, aventura, dinamismo y belleza?

¿No está intensamente cargada de destino cual la de todos los seres a los que el genio marca una senda a la vez amada y dolorosa?

Muchas culturas generales no incluyen referencias, ni siquiera esquemáticas, a Tárrega.

Aunque parezca exagerado, puede afirmarse que existe una inmensa cantidad de españoles para los que el nombre del mismo es desconocido, y otros muchos que, cuando lo oyen pronunciar, preguntan el nombre, no se sabe por qué extraña coincidencia en el error, si se trata de un pintor.

Es muy posible que los editores tengan cierta culpa, pues en general sólo patrocinan trabajos sobre vidas que por cualquier causa estén a la moda.

Claro que también existen causas más genéricas y profundas respecto al olvido en que se tiene al mágico artista levantino; el "franciscano" Francisco Tárrega era un hombre de una modestia y sencillez incomprensibles en cualquier momento y lugar, tanto más si se tiene en cuenta que vivió en la época Casteralina; esto es: en plena retórica.

Los artistas, para el común de las gentes, tienen algo de divinos en al medida en que hayan sido un tanto "divos". Casi todos hasta los más grandes han usado gestos y "poses" en tal aspecto, excepto Tárrega.

Por su humildad y su dulzura, su desprendimiento y el cósmico sentido finalista que para él tuvo la música y también por su inalterable paciencia, podemos considerar a Tárrega como un verdadero santo del pentagrama.

Ahora bien; así como la iglesia ha sabido destacar entre sus figuras columnarias Santo Tomás, San Agustín, San Pablo, en un puesto de honor al pobre cillo de Asís, no ha ocurrido lo mismo en la religión del arte por lo que a

este fraile descalzo de la armonía se refiere, y en consecuencia ha olvidado levantarle ese alto y ostentoso pedestal desde el cual únicamente parece posible cautivar la mirada débil y la frágil memoria de la muchedumbre.

No nos proponemos por nuestra parte, dada la forzosa brevedad de un artículo periodístico, mas que concretar unas cuantas impresiones sobre esta gran figura del arte español.

El tema: Tárrega merece ser considerado, en cualquiera de sus formas, una didáctica infalible en orden a la perfección espiritual.

DESTINO. — Hay en la vida del genio, una voz solitaria y poderosa, que le llama hacia su finalidad más alta: arte, ciencia, trabajo o sacrificio.

Algunos la desoyen. Para otros no resuena hasta bien avanzada la vida. Entonces, la apacible senda porque discurrían, se trueca en camino de Damasco.

No así en Tárrega. Desde los seis años, en que huye del hogar, en Villarreal, con su dilecto instrumento bajo el brazo, marchando a pie hacia Valencia, hasta su muerte, no cesará jamás de escuchar, acatándola, la lejana y misteriosa orden.

Ni un solo día desertará, el músico, de su amada guitarra.

En la historia humana quizá no exista ejemplo de una fusión más dilatada, perfecta y conmovedora, de un hombre con su destino.

EL ESTILO. — El estilo en la obra musical de Tárrega, al igual que en Bach y Mozart es, ante todo, formal.

De estos tres géonietras armoniosos, Bach, por su pensamiento científico cercano al álgebra, representaría la geometría analítica de los sonidos, y Mozart todavía abstracto pero más sensible, el dibujo sonoro de vergeles y estrellas en un solo plano. En cuanto a Tárrega artista mediterráneo, mucho más plástico, preciso, objetivo y también romántico, construye, ya en el espacio, con mayor corporeidad y comprensión para el sentimiento popular.

Mejor que edificios musicales, las obras de Tárrega resultan maquetas trabajadas minuciosamente.

Líneas melódicas que se quiebran hasta la atomización, cristalizando en volutas y arabescos de un primor increíble.

Ningún instrumento que no fuera la guitarra, con sus punteados arrastres y trémolos hubiera podido concretar mejor este estilo.

Nadie, sin exceptuar a los más grandes genios, ha podido realizar, a escala normal, las alhambras de notas que este embrujado artífice produjo al tamaño propio de una orfebrería sin par.

Hay también una curiosa correspondencia entre el "colorido" de la música de Tárrega y su estilo lineal, del mismo modo que en Bach y Mozart, pues si el primero parece sugerir lo blanco y gris intelectuales y el segundo el tenue azul de una sonriente desesperanza, animan la música del levantino colores elementales, cálidos y violentos —rojo, verde, amarillo—, mezclados sabiamente en un conjunto suave de densa dulzura al igual que aparecen en el techo de una camareta árabe.

En su aspecto más frecuente, y prescindiendo de características más hon-

das, tal es la música de Tárrega en cuanto a construcción y colorido. Algo tangible y sensual, cálido, brillante y armonioso.

Una composición suya es a los oídos (y esto explicaría el fervor y comprensión que existe en Cataluña hacia el Maestro) lo que a los ojos es una acuarela de Fortuny.

LA EXPRESION. — Igualar a Tárrega en la cantidad de producción será siempre algo considerable.

Semejarle en calidad es cosa muy difícil.

Superarle en la expresión, no está en los medios humanos.

En este aspecto, parece que llegó a lo sobrenatural.

Su música hería, sin duda, las fibras más susceptibles del ama, produciendo en las gentes una especie de historia sublime.

Durante sus actuaciones siempre ocurrían cosas extraordinarias.

No llevaba mediada una ejecución muchas veces, cuando una parte del público le interrumpía frenético, poniéndose en pie para ovacionarlo, en tanto que otros, ajenos a todo, permanecían en sus butacas llorando como chiquillos.

León Farré, hoy ya muerto, por cuya taberna en Consejo de Ciento ha desfilado toda la afición guitarrística barcelonesa de hace unos años, fue un incansable acompañante de Tárrega.

Tosco como era León, se emocionaba de tal forma oyendo al guitarrista, que en ocasiones, mientras éste tocaba, llegó a caer al suelo presa de síncope.

Pero el caso más asombroso fue el de Borrull, un guitarrista flamenco que se quiso suicidar durante un concierto de Tárrega, cortándose una vena.

Fue auxiliado a tiempo porque alguien observó, en la obscuridad de la sala como corría la sangre por su muñeca.

Después manifestó que había deseado morir en plena felicidad.

EL HOMBRE. — Una sola anécdota de su vida es más eficiente que largas explicaciones, para definir en gran parte el carácter de Tárrega.

Regresaba el músico de una gran actuación de éxito apoteósico, y ya en el tren entabló conversación con un viajero sentado frente a él.

Al cabo de un rato de charlar sobre generalidades, dijo éste:

—Y, ¿usted vive de dar conciertos?

—Sí, —contestó Tárrega— de eso vivo.

El otro se revolvió en su asiento con muestras de inquietud.

—No lo comprendo —dijo al cabo—; yo he asistido a la audición y no me ha gustado nada. Tengo la impresión de que todos esos que le han aplaudido se equivocan y no entienden gran cosa de música.

—Usted es un hombre inteligente, —contestó el maestro con afabilidad— (sólo sus ojos expresaban cierta tristeza). No sé qué sería de mí, si todos comprendieran mi arte con tal claridad.

Siguió un silencio prolongado...

Tárrega miraba al paisaje. El viajero miraba a Tárrega.

—Escuche, —dijo de pronto aquél, con voz que temblaba ligeramente— perdone si le distraigo, pero se me ha ocurrido algo, que de ningún modo podría

callar...

El guitarrista sonrió cortésmente con un gesto de accesión.

— Es, — continuó el viajero — que a lo mejor podría ocurrir que el equivoca do y el ignorante fuera yo mismo, pues no parece fácil que un solo hombre tenga más razón que muchos.

Tárrega volvió a sonreír.

— También es posible, — admitió simplemente.

Hay en esta anécdota algo grande y conmovedor, pues así como en las res puestas del gran artista se advierte una graciosa y ática ironía que no trascien de de su fuero interno, la modestia, paciencia y dulzura de su actitud, operan una verdadera conversión en el espíritu de su compañero de viaje.

Tárrega fue un español integral. Su obra, formalmente plástica, medida y armoniosa como el pensamiento grecolatino. Árbiga por la riqueza y fanta sía de los primorosos detalles.

Su espíritu, romántico y cristiano.

Recordarle es volver los ojos a los más puro y permanente de lo racial.

La Prensa. Barcelona, 8 julio 1944

José del Castillo

LA INSPIRACION DE TARREGA

Hablar de Tárrega es hablar de la guitarra española. Tárrega se hizo tan con substancial con "la guitarra tenor" como el poeta y músico Espinel, que agre gó la quinta cuerda; como los nombres de "cítara hispánica", el "sistro" o la "vihuela".

No hay, ni puede haber, un concierto de guitarra sin una composición de Tárrega. Sin sus "Preludios", sin sus "Recuerdos de la Alhambra" o sin "Ca pricho árabe".

¿Y quién mejor para hablarnos de aquel genio de la guitarra que se llamó don Francisco Tárrega, que su hijo?

Don Francisco Tárrega Rizo tiene sesenta y dos años. Nació en Alicante. Catedrático de la Escuela de Peritos Agrícolas y director de Mercados, sus ac tividades le llevaron por otros caminos, no sin que haya dejado de dedicarse a la guitarra.

La pregunta es obligada:

— ¿No le gusta?

— ¿Que sí me gusta? Yo también toco la guitarra. He vivido en Buenos Aires durante un año, dando clases de guitarra.

— ¿Cómo fue eso?

— Una aventura bohemia. Yo pude adquirir esa profesión por la protección de una academia guitarrística que lleva el nombre de mi padre.

— ¿Siente usted la guitarra?

— Para mí es una cosa de ley atávica.

— ¿Qué recuerdos tiene de su padre?

— En realidad, Tárrega fue un místico de la música. Quien mejor ha refleja do este concepto ha sido García Sanchis, quien ha dicho de él que era "el San Francisco de Asís de la Guitarra".

— ¿Cómo era?

— Su goce supremo fue el estudio y el perfeccionamiento de la técnica de la guitarra, en un afán de superación constante. Estudiaba todo el día.

— ¿Cómo lo recuerda?

— Como el prototipo de la modestia, de la ingenuidad y de la dulzura. Todo esto se podrá demostrar en infinidad de anécdotas que lo demuestran.

— ¿Algunas?

— No desdeñaba oír al más humilde de los aficionados a la guitarra. Y des pués de haberle oído incluso manifestaba que el haberle escuchado le había servido para aprender nuevas cosas que no se le habían ocurrido a él. Tam bién ofrecía verdaderos conciertos a personas recientemente conocidas que mostraban deseos de escucharle. Y, sobre todo, le molestaba el elogio que se hacía de sus veladas artísticas.

— ¿Cómo era su carácter?

— Agradable. Infantil. Yo nunca le recuerdo sin la guitarra en la mano.

— ¿Viajó mucho?

— Estuvo en Londres, en París, Africa, Austria...

— Y sus alumnos, ¿quienes fueron?

— Daniel Fortea, Emilio Pujol, Josefina Robledo, Josefina Roca y Josefina Crusado. Todos han sido grandes artistas.

— ¿Y la escuela de Tárrega?

— Esto es una cosa difícil de explicar. Tiene dos aspectos: El material y el espiritual. El primero se funda principalmente en la manera de atacar las cuer das con la mano derecha, con el pulpejo de los dedos.

Sin intervención ninguna de la uña, para obtener un sonido más puro. Evi tando que el roce de la uña haga de púa. Con el estudio mecánico, la parte blanda del dedo se endurece, y, entonces, el sonido producido por la pulsa ción es intermedio entre el de la uña y el del pulpejo. El sonido es más amplio y desprovisto de dureza; más vibrante. En el aspecto espiritual, la escuela de Tárrega se relaciona también con la música. No toda la música es apropiada para la guitarra. Hay autores que escriben para la guitarra sin conocer lo que es la misma, y, como es natural, no encuadran dentro de la esfera de acción emocional de la guitarra.

— ¿Cómo es eso?

— La consideran como un instrumento complementario, cuando la guitarra es una pequeña orquesta que tiene suficientes recursos propios para valerse por sí misma.

— ¿Quiénes son estos compositores?

—Ponce, Turina, Carlos Pedrell, Alejandro Tausmann, Samazenilht, Rousell, Moreno Torroba y Rodrigo.

—¿Por qué?

—Han escrito pensando en la guitarra; pero sin identificarse con ella ni haber poseído el alma del instrumento.

—¿Y el "Concierto de Aranjuez", de Rodrigo?

—Es un desastre. Una irreverencia guitarrística. Porque la guitarra no puede mezclarse con los instrumentos que constituyen una orquesta, por su modestia, aún dentro de su grandeza.

—¿Esto son opiniones?

—Hay quien ha censurado a mi padre el no haber podido conseguir interesar a los músicos para que escribiesen para la guitarra.

—¿Y usted, qué objeta?

—A esto hay que contestar que Tárrega no necesitaba a nadie para esta labor. Se bastaba a sí mismo. Y ahora podemos preguntar: ¿Qué compositores originales han producido los guitarristas actuales desde la muerte de Tárrega? Esos señores, para no repetir siempre lo mismo, no tienen más remedio que solicitar la cooperación de los demás, porque ellos no son capaces de producir nada.

—¿Cuántas obras escribió su padre?

—Unas quinientas, entre originales y transcripciones. Y aún quedan olvidadas, en casas de amigos suyos, obras que son conservadas como un tesoro; no se quieren desprender de ellas.

—¿Conoce usted a algunos?

—El maestro Palanca, que las conserva, procedentes de un pariente suyo, canónigo del Picaña; Daniel Fortea; Emilio Pujol...

—¿A quiénes considera como guitarristas que han escrito obras adecuadas en la actualidad?

—Emilio Pujol y Daniel Fortea. Especialmente el primero.

—¿No hay otros?

—Ni Segovia, ni Sainz de la Maza, que ahora son los guitarristas que más bullen, han seguido ese camino. No componen, y, por lo tanto, desgraciadamente, no llegará nada suyo a la posteridad.

—¿Cuáles son las obras más famosas de su padre?

—"Recuerdos de la Alhambra", "Trémolo", "Serenata árabe", "Danza mora" y su colección de minuetos y preludios. Especialmente estos últimos, que constituyen verdaderos joyeles de la literatura de la guitarra.

—¿Qué obras son las que más se dan en los conciertos?

—"Recuerdos de la Alhambra" y "Serenata árabe"

—¿Cuánto producen por concierto?

—Estas obras, cuando se ejecutan, producen unos derechos de autor que dependen de la categoría del local y también si son interpretadas por la guitarra, por orquesta o banda. Según esto, oscilan entre los 50 céntimos y las 7 pesetas, cada una; y si es sinfónicamente, suben de 60 a 75 pesetas.

—¿Y a cuánto asciende en total?

—De dos a tres mil pesetas trimestrales

—¿A qué guitarristas conoce usted que merezcan la pena?

—En primer lugar, Emilio Pujol, y en segundo plano, Daniel Fortea, Rosita Rodés, Rosita Lloret, Antonio Francisco. Y ya en otro orden, Andrés Segovia, a quien no obstante, debe a la guitarra ser conocido en el Mundo entero; Regino Sainz de la Maza, Nicolás Yepes..., y creo que nadie más.

—¿Quién es el verdadero continuador de la escuela de su padre?

—Emilio Pujol.

—¿Recuerda alguna anécdota no difundida?

—Una noche llegaron a casa Miguel Borrull y otros amigos de papá. Cogió la guitarra y salió a la galería, a donde le seguimos todos. Se puso a dejar correr los dedos por el mástil. Preludiaba, según decía él, mientras improvisaba maravillosas composiciones. Uno de los asistentes le dijo: "Don Francisco, no toque usted otra cosa, continúe tocando preludios." Papá estaba inspirado. Improvisaba. Transcurrió el tiempo insensiblemente. Y cuando los rayos del sol nos molestaban con la acción mecánica del calor, nos dimos cuenta del tiempo transcurrido. Entonces se deshizo el embrujo. Había comenzado a las nueve y media de la noche y eran las cinco y media de la mañana. Ninguno se había dado cuenta del tiempo que pasaba. Estábamos subyugados.

Y qué mejores palabras de homenaje que las que pone su hijo en la anécdota que refleja el arte de su padre. Su voz tiene un estremecimiento que sólo puede ser expresado entre la quinta y el bordón.

Solidaridad Nacional, 25-III-1950

M.E. Pérez Díaz

EL MAESTRO DE LA GUITARRA

Tárrega: «el Asís de la guitarra» de Regino Sáinz de la Maza; «fénix espiritual de la guitarra» de Emilio Pujol; «San Francisco Tárrega» de Andrés Segovia; «Don Tárrega de la Guitarra», de José Fola Igúrbide, es por derecho de su genio y de su trabajo incansable el MAESTRO indiscutible de la guitarra moderna.

Sin intención ninguna de efectuar comparaciones que pudieran tildarse de blasfemas y si con el deseo de buscar un ejemplo casi gráfico para expresar el concepto que tenemos al respecto queremos manifestar que si se escribiera una Biblia guitarrística, la figura capital y redentora del Nuevo Testamento sería Francisco Tárrega. En la primera mitad (Antiguo Testamento) de esa Biblia brillarían figuras meritísimas, piedras angulares del arte de tañer guitarras y vihuelas y grandes precursores de la música instrumental en su más amplio concepto, comenzando con los Milán y los Narváez seguidos de un desfile admirable de maestros cuyos nombres ocupan dignos puestos en la Historia de la

Música y cerrando el ciclo esas glorias de nuestro instrumento que se llamaron Fernando Sor y Dionisio Aguado.

Viene luego una pausa desalentadora de más de un cuarto de siglo de silencio y de olvido. La guitarra, como el arpa de Bécquer, está «silenciosa y cubierta de polvo» en espera de la mano de Tárrega.

Nuestro simulacro bíblico es ratificado con la aparición de un precursor que surge de pronto al primer plano de la fama y que asombra a España y a otras naciones europeas con sus alardes de virtuosismo incomparable: Julián Arcas. Existe también un guitarrero eximio en todo el significado del vocablo: Antonio de Torres; éste, buscando su propio camino y asesorado también por Julián Arcas de quien es amigo, desecha todos los modelos de guitarras contruidos hasta entonces, agranda la caja sonora, fija la longitud del tiro de las cuerdas en 65 centímetros para el modelo standard de concierto, crea la nueva plantilla de la tapa armónica y aparece la actual guitarra tipo Torres, instrumento del cual se obtiene la calidad de timbre y el volumen de sonido que aceptamos hoy como característicos de la guitarra auténtica.

Ramírez, García, Esteso, Simplicio, Pascual, Santos Hernández, etc., lograrán maravillas de instrumentos siguiendo la ruta de Torres.

Está pues, preparado el terreno, hay una nueva guitarra, y con Francisco Tárrega aparecerá también una nueva forma de pulsarla.

Nació el gran artista en Villarreal el domingo 21 de noviembre de 1852 a las 4,30 de la madrugada. Usamos tal precisión en el dato por haberlo tomado de una publicación de su fé de bautismo, único documento fidedigno; además, en la placa conmemorativa colocada en una casa que da a la plaza San Pascual se lee textualmente: «En esta casa nació, el 21 de noviembre de 1852, para honor y gloria de Villarreal, el eminente guitarrista don Francisco Tárrega y Eixea». (Hay Diccionarios, Enciclopedias y otras publicaciones que ofrecen la fecha errada: 1854, 1853 o 29 de noviembre de 1852).

De familia muy humilde, hijo de Francisco Tárrega y de Antonia Eixea, muestra desde niño grandes aptitudes para la música. Su afición por la guitarra se despierta muy temprano escuchando a Manuel González, el «sego de la Marina» popular tocador que comienza a enseñarlo a los 11 años. Más adelante oye a Julián Arcas y queda deslumbrado, buscando la manera de estudiar con él. Las giras de concierto mantienen a Arcas en constante movimiento y sin domicilio estable, lo cual es un obstáculo para la aspiración de Tárrega, pero no obstante puede lograr que Arcas le dé algunas lecciones y consejos.

El conde de Parsent se da cuenta de las condiciones excepcionales de Tárrega y lo favorece generosamente, de modo que éste cuenta con un apoyo que, si bien no le duró mucho tiempo por fallecimiento sorpresivo del conde, le sirvió lo suficiente para comenzar a destacarse. Más adelante don Antonio Conesa, admirador de Tárrega, le facilita los medios necesarios para trasladarse a Madrid; allí se matricula en Teoría y Solfeo y Armonía, y en los concursos finales de dichas asignaturas obtiene el primer premio. Simultáneamente estudia el piano — Tárrega queda indeciso entre la guitarra y el piano; él es un

romántico auténtico y resuelve el problema de una manera completamente romántica: en esa época abundaban y se estilaban los conciertos o veladas con programas mixtos y diferentes solistas, etc. Tárrega se presenta en uno de ellos en sus dos aspectos de pianista y guitarrista, obtiene mayor éxito con la guitarra y con ella se queda. Elegido el camino nada habría de desviarlo de su ruta y la fama premia sus esfuerzos: pasea triunfalmente su guitarra por todas las ciudades y provincias de España; cruza la frontera hacia Europa Central y es aplaudido y admirado en París; se le llama de Londres y allá se traslada pero está poco tiempo y regresa a París diciendo que no se adaptaba a la «tiesura» y el clima de Inglaterra. A su vuelta a España fijó su residencia en Barcelona.

Aunque estaba superdotado y podía obtener fácilmente un buen resultado material de sus aptitudes, vivió y murió en pobreza franciscana por sentirse siempre irresistiblemente atraído hacia los ambientes íntimos de discípulos y amigos en vez de las giras triunfales y productivas. Su gran trabajo que tanto tendría que agradecerle la guitarra fue silencioso, anónimo, circunscrito entre las cuatro paredes de su estudio.

Dice al respecto don Felipe Pedrell: «Pecaba por exceso de modestia y hasta pecaba por otro exceso, que, no obstante, formaba su gran mérito: Por exceso de amor al arte. Que el arte le reclamaba un estudio continuado, ininterrumpido, obcecado; por el engrandecimiento del arte estudiaba siempre, y sin parar ni compadecerse, a toda hora del día o de la noche sin descanso, venciendo fatigas, no como un artista que dominaba superiormente la técnica y todo lo que reclamaba el cultivo archidifícilísimo de su instrumento favorito, sino como un principiante que tantee y descifra a tientas».

De esa labor habría de surgir la **ESCUELA DE TARREGA**. Entrar en pormenores es más bien materia de especialistas y de clase que de esta charla. Los conocedores, al golpe de vista, por la sola manera de tomar el instrumento, saben si el ejecutante sigue más o menos de cerca dicha escuela. Sobre ella y a grandes rasgos diremos solamente que habiendo sido Tárrega pianista, aplicó, en la medida de lo posible, la técnica pianística a la guitarra en cuanto a la manera de producir el sonido: paralelismo de las manos, martilleo de los dedos al articular sobre las cuerdas, pulsación de la mano derecha como si las cuerdas fuesen teclas y descansar apoyando en la cuerda inmediata el dedo que pulsó siempre que ello sea factible, lo cual hace que el golpe sea perpendicular a la cuerda, produciendo el efecto de martinete y dando la máxima amplitud a la vibración. Educación total del anular de la mano derecha hasta hacerlo tan hábil y potente como los dedos medios e índice de esta misma mano, y perfeccionamiento del pulgar. También colocó el instrumento en la forma más segura y cómoda y exigió de la guitarra todos los recursos polifónicos y de matices que fuera capaz de encerrar en su caja sonora.

Hemos pedido y logrado una hermosa página sobre Tárrega, escrita especialmente para esta ocasión. Deseábamos que la voz más autorizada diera su fallo y opinión, y nos dirigimos a la tierra de la guitarra, a España, en la persona de quien desempeña el cargo de Maestro de Guitarra del Real Conservato-

rio de Madrid. Se trata del gran guitarrista Regino Sáinz de la Maza. Con su eminente colega Andrés Segovia comparte Regino los laureles que en las salas de conciertos tejen coronas para la guitarra española. Desde el punto de vista didáctico, el cargo que desempeña habla por sí solo. Por razones personales de amistad y afecto que nos enorgullecen sabíamos que el Maestro Sáinz de la Maza no iba a darnos unas frases acomodaticias, sino una opinión definitiva, que necesitábamos, pues existe una obra especializada para guitarristas, muy difundida en Latinoamérica, en la cual se niega de manera rotunda la Escuela de Tárrega. Entre otras, como razón de mayor peso, dice el autor de la obra que Tárrega no dejó ningún método estableciendo las reglas de la tal escuela, ni tampoco una serie ordenada de estudios que permitieran seguirla; esto es verdad... Pero dejar escrito un método no es crear una escuela; en cambio Tárrega dejó a Miguel Llovet, a Emilio Pujol, Daniel Fortea, Josefina Robledo, Pepita Roca; Rita Brondi y otros más como enseñanzas vivientes. Llobet, con esa escuela, formó en América a María Luisa Anido, quien desde hace veinte años ocupa el sitio de máxima figura guitarrística de nuestro continente. Teodoro M. Hofmaester, en un artículo sobre este mismo tema de la Escuela de Tárrega, dice que Cristo, Buda, Sócrates, no dejaron discípulos.

Bien; Sáinz de la Maza no estudió con Tárrega, ni siquiera lo conoció, y era casi un niño para la fecha de su muerte, de modo que no hay influencia de simpatías personales ni de recuerdos sentimentales capaces de desvirtuar sus conceptos. Dice así Regino Sáinz de la Maza:

“En este momento en que la guitarra revive sus antiguas glorias y alcanza cimas artísticas insospechadas, atrayendo hacia ella, hacia su raro y atractivo paisaje, a los mejores músicos, es oportuno y justo recordar y enaltecer la figura de aquel artista excepcional que fue Francisco Tárrega.

Para comprender mejor lo que a él le debe la guitarra, no hay sino considerar la decadencia en que se hallaba el instrumento cuando él aparece. Cuando Tárrega llega a los veinte años hacia treinta y cinco que Sor había muerto. La guitarra, que gracias a él había conocido en toda Europa un esplendor inusitado incorporada al espíritu del clasicismo, cae de nuevo en el olvido, como cayera un siglo antes con la venida a España de Domenico Scarlatti, cuyo clavicémbalo destronó a la noble vihuela.

Después de Sor, ni Aguado ni Coste —el gran guitarrista francés— logran devolver a la guitarra su perdido prestigio. Aquel «arte de tañer fantasía» de nuestros vihuelistas del XVI parecía irremisiblemente perdido, hasta que Tárrega llega. Su identificación con el instrumento es tan completa que le lleva a descubrir su más recóndita expresión, haciendo de él un agente sonoro apto para transmitir las fórmulas e inflexiones de un lenguaje más rico.

Oportunamente señaló Pedrell este aspecto de su genio. «Dió —dice— a la música destinada a ese instrumento de cuerpo tan tenue, pero de alma sonora tan admirablemente expresiva, una plenitud de concepción que asombra» Y añade: «El arte estimulaba el espíritu del compositor, abriendo horizontes más vastos a su inspiración; este es el motivo por el cual el desarrollo de

lo clásico en las composiciones de carácter moderno adquiere en su obra cualidades que la exaltan y destacan su valor. ¿No veía Debussy en los toques de Tárrega —sigue el mismo Pedrell— efectos orquestales y consecuencias organográficas?»

Tárrega fue a la guitarra lo que Paganini al violín. El desarrollo y sentido de su técnica respondía —como en Paganini— a una necesidad de ampliar sus registros, para infiltrar el nuevo espíritu de la música romántica. Esto requería un cambio total de concepto, una distinta manera de enfrentarse de ahondar en la guitarra y arrancarle los secretos en ella yacientes. Sus principios eran consecuencia de esta distinta actitud estética. Un nuevo verbo se revela gracias a su genio. Al principio fue necesario recurrir a las transcripciones. El afán de incorporar los clásicos y los románticos a la guitarra, abrió el camino hacia más altas y conscientes realizaciones.

El ingenio de que Tárrega se valía par encerrar en las seis cuerdas el espíritu de esa música, fue lo que reveló las posibilidades de este instrumento y decidió su porvenir. Ello exigía un mayor rendimiento a los dedos, una mayor complejidad, desconocida hasta él que hacía preciso sentar este arte sobre bases más firmes y seguras, dotarle de una técnica sólida y establecer de manera definitiva sus fundamentos lógicos, desde la manera de colocar las manos y de producir el sonido, hasta el análisis de todos los elementos técnicos que él fue estudiando en un largo proceso de depuración, en el que puso lo mejor de su espíritu y al que se entregó con fervoroso amor.

Tárrega fue el Asís de la guitarra. Hay algo de mística unción en esa entrega desinteresada, en ese coloquio callado con el instrumento, al que él infunde nueva y prodigiosa alma.

Tárrega echó la simiente y prodigó las enseñanzas. Gracias a las cuales, a la verdad que en ellas alienta y a su poder germinativo, su obra, dispersa y expandida con generosidad se ve hoy coronada por este renacimiento de la guitarra, del que él ha sido forjador genial”.

Tárrega fue un artista romántico, idealista, sincero, y un hombre sencillo, humilde hasta la exageración y cándido como un niño. Su música lo retrata fielmente: melódica y sentida, romántica y sencilla, humilde a veces hasta la exageración, pero siempre de gusto exquisito y de melodías finas y espontáneas correctamente armonizadas.

Como ejecutante fue incomparable y esas mismas obras, desde el punto de vista instrumental para la guitarra, son verdaderos modelos, algunas: «obras maestras».

Alguien preguntó a D. Manuel de Falla sobre la guitarra como instrumento de categoría; contestó el gran músico que para darse cuenta de toda la belleza y emotividad que era capaz de encerrarse en una guitarra bastaba con citar un solo ejemplo: los «Recuerdos de la Alhambra», de Tárrega.

El 15 de diciembre de 1909 el dolor por la partida irrevocable del Maestro puso un nuevo matiz de sentimiento en el cofre sonoro de la guitarra... y la noble vihuela, allá, en el libro de la Historia, templó de nuevo sus empolvadas

cuerdas para recibir a D. Francisco que entraba en la inmortalidad.

Biblioteca Fortea. Madrid, marzo a junio 1951

Valentín Moragas Roger

FRANCISCO TARREGA Y SUS PAJARILLOS

Los pajarillos acudían apenas sus manos rasgueaban la guitarra. Acudían contentos sabiendo que iban a escuchar sonos agradables, dulces armonías y quietos, sin algazara, mirándose los unos a los otros, como queriendo expresar sus íntimas satisfacciones y el deseo de compartirlas, callaban alrededor del hombre tímido —rostro amable, de pobladas barbas— que, con sus manos prodigiosas, arrancaba al instrumento voces celestiales...

Calladitos, y numerosos, los pajarillos se situaban durante días y más días alrededor de Francisco Tárrega, mientras el artista —en los jardines, en los patios, en los terrados de las casas de sus amigos y protectores— ensayaba, improvisaba o transcribía obras clásicas...

Ellos eran los primeros testigos de las emociones que, del corazón y de las bondades del hombre, se convertían, por medio de las manos y de las cuerdas de la guitarra, en sonoridades sorprendentes.

Y Francisco Tárrega gustaba de rodearse de aquel público que le admiraba y que acudía fielmente, silenciosamente, a oírle, apenas presentía su llegada. Y cuando el artista abandonaba la población —lo mismo sucedía en Villarreal, que en Burriana, que en Castellón—, los pajarillos no acudían a las casas, ni a los jardines, ni sentaban sus reales en los tejados. Desaparecían una temporada...

Las avecillas sólo reaparecían cuando el genial artista regresaba de su viajes y volvía a tocar la guitarra. Misteriosa, inexplicablemente, el pequeño auditorio tornaba a posarse en las balaustradas, en las tejas de las casas cercanas, sobre los árboles y los tiestos, en el suelo y alrededor del maestro, y le miraban con embeleso y alegría incontenibles. El hombre sonreía, bondadoso, comprensivo, contento ¡Qué fieles y qué constantes eran los pajarillos! ¡Cómo le agradaba su compañía!... Y sus manos ágiles, inspiradas, sensibles, prodigaban sonos y más sonos para deleite íntimo y para que las avecillas continuaran escuchándole.

De este modo, la fusión entre el hombre y el artista era perfecta. Y el arte y la bondad, la modestia y la inspiración, se fundían en un amor infinito hacia todo lo creado por Dios. Y así era dichoso: haciendo hablar a la guitarra junto a los pequeños oyentes y junto a sus leales y viejos amigos, y así olvidaba sus ruidosos triunfos en Madrid, Londres, París, Bruselas, Berna, Roma, en los palacios de la Reina Isabel, de los Rothschild, de la princesa Margarita, donde no se sentía dichoso, ni halagada su vanidad de hombre, ni de artista...

Y siguiendo esta norma de conducta, que tan pocos logran mantener durante toda su vida, Francisco Tárrega triunfó (en el sentido de cultivar su vida íntima y de renunciar a riquezas y honores), no sólo como guitarrista y compositor, sino como hombre que «es fiel a sí mismo», según frase que magistralmente glosó Shakespeare, y su recuerdo se mantiene latente, vivo, cordial, en la población en que nació: Villarreal...

Actualmente, la casa donde nació el guitarrista pertenece a un esquilador, que no quiere desprenderse de ella por nada, y dice: «¡No, no quiero venderla, pues aquí vivió el maestro! ¡Yo también soy un entusiasta venerador de su memoria! Y yo también, además de mi trabajo, toco tres instrumentos: la viola, el violín y el bajo en la banda.»

Y el esquilador-artista no sabe disimular su gozo de ser propietario de una vivienda donde, en una lápida de mármol en la fachada, consta: «En esta casa nació, el 21 de noviembre de 1852, para honor y gloria de Villarreal, el eminente guitarrista y compositor don Francisco Tárrega Eixea. Por subscripción popular se rindió este homenaje en septiembre de 1910.» Falleció el genial guitarrista en Barcelona —donde pasó los mejores años de su vida y donde tuvo gran amistad con Apeles Mestres, Albéniz, Granados, Viñas, Saint-Saëns, Millet— el 15 de diciembre de 1909. Por lo tanto, hace 15 días que se cumplió el cuarenta y dos aniversario de su óbito, y la «Peña Guitarrística Tárrega» de nuestra ciudad, después de varios lustros de no realizarse ningún homenaje a la memoria del compositor y del creador de la escuela moderna de la guitarra, celebró diversos actos (religiosos y profanos), entre los cuales descolló el que tuvo lugar por la tarde en la Casa del Médico y en la que tomaron parte: Carlos Santías, pronunciando una interesante, amena y emotiva conferencia sobre la figura del maestro y proyectando la película documental titulada «Huellas de Tárrega», que había sido filmada por él exprofeso para este acto; interpretando en la segunda parte varias obras de Tárrega y de Sor, y las primeras audiciones de dos composiciones originales, una suya y otra de Tarragó.

Y en la tercera parte del atrayente programa, Renata y Graciano Tarragó interpretaron magistralmente un selecto recital a dos guitarras, estrenando, además, «Recuerdo a Tárrega», obra compuesta por Graciano Tarragó especialmente para esta conmemoración.

Con el sugestivo programa expuesto se ofreció la doble emoción de poderse compenetrar —en el mismo acto— no sólo con la sensibilidad creadora de Francisco Tárrega como compositor, sino con la visión de los ambientes, recogidos y sencillos, en que prefirió vivir el hombre que supo renunciar al esplendor de los palacios, a las ovaciones de los públicos de toda Europa, para conservar su modestia y tener, como auditorio, a sus más íntimos y sencillos amigos, y a los pajarillos que presentían su llegada de un modo misterioso.

“Momento”. Barcelona, 10 de enero 1952

Ricardo Opisso

DON FRANCISCO TARREGA Y EL ESCULTOR MANOLO

El próximo centenario del nacimiento del gran compositor y guitarrista don Francisco Tárrega, me acucia y me instiga, a pesar de ser un profano en la materia, a evocar tan señera como simpática figura dentro del ambiente musical guitarrístico, ya que en el azar de mi sino y allá por los albores de mi juventud, me cupo la suerte de conocer y tratar personalmente a tan ilustre personalidad.

Ello tuvo como escenario una muy típica vaquería del paseo de San Juan, esquina a Aragón cuyo dueño no fue otro que mi padre político, el guitarrista León Farré, padre entonado a la vez del laureado pintor Juan Cardona.

Es de considerar que en aquella ya lejana época, dicha vaquería durante una serie de años fue el emporio del arte guitarrístico, tanto por los íntimos conciertos que en ella se daban como por la condición y alcance de la mayoría de los personajes, algunos de gran alcurnia y prosapia que allí concurrían, llegando a adquirir por dicho motivo una incontrovertible resonancia universal dentro del sector guitarrístico, ya que mi querido suegro, León, recibía correspondencia de los más insospechados y apartados rincones del mundo.

Además de una serie de aficionados y eruditos, también, como es natural desfiló por dicho establecimiento toda la pléyade de jóvenes guitarristas cuya fama a la sazón empezaba a florecer.

Estos no eran otros que Miguel Llobet, Emilio Pujol, por quien el maestro Tárrega sentía una preferencia máxima. Andrés Segovia, y el malogrado y siempre recordado Alfonso, así como también Regino Sainz de la Maza, éste muy niño aún, ya que siempre vino acompañado de su señora madre y de sus otros dos hermanitos.

Ni que decir tiene que todos ellos recibieron los influjos del inmortal maestro Tárrega, gloria nacional nuestra, y admiración del mundo.

De entre estos precoces y aventajados jóvenes guitarristas que a dichas veladas asistían, también nos honraban con su presencia personajes de gran alcurnia y prosapia, como ya se ha dicho antes, no tan sólo del mundillo de las Artes y de las Ciencias, sino incluso figuras próceres de la banca y finanzas.

Como cosa curiosa y casi inexplicable no quiero dejar de consignar cierto fenómeno por demás chocante.

En aquellas memorables tardes en que el maestro irrumpía en dicho establecimiento, una vez llegado a él y a los pocos momentos de estar pulsando la guitarra, debido sin duda a cierta perspicacia detectivesca, o bien a una misteriosa movilización de espionaje que los aficionados a la guitarra se habían fabricado para sí, el caso era que poco a poco, ahora uno, ahora otro, iban entrando con gran sigilo y preocupación todos los admiradores más fervientes y entusiastas del maestro insigne, acudiendo a su alrededor como las moscas a la miel.

Una vez estábamos todos los oyentes sumidos en un sopor espiritual oyen-

do sus estupendas composiciones llenas de ensoñaciones de morisco sabor, de pronto, Tárrega, con su alma exquisita y quintaesenciada, se ponía a interpretar obras clásicas, todas impregnadas de efluvios y resonancias celestiales, ejecutadas con sus manos llenas de idealidad...

Mas cuando la cosa llegaba al paroxismo de la exaltación era al iniciarse las prodigiosas notas del estupendamente emocionante "Claro de luna" de Beethoven, asombrosamente ejecutada en toda su pureza por el glorioso maestro, haciendo surgir del fondo de su maravillosa "guitarra de Torres" deliquios ideales y de ensoñación.

A tal punto nos exaltaba y nos emocionaba y era tanta la conmoción física y espiritual que sentíamos (todo hay que decirlo), que a más de uno se le saltaban las lágrimas, teniendo que mandar al mozo de la vaquería a la cercana farmacia de los Puig y Sureda a por sellos de antipirina para calmar nuestra excitación nerviosa.

Es de anotar la peregrina circunstancia de que muchas de aquellas relevantes personalidades que en dicha vaquería se congregaban, vivían a dos pasos de la misma: recuerdo al doctor Jaime Ferrán, los maestros Vives y Granados, como también el maestro Malats, que residía en un entresuelo de la calle Bailén y Cortes, o sea en el mismo inmueble en donde residían los dos hermanos e ilustres doctores Puig y Sureda, el mayor a la sazón catedrático de Farmacia de nuestra Universidad y el menor hoy de fama universal por sus prodigiosas operaciones quirúrgicas, los cuales, para satisfacción de todos, gozan de plena salud a Dios gracias, pudiendo por lo tanto atestiguar la exactitud de mi aserto.

Mas un desdichado día, no sé por qué demonio tuve el desacierto o la mala pata de invitar al gran Manolo a una de aquellas memorables veladas musicales, cuando aún su porvenir como escultor de fama era todavía un acertijo.

Después de haber hecho la presentación del gran Manolo a los allí reunidos, el maestro Tárrega reanudó su concierto, mas era tanta la atención con que todos lo escuchábamos y tan cerca estábamos de él, que casi le rozábamos la guitarra con las narices, llegando a sentir el hálito cálido de su aliento. Y así todos, aglutinados el uno contra el otro seguíamos escuchando absortos y extasiados aquellas inefables notas llenas de refinamientos y sutilidades que sus manos inmortales hacían surgir del fondo de su espiritual instrumento.

Mas en un momento, al distraer mi atención y al fijarme en el rostro de Manolo, adiviné en él, no sin gran sobresalto por mi parte, cierta expresión de sorna turbadora y discorde, sin duda producida al observar el picaro y atrabiliario Manolo, que siempre estaba de burlas, aquella devoción casi mística con que todos estábamos escuchando al divino Tárrega.

Mas, ¡ay!, aquella incomprensible actitud de Manolo tan sólo era el prefacio.

Desgraciadamente, mis temores no eran infundados, ya que después de que nuestro genial guitarrista nos hubo deleitado con sus inefables transcripciones de Mozart, Schubert y Boquerini, púsose a tocar granadinas y sevillanas, todas ellas interpretadas con la más noble y la más alta calidad artística, con tan-

ta gracia y donosura como sencillez y modesta en ejecutarlas... ¡Y allí fue Troya! Cuando más embebidos y boquiabiertos estábamos, y en aquellos momentos solemnes en que nuestra sensibilidad se reposaba en tan culto ambiente, de súbito, como si recibiéramos un mazazo de acotillo en la nuca, oímos como el gran bellaco y "viva la Virgen" de Manolo, lleno de ilogismo e inconciencia, ajeno a todo ello y como la cosa más natural del mundo, púsose a taconear y a repiquetear con los pies y a dar acompasadas palmaditas, al mismo tiempo que iba jaleando con ardor bestial: "¡Eso! ¡Eso! ¡Ahora va bueno! ¡Olé, olé, venga de ahí..."", como si se encontrara en uno de aquellos tablados flamencos que había por las tascas de los barrios, a la sazón tan frecuentados por él.

Ni qué decir tiene que todos los allí reunidos, excepto nuestro don Francisco, que siempre fue tolerante y afable hasta la exageración nos quedamos, más que atónitos, indignados, fulminándolo con tales miradas de reproche y enfado, que el desentonado y desconcertador Manolo al punto salió de allí, más corrido y más mustio que una gallina pepitosa, no sin dejar en mi alma, llena de bochorno y ridículo, un dejo de tristeza y de profunda pena.

Diario de Barcelona. Domingo, 2 de marzo 1952. pág. 34

Josefina Robledo

TÁRREGA, VISTO POR SU DISCIPULA

Universalidad de la figura del maestro

Yo conocí a Tárrega siendo aún muy niña. Habían comprado una guitarra, y como yo mostrara disposición para tocarla junto a un maestro amigo de casa, aprovechó mi padre una de las estancias de Tárrega en Valencia para llevarme una noche a la guitarrería de Pascual Roch, en donde solía ir con sus amigos, para que me oyera el maestro. El miedo que yo pasé hasta verle es indescriptible; me intimidaba la aureola de respeto y admiración que notaba en todos cuantos hablaban de él y de su arte y cuando lo vi aumentó mi azoramiento; pero sus maneras afables, alentadoras y exquisitas vencieron mi angustia y pude tocar delante de él. Desde aquella noche, el mismo dijo que se encargaba de mí. Y así fue.

EL HOMBRE

Tárrega era un hombre de una excepcional presencia. Mesurado en su mímica, hablaba como acariciando el aire para subrayar una frase. Escuchaba todo con atención suma e inclinaba la cabeza para captar mejor una conversación. Sus comentarios eran siempre certeros, justos, comedidos.

Inspiraba confianza desde los primeros momentos y tenía el don de atraer

a cuantos le conocían; pero esta simpatía no era forzada deferencia, sino bondad que irradiaba de todo su ser.

Era más bien tímido y no ocultaba su timidez con ninguna falsa apariencia.

Personalidad del artista

Rimaba bien el hombre con el artista. Pudiera decirse que no había distinción entre lo uno y lo otro. Es frecuente el divorcio de las dos personalidades; sin embargo, en Tárrega ha de perdurar asociado, junto a su obra musical, el recuerdo de su persona, porque ambas se complementan: la exquisitez de su alma había de reflejarse en su arte, por una unión de dos sinceridades.

El arte le reclamaba un estudio continuo. Quería conseguir de la guitarra la mayor perfección, y día y noche, venciendo fatigas del cuerpo, se entregaba de lleno al estudio de la técnica, no como un dominador del instrumento, sino como quien cada vez descifrara nuevos secretos en el sonido y en la dicción. Su espíritu purísimo quería una técnica purísima que le quitase al sonido toda materialidad. Es la yema que roza, acariciando, la cuerda, y adquiere tonalidades de ensueño.

Le inspiraban horror los grandes conciertos; ante los grandes auditorios se sentía un poco extraño a sí mismo, y aunque sus numerosísimas actuaciones eran siempre un modelo de dicción y de ejecución rara era la vez que no sustituyera algunas obras del programa por otras.

Como compositor ha dejado una obra muy completa que entre obras originales y transcripciones se aproxima a los dos centenares.

¡Y qué volumen alcanzarían de haberse podido recoger sus improvisaciones y sus divertimentos!

EL PROFESOR

La íntima compenetración con el maestro, de sus más destacados discípulos, ha creado lo que se llama "Escuela de Tárrega", medio adecuado para desenvolver y exteriorizar la forma natural de expresión del maestro, que marca un hito fundamental en la evolución de la guitarra.

Yo tomaba las lecciones de Tárrega en sus temporadas de estancia en Valencia, o iba con mi madre a Barcelona cuando él estaba allí. Enfermó don Francisco y le ofrecimos, para que pasara la convalecencia atendido en familia, mi casa. Aceptó el maestro y convivimos una temporada, pudiendo conocer entonces, más aún, al maestro en la intimidad de mi hogar.

Recuerdo que, terminado el día, cuando las visitas habían dejado tranquilo a Tárrega, en el silencio de la noche, nos poníamos, cada uno con su guitarra, a "hacer técnica". Y así pasábamos horas y horas, y no era raro el día en que la luz del amanecer nos sorprendiera. Y esto a diario, cada vez con más tesón y más entusiasmo.

Trascendencia de su escuela

Tárrega recogió del arroyo la guitarra. Todo el prestigio que había adquirido

en la Corte y toda la prestancia con que cantaba las composiciones de las más nombradas celebridades, cayó desde el siglo XVIII y se refugió en el corazón del pueblo. Fue Tárrega quien la recogió de aquel ambiente y restituyó a su elevada tradición de instrumento de grandes expresividades, en el que Boccherini y en el que Sor habían trazado páginas inmortales. Pero la restituyó con nuevas normas propias de la genialidad de Tárrega, depurándola de todo lastre, y empezando hasta por la colocación del instrumento con naturalidad y soltura.

Naturalmente, la escuela de Tárrega había de tener influencia decisiva en la guitarrística universal.

Con motivo del centenario del nacimiento del maestro, llegan noticias de actos celebrados en todo el mundo. Últimamente, el celebrado en el Japón, nos rubrica la universalidad de la figura de Tárrega.

TARREGA EN VALENCIA

Modalidad muy destacada en Tárrega era la de las audiciones en pequeños cenáculos de amigos. Así se le recuerda, principalmente en muchos pueblos, en los que aún quedan numerosas personas que pueden relatar las inolvidables horas pasadas en la intimidad con el maestro.

También en Valencia tenía grupos de admiradores y tocaba no solamente en las casas de los amigos, sino también en los locales de las antiguas guitarreras, donde pasaba largas horas departiendo con todos y deleitándose con su arte. Sería prolijo relatar lista de amigos que aún recuerdan sus estancias en nuestra tierra, pues se cuentan por centenares. Uno de los que más relación tuvieron con él fue el maestro López Chavarri, quien guarda un arsenal de recuerdos.

Jornada. Valencia, 22 noviembre 1952

Adolfo Paolinelli

FRANCISCO TARREGA, Y SU GUITARRA

Una figura majestuosa, de proporción histórica, se levanta en el centro atractivo del sublime arte guitarrístico y su poderosa acción se extiende con brillantez impresionante en el dilatado espacio del abecedario musical.

Esta presencia espiritual, ese insigne nombre siempre recordado con la elevada firmeza de una permanente admiración es Francisco Tárrega.

El venerado maestro, pretendiendo justificar el hondo afecto hacia el instrumento musical de sus inquietudes, solía firmar a veces para sus amigos de un modo especial y simbólico. Lo hacía con el impulso de los siguientes rasgos: "Guitárrega", actitud esta muy ocurrente sí, pero muy simpática por cierto y a la vez aplaudida por todos aquellos espíritus que le admiran y le aprecian

por su vasta labor universalmente difundida.

Con el advenimiento de Tárrega — nació en Villarreal, provincia de Castellón de la Plana (España) el 21 de noviembre de 1852 — la guitarra dió un paso hacia adelante en forma evidente, consolidando con la pureza de la investigada perfección, el estilo impuesto por sus antecesores, tales como Sors, Aguado y otros notables conductores de la misma.

Se ha dicho que con su presencia constituyó el comienzo de una "nueva era de la guitarra". En verdad es así, por cuanto su formal y favorable evolución fue plena de un cambio substancial y sus contornos maravillosos permitieron su mejor conformación y estabilización en el panorama artístico-musical.

A la edad de 11 años, Tárrega fue al encuentro del instrumento musical de su preferencia a través del modesto ejecutante Manuel González, más conocido por el apodo de "Cego de la Marina" quien le entrega el conocimiento superficial de la misma. Posteriormente recibe lecciones de Félix Ponzoa y Cebrián, éste ya un instrumentista provisto de una superior cultura musical. Más tarde, Julián Arcas le da sabios consejos y algunas rápidas lecciones por cuanto su actividad como concertista le obligaba a trasladarse continuamente de un lugar a otro. Luego, el conde Parsenet, profundamente entusiasmado por las relevantes condiciones artísticas del joven Tárrega, decidió costearle los estudios en un establecimiento adecuado y de esa manera, el Conservatorio de Madrid pudo contarle como alumno distinguido, obteniendo en el año 1875 el primer premio otorgado por la mencionada institución. Los catedráticos Miguel Galiana y Rafael Hernando le dictaron clases de armonía y composición, respectivamente.

En noviembre de 1878 al intervenir en un acto organizado por la sociedad "Latorre" de Barcelona las crónicas le señalaron como el "primer guitarrista del sistema planetario".

Los triunfos se suceden rápidamente y su "Dulcinea" como él llamaba a su guitarra, distribuía las más gratas y puras emociones. España toda se conmueve frente al acento sugestivo de su instrumento. De sus limitadas seis cuerdas brotaba un mundo de cristalinas sonoridades, dejando la apariencia de su pequeñez para transformarse, como lo dijera Héctor Berlioz, en una "pequeña orquesta".

El compositor y musicógrafo Felipe Pedrell ha fijado su opinión al respecto así: "Aquella media docena de simplísimas leves cuerdas resonando en la caja armónica que vibraba despidiendo sonoridades mágicas. ¡Cómo sonaban pulsadas por la acariciadora pulpa de sus dedos...! "También José Fola Igúrbide, aficionado a la guitarra, conocido literato y dramaturgo, se ha expresado de esta manera: "Los dedos del prodigioso artista, apenas hieren las cuerdas. Ya no toca con las uñas, sino con las yemas, para que el sonido se produzca más suavemente, desmaterializándose casi por completo".

Como fácilmente podemos constatar a través de las manifestaciones de caracterizados críticos. Tárrega obtenía con su pulsación un timbre suave, aterciopelado, producido por el contacto de las yemas de sus dedos con las cuer-

das de su guitarra. Emilio Pujol refiere sobre el particular: "La razón fundamental que decidió a Tárrega a su nueva pulsación, es que, considerando la uña muerta, no le ofrecía el contacto directo de su sensibilidad con la cuerda, que es algo así como la sensibilidad misma del instrumento. Sin uñas, la vibración de la cuerda viene a ser la prolongación de la sensibilidad del artista...". Notamos, pues, que la buscada expresión de Tárrega en su guitarra es de una trascendencia notable y de un rendimiento sugestivo, casi sobrenatural.

En lo que respecta al descubrimiento de nuevos efectos técnicos extraídos del cielo acústico de la guitarra, entré otros, citaremos, su innovación de los armónicos octavos que, al indicar la pulsación con el dedo anular en cambio del pulgar, permite que dichos armónicos se realicen con la inclusión y combinación simultánea de otras notas desprendidas en forma común.

España, la patria del maestro lo vió triunfar en una perfecta organización de afectos; sus escenarios le recibieron con vigorosa complacencia mientras él entregaba su arte divino. Recorría todos los caminos al constante compás de los éxitos clamorosos y los consecutivos aplausos. El cielo de su patria fue insuficiente y las puertas de otras fronteras se abrieron a fin de que ese cofre sonoro pudiera distribuir también en tierras extranjeras las propiedades de un auténtico acento de sonoras expresiones espirituales. Así lo hizo en el año 1880, trasladándose a París, pasando después a Londres para continuar sucesivamente su jira vibrante de triunfos por diversos lugares del viejo continente.

Los años transcurren y nuestro protagonista se constituye en la figura central de los principales sitios artísticos para su gloria personal y para legítimo honor de la guitarra como instrumento de amplia técnica.

Cierta vez se encuentra en la ciudad de Alicante en ocasión que Julián Arcas, ya viejo anunciaba en ese paraje la realización de un recital. Arcas se había alejado de su actividad guitarrística, pero su precaria situación económica le obligó a reanudar su labor. Tárrega se le presenta en el lugar donde se hospedaba para saludarlo, encuentro que se hacía por segunda oportunidad entre ambos al cabo de muchos años, pues Arcas le había impartido unas breves lecciones. El viejo dijo al "Mago de la Guitarra": "A ver si es verdad esa fama. A ver esos prodigios de que tanto se habla y que yo no he oído". Tárrega pulsa su "Dulcinea" y se puso a tocar. Cuando terminó, el pobre anciano vencido por la emoción y con lágrimas en los ojos, le abrazó, diciéndole que podía morir tranquilo, porque quedaba quien hacía con la guitarra lo que él nunca pudo soñar. Curiosidades de la vida frente al destino de los hombres. Allí se encontraba el anciano profundamente extasiado por la forma que tocaba Tárrega, como lo estuvo el entonces niño en el primer encuentro con Arcas. Antes fue el niño Tárrega el sorprendido de los hermosos secretos sonoros contenidos en la guitarra: ahora era el anciano Arcas. El concierto señalado esa noche en Alicante fue realizado con la participación exclusiva y personal de Tárrega a total beneficio de Julián Arcas.

El primer concierto encuadrado dentro de la manifiesta responsabilidad lo cumplió Tárrega en el Teatro de la "Alhambra" de Madrid cuando apenas con-

taba 17 años de edad, realizando el último, despidiéndose del público, de sus admiradores que le acompañaban en todas partes con el delirio de los aplausos en el año 1906 en el teatro "El Dorado" de la ciudad de Barcelona.

Como hemos podido apreciar en apretada síntesis, si el panorama de Tárrega como ejecutante fue extraordinariamente culminante, no menos se encuentra su holgada posición como creador. Precisamente en esta disposición, por sus inmortales creaciones, su nombre continúa en carrera ascendente en el ritmo incontenible de los años.

Domingo Prat ha expresado lo siguiente: "La música de Tárrega es en su mayoría de un gusto exquisito, factura correcta y melódica en general. Su música siempre canta y lo hace con fino sentimiento, sin acordes recargados". Efectivamente es así; sus trabajos revisten el profundo alcance técnico, provistos todos ellos de la equilibrada atracción espontánea y de la inspiración prodigiosa. Tanto sus páginas originales como asimismo las transcripciones son frutos sabrosos de una técnica definida y del corte artístico. Mencionaremos en primer término a "Capricho Árabe", trabajo compuesto el 28 de julio de 1889 y que en un principio tituló "Capricho Morisco". Esta notable realización ha obtenido el anotado privilegio de haber pasado al pentagrama de otras técnicas instrumentales, entre ellas, el piano. Continúan desfilando "Recuerdos de la Alhambra", "Sueño", confeccionadas dentro el característico mecanismo del trémolo, "Danza Mora", "Jota Aragonesa", "Pavana", "La Alborada", "Mariposa", varias mazurcas, minué, etc., y una valiosa colección de "preludios".

En lo concerniente a las transcripciones, diremos que los guitarristas anteriores a Tárrega no se habían ocupado casi en absoluto en esta especialidad, motivo por el cual los nombres Mozart, Beethoven, Bach, Chopín, etc., se encontraban ausentes de la técnica guitarrística. A Tárrega se le debe de manera especial que los grandes maestros de la música tuvieran relación con el hexacordo instrumento. Miguel Llobet, con respecto a las transcripciones, ha dicho: "En el género que alcanzó señaladísimo triunfos fue en las transcripciones. Bien pueden éstas calificarse de verdaderas creaciones, al extremo de que la mayoría de las composiciones de los grandes maestros producen exactamente el efecto de haber sido inspiradas directamente para la guitarra". También Isaac Albéniz cierta vez dijo a Tárrega al oírlo ejecutar varias de sus obras que "prefería la versión guitarrística que Tárrega les daba, a la partitura pianística en que él mismo las habría creado".

Tárrega, en consecuencia, ha dejado una nutrida y valiosa herencia compuesta por bellos trabajos conocidos en todo el universo musical. Su escuela es peramanentemente admirada y practicada por la inmensa legión de alumnos que han recibido su enseñanza personal como asimismo por el otro amable sector integrado por discípulos espirituales.

El ilustre maestro falleció a los 57 años, el 15 de diciembre de 1909 en Barcelona, ciudad en la cual pasó la mayor parte de su vida. El 30 de noviembre, quince días antes de su muerte, escribe el preludio "Oremus", título sugestivo

y posiblemente concebido por la influencia mística de su alma que le presentía la transparencia de lo que inevitablemente acontece: la muerte. Consultada su alma sensible por el influjo de una señal interior pedía entonces una oración sonora y su preludio "Oremus" fue, indudablemente el portador de ese recogimiento espiritual.

El Diario. Buenos Aires, 1954

Federico Ulsamer

RECUERDOS DEL GENIAL GUITARRISTA

Al aproximarse la fecha del 15 de diciembre, en que se conmemora el XLV aniversario del fallecimiento de Francisco Tárrega, el Ayuntamiento encarga la lápida que va a colocarse en la casa en que vivió y murió el genial compositor y guitarrista. Cumple, así, la Corporación municipal un acuerdo tomado el año pasado, a raíz del centenario del nacimiento del músico castellonense que durante más de veinte años fue vecino de Barcelona.

La casa número 243 de la calle de Valencia entre Enrique Granados y Balmes, guarda el recuerdo de una vida llena de bondad, consagrada por entero a la música, a la amistad y a la familia. Allí pasó el maestro grandes alegrías y profundas penas, como la muerte de su hijita Conchita. ¡Con qué emoción leemos un autógrafo del maestro en la última hoja del calendario del año 1891! Tárrega tenía la costumbre de resumir el año transcurrido en la última hoja del calendario, nos cuenta su hijo Francisco al enseñarnos la hoja citada, en la que leemos:

"Terminó este año infausto con la pérdida de mi siempre llorada hijita el 22 de diciembre. Quiera Dios que el 92 que empezamos sea más dichoso y se apiade el Todopoderoso en darnos días más felices en los venideros.

Las doce de la noche del 91. Tárrega".

LOS AMIGOS DE TARREGA.

El maestro de la guitarra se había avecindado en Barcelona atraído por su ambiente artístico-cultural que a fines del siglo pasado conoció un esplendor maravilloso. Entre sus amigos figuraban ante todo Apeles Mestres, Nicolás Oller, Albéniz, Granados, Pedrell, Goberna, Millet, Manen, Malats, Soler y Rovirosa y tantos otros, que formulaban la peña de Apeles Mestres, Tárrega solía acudir cada quince días a la tertulia de éste, atraído no sólo por su relevante personalidad, sino también, por la madre de Apeles, una anciana de 86 años en aquel entonces. Esta señora llevaba una vida muy retirada, a las cinco de la tarde ya solía acostarse para no reaparecer hasta muy entrada la mañana del día siguiente. Pero las tardes en que Tárrega comparecía con su guitarra, la anciana se quedaba levantada y escuchaba embelesada al maestro hasta que

éste se retiraba lo que solía ser al alborar del día.

TERTULIAS MUSICALES EN LA CALLE DE VALENCIA

También menudeaban las tertulias en la casa de la calle de Valencia. Acudían a las mismas, además de los citados García, el mejor guitarrero después de Torres, los catedráticos Lauro Clariana y Santiago Mundi, el fabricante de pianos Baldomero Cateura, Miguel Borrull, el mejor guitarrista flamenco del mundo, Emilio Pujol, el decano de los aficionados a la guitarra, doctor Giménez, León Farré, el suegro de los pintores Cárdena y Opisso, y sus discípulos, entre ellos su propio hijo Francisco.

Tárrega ofrecía a sus amigos maravillosos conciertos que solía empezar preludiando improvisaciones antes de pasar a la interpretación de obras escritas. A veces estaba tan inspirado el maestro que, a ruegos de sus oyentes, se pasaba toda la velada improvisando hasta que la salida del sol rompía el encanto.

En los primeros años de vivir en la calle de Valencia, Tárrega fundó un quinteto formado por dos violines, una viola, un celo y la guitarra que substituía el arpa o al piano. Una temporada tocaba el celo en este quinteto, el famoso Pablo Casals.

FECUNDIDAD CREADORA

Mas no todo eran tertulias y regalo de su arte a amigos y aficionados. Tárrega también trabajó de firme en su agradable piso que se convirtió en hogar de las musas. Compuso allí la mayor parte de sus preludios, una "Cavota", la famosa "Canción de Cuna" y la mayor parte de sus célebres transcripciones: la "Fuga" y la "Gavota", de Bach, las piezas de Albéniz: "Sevilla", "Granada", "Pavana", "Serenata"...

Terminaremos estas evocaciones con una anécdota característica de esta alma genial y bondadosa:

Se encontraba una vez Tárrega y Albéniz dando juntos un concierto a favor de los pobres en la Sala Parés. Habían recaudado una inmensidad de dinero y ambos músicos sentían ganas de cenar. Albéniz preguntó a Tárrega si tenía dinero, más éste tampoco llevaba. Tenía los bolsillos llenos con lo recaudado para los pobres, pero aquella noche se quedaron sin cenar...

Solidaridad Nacional. Barcelona, 7 de diciembre de 1954

Bernardo Bono y Barber

EL GENIAL FRANCISCO TARREGA

Hace justamente hoy cincuenta y tres años que fallecía en Barcelona Francisco Tárrega Eixea, que fue el genial iniciador y precursor del brillantísimo renacimiento y gran prestigio que actualmente goza la guitarra. Ese instrumento

musical que él supo elevar a la categoría noble, sacándolo de la plebeyez en que gentes sin arte y sin gusto estético lo habían hundido.

Con esa su sensibilidad y arte interpretativo, supo el valenciano Tárrega crear escuela, una gran escuela, y así, hoy, gracias a él, pueden los públicos musicales del mundo recrearse escuchando a guitarristas de tan depurado arte cual lo son Andrés Segovia, García Yepes, Regino Sainz de la Maza y otros. Cabe no olvidar a aquéllos que fueron sus principales y más queridos discípulos directos: Emilio Pujol y Josefina Robledo.

También sin Tárrega no hubiese sido posible, seguramente, la existencia de ese maravilloso «Concierto de Aranjuez», obra de otro gran músico valenciano — nacido en Sagunto —, Joaquín Rodrigo; ni tampoco hubiésemos podido deleitarnos escuchando el fino «Concierto» de Manuel Palau, valenciano de Moncada.

Todavía vibran en nuestros oídos los actos de homenaje que tuvieron lugar hace tres años con ocasión de cumplirse el primer medio siglo de la muerte del maestro Tárrega — ocurrida el 15 de diciembre de 1909 — que tuvieron lugar en Villarreal, lugar de nacimiento — 21 de noviembre de 1852 —, así como también en Castellón, Valencia, Barcelona y Madrid, por sólo citar las poblaciones más importantes.

Fue tan brillante y depurado el arte de Tárrega Eixea que, lejos de olvidarse su nombre con el paso del tiempo, como con tantos ocurre al cabo de más de cincuenta años de su óbito, se le recuerda más y mejor que antes, y se le reconocen sus indiscutibles méritos. Así actualmente no es posible hablar de la guitarra como instrumento de arte puro, sin asociar a ella, inmediatamente el nombre glorioso de Tárrega, que la regeneró. Es por ello que este ilustre valenciano ocupa un lugar primerísimo y eminentísimo en la historia del arte guitarrístico por razones de condición histórica.

Tárrega, además de un extraordinario concertista que amaba entrañablemente la guitarra — «talle y caderas como una mujer», que dijo el poeta —, fue también un gran compositor. Sus obras en este orden fueron más de 25, y, además escribió igualmente, nueve preludios. ¿Quién no ha escuchado con deleite, con indecible placer, su «Danza mora», «La Lágrima» o su maravilloso «Capricho árabe»?

Así, Tárrega supo de manera maestra a fuerza de sacrificios y calamidades sin fin, contra viento y marea, salvar la guitarra del agitado descenso errabundo y populachero en que se hallaba para pasearla triunfalmente por las prósperas salas de concierto de la más depurada elegancia de París y Londres. Ocurría esto, precisamente, en una época en que brillaban con luz cegadora en el cénit del cielo de la fama cuatro figuras sublimes en el arte musical; la voz de Gayarre, el violín de Sarasate, el piano de Granados y el arpa de Esmeralda Cervantes.

Y no obstante esos cuatro colosos de la música, esos cuatro genios en sus respectivas especialidades, he aquí lo que un prestigioso crítico musical de París escribía del concierto interpretado allí por Tárrega en el homenaje que, organi-

zado por Victor Hugo, se celebró en honor de Calderón de la Barca: «Cuando se ha oído la fina guitarra romántica de Francisco Tárrega, se olvida uno del violín de Pablo Sarasate y del arpa de Esmeralda Cervantes». Alguien llegó a decir que Tárrega, «con sus composiciones, era un valor similar a Federico Chopin en el piano»...

Y éste es nuestro sencillo y sincero homenaje de recuerdo al gran artista valenciano, hijo de la prestigiosa ciudad de Villarreal, que hace hoy justamente cincuenta y tres años moría físicamente en Barcelona para entrar en la eternidad de los hombres ilustres.

Levante. Valencia, 15-XII-1962

José Rico de Estasen **LA HIJA DE TARREGA**

El día 6 de los corrientes, en ese jardín florecido y romántico que es el cementerio de Castellón, ante un público contristado y reverencioso en el que destacaban las autoridades locales, el alcalde de Villarreal y el director del Conservatorio de Valencia, en un nicho cercano al mausoleo donde descansa su ilustre progenitor, recibió sepultura el cadáver de doña María Tárrega, hija del famoso guitarrista Francisco Tárrega.

Anciana de setenta y siete años, se encontraba pasando una temporada de descanso en Barcelona cuando le sobrevino la enfermedad que la ha llevado al sepulcro. Conocedores los facultativos que la asistían de su amor a la ciudad de la Plana, aconsejaron que la trasladaran allí; lo que pudo llevarse a cabo utilizando una ambulancia, quedando instalada en el "maset" que su hermano don Francisco poseía en un bello paraje de la campiña castellanense; siendo allí donde, agudizada la cruel dolencia que paralizaba el corazón de la enferma, el órgano fundamental de la circulación de la sangre dejó de latir.

Fue en las primeras horas de la mañana del 5 de junio. Al siguiente día, a la hora señalada para el sepelio, acomodado en un ataúd e caoba, trasladaron el cadáver a Castellón. Gentes llegadas de diversos lugares de la provincia, principalmente de Villarreal, ciudad nativa del guitarrista famoso, lo acompañaron hasta el cementerio, en un cortejo suntuoso, en el que, al sentimiento ocasionado por la muerte de la hija, se unía el amor, el entusiasmo, la devoción que los castellanenses profesan a su inolvidable progenitor.

TESTIMONIO ELOCUENTE

Durante el tiempo que residí en Castellón mantuve una firme y leal amistad con la extinta, María Rosalía Tárrega Rizo, nacida en Barcelona el 13 de septiembre de 1885 y bautizada en aquella Catedral; dama de acusado relieve artístico, social e intelectual, por razón de sus estudios, cargos y aficiones, y,

principalmente, por ser hija, la única que sobrevivió de las tres que hubieron del matrimonio que formaron don Francisco Tárrega de Eixea y la gentil doncella noveldense doña Josefa Rizo Ribelles.

La ciudad de la Plana, aunque le sabía nacido en la inmediata población de Villarreal, consideraba al mencionado guitarrista y compositor como su más destacada y representativa gloria local. Admiradores y anónimos colocaron una noche, junto al templete del parque Ribalta donde la Banda Municipal celebra sus conciertos, un precioso busto del guitarrista, cincelado por el escultor Adsuara. El Ayuntamiento se sentía orgulloso con la posesión de sus restos mortales, que, siete años después de su fallecimiento, hizo trasladar a Castellón desde Barcelona — donde el artista traspasó los linderos de la eternidad el frío amanecer del 9 de diciembre de 1909 — deparándole descanso en un nicho del cementerio, cubierto por artística lápida, desde el que, el 28 de enero del año pasado, fueron transferidos al bello mausoleo construido por el Municipio; con la circunstancia de que, al efectuar el traslado, se advirtió que el cadáver perduraba incorrupto.

Testimonio vivo, elocuente, de aquel aliento popular, de aquella temperatura entrañable que mantenía despierta, en Castellón, la vivencia profundamente humana del autor de "Capricho árabe", era María Tárrega, profesora de música, virtuosa de la guitarra y del piano, dotada de un talento natural, de una conversación amena y una memoria feliz; que se mostraba siempre discreta y animosa, encantada de facilitar información a cuantos llegaban hasta ella para inquirir noticias relacionadas con el arte, con la vida y con la muerte de su muy amado progenitor.

VOCACION

Para quien esto escribe constituía un auténtico placer personarse en el domicilio de la ilustre dama para gozar del encanto de su conversación culta y atrayente; pudiendo, al mismo tiempo, contemplar diversidad de objetos que pertenecieron al maestro.

Allí estaba, entre muebles isabelinos, estampas de época, lienzos valiosos, cornucopias, espejos y estampas, el magnífico piano del guitarrista insigne.

Sabido es que Francisco Tárrega, cuando, sintiendo su corazón la llamada del genio, abandonó su ciudad natal, tras breve permanencia en Castellón, se trasladó a Valencia, donde subvino a sus necesidades con el producto colectado con sus lecciones de música.

No obstante dominar a la perfección el noble instrumento, una vez establecido en Madrid, su innata vocación le llevó a ingresar en el Conservatorio, en la clase de piano, así como en las de armonía, que regentaban los profesores Galiana y Hernando.

Fluctuando entre el estudio del piano y el de la guitarra, dio un recital de ésta, que por el gran éxito obtenido le decidió a abandonar por completo el estudio del piano. Ciertamente que no estuvo equivocado al decidir su definitiva vocación. Que, de allí a poco, habría de alcanzar un señaladísimo triunfo

en un segundo concierto que tuvo lugar en el teatro de la Alhambra, de Madrid, en el que tomaron parte tres renombrados artistas; Isaac Albéniz, Ruperto Chapí y Federico Chueca.

No obstante lo difícil de la competición, Francisco Tárrega resultó el héroe de la jornada. A partir de entonces fue considerado el más genial intérprete de la guitarra, digno continuador de la gloria de los famosos guitarristas Aguado y Sors.

Alabado unánimemente por los críticos, en 1881 se trasladó a París, donde fue causa de la admiración del público; y, desde París, a Londres, en cuya capital dió también numerosos recitales. Regresó a España con la consideración de un auténtico artista universal. Espíritu incansable, apenas llegado recorrió en triunfo los más apartados rincones de la Península, Bilbao, Barcelona, Alicante, Albacete, Valencia, Madrid, Gandía, Orihuela, Elche... tantas y tantas otras ciudades españolas supieron de la dulce e inspirada sonoridad de la guitarra del maestro castellonense y villarrealense, que, una vez oída, ya no se podía jamás olvidar.

RECUERDOS ENTRAÑABLES

Sobre la caja del piano de cola reposaba el preciado instrumento. La primera vez que estuve a visitarla, la hija de Tárrega que acaba de morir, después de desnudarla de su funda de lienzo suave la puso en mis manos para que pudiera examinarla; lo que llevé a cabo preso de la más viva emoción, pensando que la guitarra era un instrumento plebeyo, sin relieve artístico, hasta que el maestro, compositor, creador y ejecutor de su propia escuela, profesor y director de las nuevas generaciones de guitarristas, la ennoblecía con su arte personal y originalísimo.

Sobre diversas estanterías, consolas y muebles se esparcían objetos musicales, libros, métodos, partituras... Allí estaban la mayor parte de las obras que compusiera el maestro, destacando entre todas ellas la "Danza mora" y el universalmente conocido "Capricho árabe".

Como notas de arte pictórico que admirar, en el domicilio de María Tárrega destacaban lienzos de Garnelo, José Pinazo, Corell, Agrasot, Rico, Novella, Castell, Mongrell... Dibujos de Gustavo Doré, Apeles Mestres, Enrique Ochoa...

Entre pergaminos, diplomas, coronas de laurel y retratos familiares, las imágenes de los grandes genios de la música: Beethoven, Mozart, Chopin, Ricardo Wagner...; las de los famosos artistas Julián Gayarre, Pablo Sarasate, Pablo Casals, Manuel de Falla... Y animando el conjunto evocador de tanta gloria marchita, reproducida en lienzos, cartones, acuarelas, dibujos, caricaturas y fotografías, la efigie del maestro, con su suave cabellera abundante, con sus ojos apagados y tristes, su bigote lacio y su perilla novecentista; con su conjunto sencillo, casi místico, que respiraba modestia, dulzura y bondad.

FINAL

Considerado Tárrega como una auténtica gloria nacional, como el artista ex-

quisito y originalísimo que elevó ese instrumento auténticamente español, que es la guitarra, al grado de prestigio y dignidad con la que la mantuvieron y mantienen sus discípulos y seguidores, su recuerdo se mantenía en el domicilio de su hija, vivo, latente; cual si, no obstante el más del medio siglo transcurrido desde su fallecimiento, por obra de milagro pudiera, en cualquier instante, desprenderse de cualquiera de los lienzos que adornaban la estancia, para hacernos soñar interpretando a la guitarra una de sus maravillosas composiciones.

La hija del artista no existe ya. Pero yo la habré de evocar siempre como la contemplé numerosas veces: alentando en su sencillo hogar castellonense junto a los objetos que quedan reseñados; reliquias de su entrañable devoción que formaban, en derredor suyo, una sutil y emocionante cadena de recuerdos.

A.B.C. Madrid, junio 1962

Arturo Llopis

LA GUITARRA ENTRE NOSOTROS

Desde el Japón a los nuevos Estados africanos, la guitarra está de moda en el mundo entero. En Barcelona existe una vieja tradición guitarrística. Entre nosotros han nacido o vivido los grandes maestros del instrumento, algunos de sus compositores más famosos. Y nuestra ciudad es un centro productor de guitarras.

EL BEETHOVEN DE LA GUITARRA

Aquí en Barcelona nació Fernando Sor. El musicólogo belga Fétis dijo que Sor era «el Beethoven de la guitarra». En cierta ocasión Felipe Pedrell — maestro de Falla — hizo repetir ocho veces a un concertista, el «Estudio en si menor», vigente todavía, y cada vez más, en los programas de los conciertos.

Fernando Sor — su apellido, en realidad, es Sors — fue bautizado en nuestra catedral el 1778 Chicuelo aún, ingresó en la Escolanía de Montserrat, dirigida por aquel entonces por el P. Anselmo Viola Sor habla en sus «Memorias» de este solemne instante de su vida. El padre Abad del Monasterio, a la sazón don José Arredondo, dijo al maestro: — Os presento a un nuevo alumno, que vuestra bondad hacia todos hace inútil os recomiende; tiene un buen corazón y la cabeza de un diablillo », « ¡Bien! — contestó el padre Viola —, nosotros nos dirigiremos al corazón ».

El barcelonés Sor conoció una vida musical gloriosa. Murió en París, en 1839, hemos de suponer sin un céntimo. El coleccionista, escritor e investigador feliz de nuestro próximo pasado, don Manuel Rocamora, escribió un libro sobre el compositor y guitarrista, libro que dedicó al maestro André Verdier, director de los «Amigos de la guitarra», de París, «...por los persistentes esfuerzos que

ha venido realizando a fin de que la memoria del ilustre músico barcelonés permanezca en la actualidad del mundo filarmónico ».

M. Verdier descubrió la tumba de Sor en el cementerio de Montmartre. Fue un trabajo impropio que realizó y culminó en 1934, con colaboración del guitarrista danés Oestergaard. Una vez identificado el sepulcro de nuestro compatriota, se sucedieron los homenajes ante él y se colocó una lápida conmemorativa.

El primer tratado de guitarra conocido — el dato nos lo facilitó personalmente el señor Rocamora —, se imprimió en Barcelona en 1586. Su autor era un hombre singular y culto: Juan Carlos Amat, doctor en medicina, músico y gran conocedor del instrumento.

La figura más gloriosa de la guitarra moderna, Francisco Tárrega, hijo de Villarreal, vivió largos años en Barcelona y aquí murió idolatrado — esta es palabra exacta —, por sus alumnos, pocos, y por sus amigos, muchos.

MEMORIA DE UN GRAN HOMBRE

El compositor y guitarrista Tárrega, que había nacido en 1852, murió en 1909. Su recuerdo personal se mantiene vivo, en primer lugar gracias a su hijo, don Francisco Tárrega Rizo, y al ilustre concertista y profesor, Emilio Pujol, discípulo preferido del maestro. Pujol ha escrito hace poco una obra viva y apasionada sobre el genio de Villarreal.

Don Francisco Tárrega Rizo ha hecho, lógicamente, un culto de la memoria de su padre. Al dedicarle su libro, Pujol escribió con su letra clara, regular y armoniosa: «Para ti, que fuiste cumbre de ilusiones, anhelos y esperanzas en el corazón de tu glorioso padre y que hoy valorizas justamente los quilates de sus virtudes.».

El hijo del gran Tárrega toca la guitarra, pero «para él», confiesa, . Hasta hace poco profesó la cátedra de matemáticas en la Escuela de Peritos Agrícolas. En cambio su padre entendía poco de números, al menos de matemáticas domésticas. Jamás supo con exactitud el valor del dinero. La partitura «Recuerdos de la Alhambra», el trémolo famoso que un día u otro han interpretado todos los guitarristas del mundo, lo vendió por cien pesetas. De derechos de autor, la obra ha proporcionado ya unos ochenta mil duros.

En el recibidor del piso del señor Tárrega nos saludan los recuerdos del gran músico castellanense; un cuadro en yeso — con su figura — modernista, rimbombante y alegórico; un plato de Manises, también con su retrato, y otras cosas más. En una salita contigua al comedor, otros recuerdos del maestro: pinturas y caricaturas del compositor, firmadas por Ignacio Pinazo, Folchi o Mongrell y el escultor Cuadrado y fotografías debidas a la cámara de Novella, su más constante y perfecto retratista.

Francisco Tárrega viajaba mucho. Dió recitales en las poblaciones más importantes de Europa. Los ingleses, especialmente, le aclamaban con delirio. Acaso era en Londres donde tenía un mayor número de devotos y entusiastas. En París interpretó para todos, y en particular, para Isabel II, para los Roth-

schild y para Gambetta, del que era amigo, como se granjeó la amistad de Coquelin y de Victor Hugo, el cual, tan parco en elogiar a los demás, él, que siempre quería ser elogiado, le escribió una carta felicitándole por su arte.

— Pero mi padre añoraba España — nos dice Tárrega Rizo—. No era hombre de giras artísticas ni de barullo. Era intimista y recogido en todo. Amaba la casa, los suyos. A poco de casado se instaló en Barcelona, donde contaba con amigos. Con él vivía su hermano Vicente, violinista. Al morir mi padre, mi tío ocupaba la plaza de primer violín de la Orquesta del Teatro del Liceo.

El hijo evoca pasajes conmovedores de la vida de su padre, a quien sus amigos llamaban «San Francisco Tárrega», y se le pintaba con unas alas en la espalda y un nimbo en torno a su cabeza, e incluso alguien le llamó «el San Francisco de Asís de la guitarra», tan puro era su arte y tan noble, mística y honrada su persona.

Barcelonés de adopción, Tárrega vivió en diversas calles de la ciudad. Tuvo piso en las de Gignás, San Luis, Rosellón, y en 1888, pasó a residir a la calle de Valencia, 234, primero derecha, en cuyo piso murió. Nuestro Ayuntamiento hizo colocar allí una lápida conmemorativa.

Pregunto al hijo qué es lo que amaba más su padre.

La música. Cierta vez, alguien se interesó por sus actividades. «¿Toca todos los días?» «Cuando no toco — replicó mi padre — es que estoy enfermo».

El gran concertista se pasaba horas, muchísimas horas con la guitarra entre sus manos. Cuando estaba solo en su estudio colgaba de sus labios un cigarrillo. Era el único placer que se permitía. Componía o transcribía partituras de otros instrumentos para la guitarra, especialmente de autores románticos, Beethoven, Schumann, Schubert, Mendelssohn y Chopin. Aquél que quisiera, podía ser su discípulo. Sus puertas estaban abiertas para todo el mundo. Llobet, Pujol, y Fortea, entre otros fueron los alumnos que más le honraron. Pero tenía uno de extraordinario: León Farré. Era el dueño de una vaquería, después lo fue de una taberna, situados ambos establecimientos en unos lugares, entonces bastante desiertos, de la Derecha del Ensanche.

Ciertamente, León Farré, a quien hemos llegado a conocer, era un hombre excepcional y no puede desunirse de la historia contemporánea de la guitarra entre nosotros. Se casó con la dueña del establecimiento en el que trabajaba. Había nacido en Isona, una villa de la Cuenca de Tremp. Una vez en Barcelona — era pastor en su pueblo —, su amor instintivo a la guitarra le llevó a aprender música y también a leer y escribir. Tárrega se convirtió en su maestro. El alumno no tardó en quererlo de manera fanática.

La vaquería de Farré se convirtió, como después su bodega, en uno de los cenáculos más importantes del país. Por aquellos establecimientos desfilaron Granados, Albéniz, Malats, Vidiella, Pujol, Llobet, Segovia, Sáinz de la Maza, y muchos otros, es decir, dos o tres generaciones de músicos. Cuando asomaba por la tienda Tárrega, León Farré se volvía loco de contento — la anécdota la explica Pujol —, cerraba la puerta y gritaba: ¡Basta! ¡Ya no se vende más!

Tárrega Rizo recuerda conmovido esa fidelidad y esa admiración que aquel

discípulo — músico extraordinario, por cierto — profesaba a su padre.

— León era un hombre alto y tímido. Se tocaba con ancho sombrero y se cubría con la blusa característica entre nuestros vaqueros. Visitaba a mi padre cuando suponía que éste estaba solo. Entonces se situaba a su lado y le oía incansable. Mi padre, agradecido de aquella sumisión y fervor, tocaba, tocaba y León Farré, que era un hombrón, sólido y macizo, pero de una sensibilidad como no he visto otra igual, se echaba a llorar al oír a mi padre y muchas veces llegaba incluso a desmayarse.

Se marchaba completamente trastornado y fuera de sí, enloquecido por la música que fluía, clara y perfecta, de la guitarra de mi padre. Entonces, en un arrebato de agradecimiento, Farré vaciaba sus bolsillos de todo cuanto contenían y se lo entregaba a mi padre o lo depositaba sobre una mesa; en primer lugar, la cartera con todo cuanto dinero había en ella, después la moneda, los pañuelos, las llaves del piso y del establecimiento...

Yo sabía — apostilla Tárrega Rizo — que al cabo de una hora iría a la lechería de Farré a devolverle aquel amasijo de cosas que había ofrecido a mi padre. Sin embargo, alguna vez se aceptó su generosa ayuda.

DIGNIFICADOR DEL INSTRUMENTO

Cierta noche, mientras tocaba la guitarra, el gran intérprete y compositor sufrió un ataque de hemiplejía. Ya no pudo estrechar entre sus brazos el cuerpo casi femenino de la guitarra. Fue enterrado en Barcelona, hasta que seis años después fue exhumado su cadáver y trasladados sus restos mortales a Castellón de la Plana.

A los pocos días de su muerte, se presentaron en el domicilio de la calle de Valencia todos los pobres y vagabundos del barrio, ahora uno, después otro. Emilio Pujol, que cuenta la anécdota, dice que don Vicente — el hermano — intrigado, les dirigió algunas preguntas con ánimo de explicarse mejor aquella manifestación espontánea de duelo, y los mendigos le confesaron «que movidos de gratitud, afecto y admiración hacia el maestro, habían llegado a establecer un servicio permanente de vigilancia en torno a su persona en los períodos en que, convalciente de sus ataques y por prescripción facultativa, se veía obligado a dar cada día largos paseos a pie por las calles y barrios de la ciudad. Uno de ellos le seguía a discreta distancia, pronto a correr en su auxilio en caso necesario y éste era sustituido por otro, de acuerdo con sus convenios.»

TARREGA DIGNIFICÓ LA GUITARRA, LA ENNOBLECIÓ, LE DEVOLVIÓ EL RANGO DE INSTRUMENTO DE CONCIERTO.

Hoy ya nadie la mira como un instrumento que tuvo por marco tabernas y burdeles y animaba los jolgorios y las meriendas más o menos fraternales. Existen colegios confiados a monjas en que se enseña la guitarra. En nuestra ciudad alienta una «peña guitarrística Tárrega». Preguntamos a su secretario Juan Ruano cuántos afiliados cuenta.

— Dos mil en Barcelona, y mil en el resto de España. Divulgamos las belle-

zas del instrumento y semanalmente celebramos una reunión musical en la que jamás ha dejado de asistir la decana de las discípulas de Tárrega: doña Amparo Molina, que en la actualidad cuenta 80 años. Fundador de esa «Peña» es Graciano Tarragó, maestro del Conservatorio del Liceo, y padre de Renata, la excelente concertista.

LOS ARTESANOS

Si abundan los aficionados, lógicamente deben haber muchos profesores. De aquí y de allá se me facilitan nombres: Tarragó, César A. Roche, Juan Parras del Moral, Rosa Rodés, Ruano, Emilio Pujol, Carmen Lloret, etcétera. Tenemos unos pocos constructores artesanos de la guitarra en Barcelona; Miguel Sabaté, José María Hernández —y a la vez abogado— Balué, Mateu y Fleta, creo, entre otros.

Fleta es un artista de la guitarra. En la puerta de su domicilio y debajo de su nombre, reza su condición de «violero». Empezó construyendo violoncelos y violines, hoy se dedica casi exclusivamente a las guitarras. Andrés Segovia, que durante muchos años había tocado una guitarra alemana, ahora tiene una española de Fleta.

—Trabajamos igual que hace quinientos años. Sólo me ayudan mis hijos. No nos importa ni el dinero ni el tiempo. Aquí no cuenta el reloj, ni encontrará ninguno. Hace poco recibimos una propuesta de una casa norteamericana para que le sirviésemos 400 guitarras anuales. Mis hijos y yo nos echamos a reír. Durante un año apenas construimos treinta. El taller de Fleta nos recuerda esos obradores entrevistados de la ciudad y la región de Parma, de Cremona. Patrones de violines y guitarras colgando del techo, fragmentos de piezas, todo muy ordenado, pero sumergido en una atmósfera misteriosa, cabalística, tan cara al tenebroso y punzante Hoffman, el autor de los cuentos fantásticos, donde los violines cobran vida diabólica.

Estruch es otro de los grandes en guitarras. Las produce más en serie, no obstante también trabaja paciente y amoroso la guitarra de concierto. Preguntamos cuántas clases de guitarras existen en el mercado. «Cuatro —nos contesta—: la de estudio (la más económica); la «flamenca», para el cante hon-do, acompañamiento, etcétera; la eléctrica, que no ofrece ninguna dificultad, y en cuya construcción no interviene para nada el arte del guitarrero y, finalmente, la de concierto.

Parece que los precios comerciales de una guitarra van de 500 a 10.000 pesetas. Claro que este precio varía cuando es un maestro quien las construye y los medios que utilizan no son mecánicos, sino los que utilizaron los grandes maestros constructores.

La mayoría de nuestras guitarras se exportan. Se venden a Australia, Suiza, Alemania, Japón, e incluso a las recientes Repúblicas africanas de Ghana y de Nigeria.

COMPETENCIA NIPONA

La guitarra —nos dice Juan Estruch— goza de una gran popularidad en el extranjero, debido principalmente a los concertistas y maestros españoles que residen fuera de nuestra patria, como azpiazu, profesor de guitarra del Conservatorio de Ginebra, o, entre otros, Nicolás Alfonso, que lo es del de Bruselas.

Preguntamos si ha surgido la competencia. Nos aseguran que sí: —Japón es el país que fabrica más guitarras. Las vende a todo el mundo. Allí hay mucha afición por ese instrumento. Fabrican los alemanes y los suecos, pero en Suecia venden las guitarras con el marchamo de «Modelo Sevilla», «Modelo Valencia» y «Modelo Barcelona», pero todas, ya le digo, están hechas allí.

Finalmente pregunto por las maderas de una buena guitarra.

—La tapa armónica es de abeto, picea, que es la conífera más importante de la Europa central. Esta madera se compra ya cortada y a punto de trabajar, en Alemania, pero Alemania la adquiere a su vez a Rumania, a Rusia o a Checoslovaquia. Los aros y fondos, son de jacaranda, madera que procede de Río de Janeiro. para las «guitarras flamencas» los aros y los fondos son de ciprés. Para las cuerdas de guitarra de concierto nos valemos del nylon. La lámina que recubre por su parte exterior el mástil de la guitarra es de madera de ébano y para los trastes, se utiliza la alpaca o el latón para las guitarras económicas.

Me intereso por saber en lo que sobresalimos como constructores de guitarras: «En la mano de obra. Sigo con mis preguntas y mis paseos. Todo esto es mecánico, un cuerpo frío. Sólo el concertista produce el milagro, como aquel Tárrega, que oyéndole pulsar la guitarra sus discípulos, lloraban y los corazones latían más apresuradamente.

La Vanguardia Española. Barcelona, 19 de mayo de 1963

Ricardo García de Vargas

FRANCISCO DE ASIS TÁRREGA Y EIXEA

No hace mucho releíamos un interesante artículo que un culto escritor castellonense, Gonzalo Puerto, publicaba en la prensa valenciana alusivo al gran guitarrista don Francisco Tárrega, y con este motivo meditábamos en el olvido en que se le tiene no sólo entre los musicólogos, que no «centran» ahora adecuadamente su personalidad, sino también entre los ejecutantes, que raramente lo incluyen en sus programas; como si el arte de Tárrega pudiera ser objeto de valoraciones momentáneas, de cambiantes modas o de criterios poco meditados.

La figura de Francisco Tárrega ocupa por méritos propios lugar señero en la música de todos los tiempos, porque si recogió la guitarra en momentos en que olvidados sus pasados tiempos de esplendor —desde los antañones vihuelistas hasta los elegantes punteados cortesanos— y los Aguado, los Ar-

cas, los Sor habían ya intentado un poco heroicamente devolverle su prestancia, Tárrega abarcaba el panorama musical con profundos estudios de armonía, de composición y de investigación, codeándose con los grandes músicos contemporáneos suyos y se fijaba en el instrumento como expresividad de los más exquisitos matices para dedicarle, como un enamorado, toda su vida, y sin exigirle a cambio, ni dinero, ni honra, ni fama, en una entrega de arte puro.

Es muy interesante la biografía de Tárrega, precisamente porque su vida y su obra caminan paralelas en una simbiosis de sinceridad artística y humana. Si estos trabajos de divulgación valenciana no tuvieran un límite previamente determinado, podría hablarse de Tárrega y de su arte como una lección de altura en que la humildad y sencillez del verdadero artista se alían con una profunda labor de apostolado musical no interrumpida ni aún por las vicisitudes que a lo largo de toda su existencia pudieron cercarle.

NOTAS DE SU VIDA.

Francisco Tárrega nació en Villarreal (Castellón), el 21 de noviembre de 1852, en el seno de una familia muy modesta. Ya de pequeño un lamentable accidente determinó en su salud una conmoción que, afectando principalmente a los ojos, había de debilitarlos para siempre.

A los seis años la familia se había trasladado a Castellón, y allí el pequeño Francisco, alternando la plena libertad callejera con los trabajos con que había de ayudar al sustento de la casa, percibió la emoción de los bellos sonidos y se manifestó su vocación musical. Fue Munuel González, el «Cego de la Marina», quien enseñó a Tárrega el secreto de servirse de una guitarra para arrancarle bellos sonidos, y también el maestro Eugenio Ruiz, quien, a ruegos del padre del futuro artista, le instruyó en el solfeo y en el piano.

Tárrega escuchó un concierto que diera en Castellón el ya famoso Julián Arcas, almeriense radicado en Barcelona, y quedó subyugado por la sonoridad y los matices que Arcas consiguiera con su guitarra: Arcas había de ser maestro de Tárrega, si bien por no mucho tiempo, ya que la penuria familiar hubo de determinar el regreso de Barcelona al joven artista.

Cuando Tárrega llegó al Conservatorio de Madrid ya tenía una formación musical considerable. Comenta Emilio Pujol, en su libro «Tárrega», que constituyó un verdadero acontecimiento: «Leía en momentos de intimidad entre camaradas, y sin hacer por ello el menor alarde, las lecciones de solfeo en las que diferentes claves aparecen como obstáculo transpositor entre el principio y el fin, con la particularidad de empezar la lectura en sentido inverso, sin incurrir en errores de entonación ni de medida.» Don Emilio Arroeta, director del Conservatorio, le hace dar un recital ante los profesores del Centro, y el recuerdo de esta sesión habría de ser motivo para que, organizada una función benéfica, el Real Conservatorio destacara, para que en ella tomara parte, a Tárrega entre los más distinguidos músicos. Es por entonces cuando nuestro artista, ya con una formación musical completa, elige el camino que había de ser su ruta definitiva: la guitarra.

A partir de aquí la vida de Tárrega adquiere una intensidad agotadora. Después de su matrimonio con María Josefa Rizo vienen los constantes desplazamientos, audiciones íntimas, conciertos, viajes al extranjero, y desde Barcelona, en donde fijó su residencia, las salidas a tantas poblaciones como reclaman su presencia, hasta que su salud se resiente y ha de tomar ritmo diferente de vida.

En Valencia estuvo Tárrega en diversas ocasiones. Desde su primera salida al mundo, con aires de rebeldía, hasta una estancia corta antes de su muerte, tuvo Valencia para el maestro predilecciones de tierra de promisión. Conciertos en el Conservatorio, en el teatro de la Princesa, en el Círculo de Bellas Artes, audiciones en estudios de los artistas más notables — recordemos el concierto dado en Godella en el estudio de Pinazo, al que acudió, además de la colonia, gran parte del pueblo invitado por el ilustre pintor —, y sobre todo amistades entrañables, admiraciones y afectuosos compromisos artísticos le retenían en perpetuo peregrinaje por la capital y por los pueblos en donde se le adoraba, determinaron que hubiese de establecerse aquí por temporadas.

La vida intensa del artista había de causar huella en su precaria salud y falleció en Barcelona el 15 de diciembre del 1909.

LA OBRA DE TARREGA

Para abarcar la visión de la obra de Tárrega habría que situarse en los años en que él desarrollara sus actividades. El panorama musical de España, inmediatamente después de las vicisitudes políticas y sociales, era precario en gran manera; fueron sus coetáneos quienes sintieron las inquietudes de un ambiente musical que casi partía de cero. Por entonces se habían creado los conservatorios de Madrid y Barcelona y, después de las óperas que casi acaparaban el interés musical de la época, comenzaron a venir a España los grandes concertistas y se fundaban las primeras orquestas sinfónicas.

La guitarra apenas tenía importancia para que los compositores se fijaran en ella; por otra parte, componer para guitarra supone conocer bien los recursos del instrumento; y todo esto estaba entonces bien lejano. Tárrega había de hacérselo todo a fuerza de trabajo. A las composiciones para guitarra había de añadir transcripciones y arreglos, muchas veces a gusto de la época, por lo que quedaron algunas composiciones pueriles, que tienen su explicación y su momento. Dice López Chavarri: «Su música, en cuanto a técnica, siempre está "dentro de la guitarra", es decir, que no pide ejecutantes extraordinarios ni interpretaciones acrobáticas. En cambio, eso sí, pide algo más difícil de conseguir: buen gusto, sensibilidad melódica, sentido de los timbres, proporciones equilibradas de velocidad y sonoridad. En suma: buen arte.»

Felipe Pedrell, hablando de cuanto Tárrega realizó «merced a su instinto y genio avivados y reavivados por el estudio», «hizo — dice Pedrell — de un instrumento, al parecer tan pobre de recursos, uno de los agentes organográficos más expresivos que posee la música».

Como intérprete Tárrega llegó a las cimas de la exquisitez de dicción y de

sonido y despertó verdaderas olas de entusiasmo entre sus oyentes. Mas creemos que, de tener espacio, tanto como hablar de Tárrega como artista tendríamos que ocuparnos en la mayor extensión de su humanidad, de su modestia, de su hombría de bien, de su extremada cortesía y de su aliento a todos los que emprendían el camino del arte.

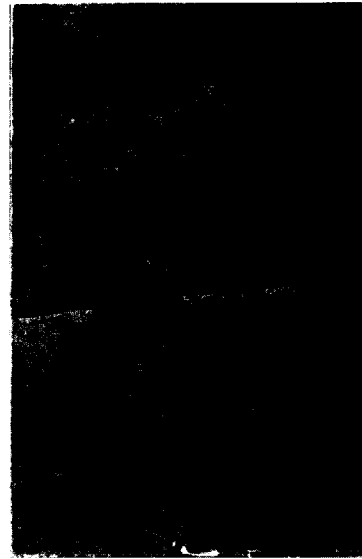
VILLARREAL

El monumento que Villarreal tiene dedicado a su hijo don Francisco Tárrega y Eixea no es simplemente un ornato de la población, sino que responde al monumento emocionado de cariño y de recuerdo inmarcesible que los villarrealenses tienen en su corazón de su preclaro paisano. Y el Ayuntamiento de Villarreal no considera, con esa sensibilidad de las corporaciones levantinas, saldada con unas piedras el homenaje a Tárrega, sino que constantemente sabe renovar el fervor al artista con iniciativas de la más fina significación. Recordemos aquella velada del cincuentenario de la muerte de Tárrega en la que tomaron parte los discípulos de don Francisco: Daniel Fortea, Pepita Roca, Emilio Pujol y Josefina Robledo, además de otros actos de solemnidad emocionante. Recordemos también el homenaje en el primer centenario de su nacimiento, en una interesante publicación de Emilio Pujol, entre otras muestras del recuerdo.

Y, en forma ejemplar, esa sala museo en donde con religioso respeto se recogen los recuerdos de la vida de Tárrega, que es el más adecuado medio para que, por siempre, quede patente, en los que han de venir, la honra que un Ayuntamiento sabe hacer de un hijo suyo, honrándose al mismo tiempo al hacerlo, precisamente en una época en que la prisa tiene en olvido tantos valores espirituales.

Valencia Atracción. Valencia, Septiembre 1968

DOCUMENTOS GRÁFICOS



Imágenes de Francisco Tárrega en su juventud, procedentes del álbum familiar.



Concierto campestre, muy probablemente en Valencia. Acompañan a Tárrega sus amigos Vicente Puchol, Antonio Tello y José Orellana.

Recuerdos y fechas
memorables de mi
vida íntima.

Guarden esta car-
tera como lo más
preciado de mi exis-
tencia pues en ella
van consignados los
acontecimientos más
trascendentales de mi
vida.

Maria. Declan-
6 febrero 1881.

Día F. 11-febro
de 1881-

!Maria!

Día 27 febrero
Galán de noche

D. de J. Da

1. de Marzo-81.

Procesion-

2. de Marzo
partida Despa-

Primeras páginas del carnet de notas personales del maestro. Texto: "Recuerdos y fechas memorables de mi vida íntima. Guarden esta cartera como lo más preciado de mi existencia pues en ella van consignados los acontecimientos más trascendentales de mi vida".

!Idolatrada María!

Este librito, pequeño recuerdo
que te ofrezco, sea el emblema
de nuestro purísimo amor;
cuando en tus inocentes ora-
ciones, fijas tus ojos en sus
páginas, cada hoja, cada línea,
cada letra, será un átomo del
inmenso cariño que en mi corazón
has hecho sentir. Acuérdate
te, y no olvides a quien tanto te
ama y es tuyo

Francisco Tárrega

Novelda 24 febrero 81. 2-noche.

Billete dedicatoria que acompañaba a un pequeño misal obsequiado por Tárrega a su esposa. Texto: "Idolatrada María!. Este librito, pequeño recuerdo que te ofrezco, sea el emblema de nuestro purísimo amor; cuando en tus inocentes oraciones fijas tus ojos en sus páginas, cada hoja, cada línea, cada letra, será un átomo del inmenso cariño que en mi corazón has hecho sentir. Acuérdate, y no olvides a quien tanto te ama y es tuyo. Francisco Tárrega. Novelda, 24 febrero 81. 2 noche".

Barcelona 30 Dico 1901

Sr. D. Daniel Fortea

Mi queridísimo amigo, el objeto
de esta es felicitar a Vd. y su buena
familia en pascuas y año nuevo.
Muchas prosperidades y salud es
lo que sinceramente les deseo.
Felicito también con toda mi alma
y con el más acendrado cariño, a
toda "La Rondalla", a esa pléyade
de artistas, discípulos, y tanto me
deumo en alentar ya que poco puedo
enseñarles. A todos, pues, un abrazo
y salud a los que sin duda mañana
enaltecerán el nombre de Castellón.
Le quiere apasionadamente su
amigo y Maestro

Francisco Tárrega

Carta dirigida a su discípulo Daniel Fortea, director de la Rondalla de Castellón. Texto:
"Barcelona, 30 diciembre 1901. Sr. D. Daniel Fortea. Mi queridísimo amigo; el objeto de ésta
es felicitar a Vd. y su buena familia en pascuas y año nuevo. Muchas prosperidades y salud es
lo que sinceramente les deseo. Felicito también con toda mi alma y con el más acendrado ca-
riño a toda "La Rondalla", a esa pléyade de artistas discípulos que tanto me honro en alentar
ya que poco puedo enseñarles. A todos, pues, un abrazo y salud a los que sin duda mañana
enaltecerán el nombre de Castellón. Le quiere apasionadamente su amigo y Maestro, Francisco
Tárrega".

PALACIO COREA
SALA CONDE CALORI
gentilmente concedida
Via de' Pontefici, N. 57

Concierto de guitarra

por el eminente concertista

FRANCISCO TÁRREGA

para el sábado 7 de Febrero

a las 4 de la tarde



PRECIO 5 LIRAS

Billete de Entrada.



Tarjeta programa del concierto ofrecido por Tárrega en Roma el 7 de febrero de 1903. Al dorso de este ejemplar, el artista dibujó ingeniosamente un naípe con una curiosa dedicatoria.



Romántica caricatura dedicada a Tárrega por un grupo de amigos valencianos después de haber realizado el maestro una serie de conciertos por diversas ciudades.



Francisco Tárrega,
con su esposa María Jo-
sefa Rizo, en los últi-
mos años de su vida.

Reciba V. señora mi pésame
más sentido por la muerte de
su ilustre esposo mi infortunado
amigo. Su modestia extrema
-da hizo que España ignore
la gran pérdida que ella y

el arte han sufrido con su
desgracia. - Soy de Vd. sincero
amigo y servidor

Comás Bretón

21-XII-909.

Campomanes 16.

Tarjeta de pésame
dirigida por Tomás Bre-
tón a la viuda de Tárre-
ga. Texto: "Reciba Vd.
señora mi pésame más
sentido por la muerte
de su ilustre esposo mi
infortunado amigo. Su
modestia extremada hi-
zo que España ignore la
gran pérdida que ella y
el arte han sufrido con
su desgracia. Soy de Vd.
sincero amigo y servi-
dor. 21-XII-909."



Fotografía en el jardín de la casa de la familia Colón en Castellón. De pie y de izquierda a derecha: el escultor castellonense Viciano, Juan Colón, Francisco Tárrega, Carlos Colón y el pintor Puig Roda. Sentados: Mariano Benlliure, Tomás Colón y Ruperto Chapí.



Francisco Tárrega en una sesión de concierto.



Ultima fotografía del artista.



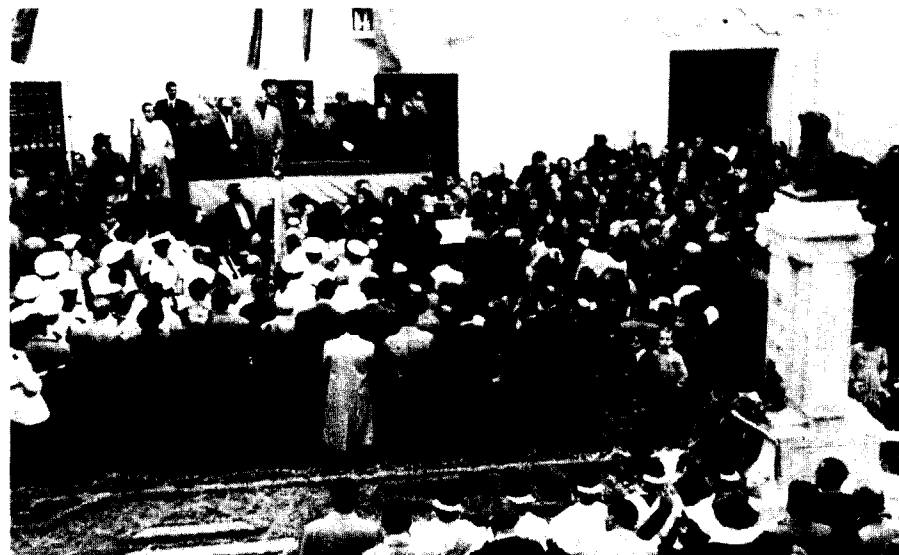
Grupo de personas participantes en el homenaje a Tárrega realizado en Vila-real el 21 de noviembre de 1952 con ocasión del centenario del nacimiento del artista. En la primera fila, con el sombrero en la mano, el hijo de Tárrega, D. Francisco, su hermana Marieta junto a la reina de las fiestas y el Alcalde de la ciudad D. Vicente Peris. Más a la derecha el escritor D. Carlos Sarthou Carreres. En segunda fila los guitarristas participantes en el acto. Al fondo, entre diversos destacados villarrealenses, el escultor D. José Ortells.



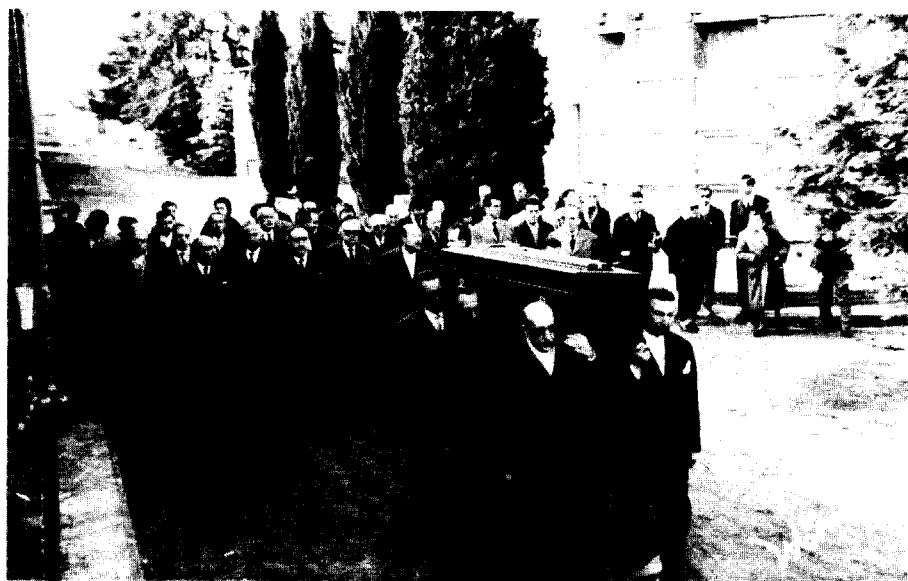
En el escenario del "Cinema Villarreal Teatro" los hijos del maestro, Francisco y María, junto a los guitarristas, discípulos de Tárrega, que ofrecieron un extraordinario concierto homenaje el 21 de noviembre de 1952. De izquierda a derecha: D. Francisco Tárrega, Dña. Josefina Robledo, Dña. María Tárrega, Dña. Pepita Roca, D. Daniel Fortea y D. Emilio Pujol.



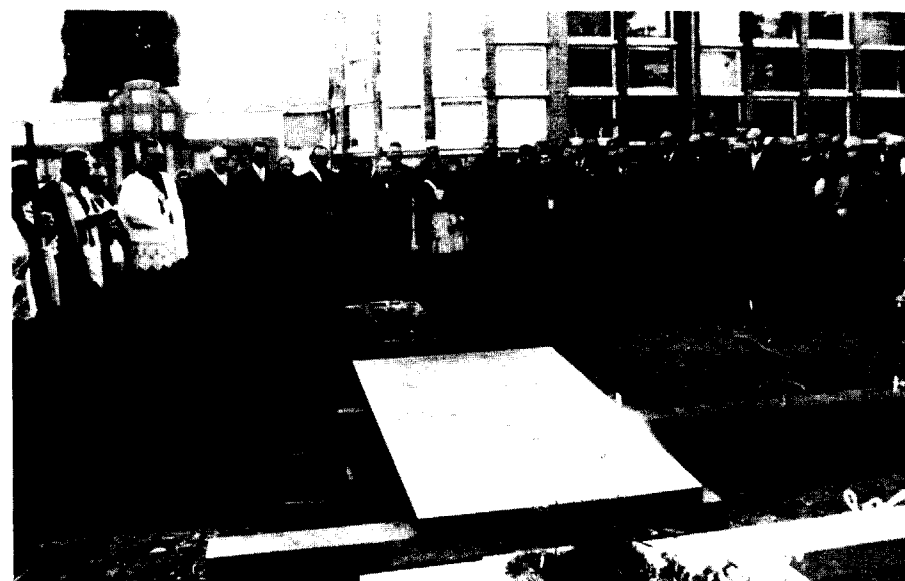
Inauguración del monumento a Tárrega, obra del escultor D. José Ortells, en la plaza Bayarri de Vila-real y ante las primeras autoridades locales y provinciales. 21 de noviembre de 1952.



El alcalde de la ciudad, D. Vicente Peris Nàcher, dirige su discurso de homenaje desde la tribuna levantada frente al monumento a Tárrega, recién inaugurado.



28 de enero de 1961. Traslado de los restos de Tárrega en el cementerio municipal de Castellón hasta su emplazamiento definitivo en el actual panteón. A la presidencia del duelo, integrada por las autoridades villarrealenses, se unió el hijo del artista, D. Francisco Tárrega Rizo.



Último responso por el insigne guitarrista ante su actual sepultura en el cementerio castellonense. Los testimonios gráficos recogen la mayoritaria presencia villarrealense en este emotivo acto de despedida.

Este libro "En torno a Tárrega" se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Seriola-Sichet-Herrero, S. A. el día 15 de diciembre de 1984

75 ANIVERSARIO DEL
FALLECIMIENTO DE
FRANCISCO
TÁRREGA
EIXEA

* * * *